

Antonio Di Benedetto

Los suicidas

Lectulandia

Las tres principales novelas de Antonio Di Benedetto, *Zama*, *El silenciero* y *Los suicidas*, en razón de la unidad estilística y temática que las rige, forman una especie de trilogía y digámoslo desde ya, para que quede claro de una vez por todas, constituyen uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo. En la literatura argentina, Di Benedetto es uno de los pocos escritores que ha sabido elaborar un estilo propio, fundado en la exactitud y en la economía y que a pesar de su laconismo y de su aparente pobreza, se modula en muchos matices, coloquiales o reflexivos, descriptivos o líricos, y es de una eficacia sorprendente. De sus construcciones novelísticas, el capricho está desterrado. Su arte sutil va descartando con mano segura las escorias retóricas para concentrarse en lo esencial. Del abandono cósmico de *Zama* al inventario metódico de las circunstancias y de las razones que pueden legitimar el suicidio, el hombre de Di Benedetto vive acorralado por el ruido destructor del mundo.

Juan José Saer

Lectulandia

Antonio Di Benedetto

Los suicidas

ePub r1.3

Ninguno 19.08.13

Título original: *Los suicidas*

Antonio Di Benedetto, 1969

Diseño de portada: Ninguno

Imagen: Fragmento de *Le suicidé* (1877-1881), óleo de Édouard Manet.

Editor digital: Ninguno

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio alguna vez.

ALBERT CAMUS

PRIMERA PARTE

LOS DÍAS CARGADOS DE MUERTE

Mi padre se quitó la vida un viernes por la tarde. Tenía 33 años.

El cuarto viernes del mes próximo yo tendré la misma edad.

Aunque tía Constanza, con reserva pero sin tacto, mencionó esa coincidencia, no he vuelto a ella mi pensamiento hasta hoy que el tema, de cierta manera, ha salido a mi encuentro.

En la agencia el jefe me dijo: «Puede ser su oportunidad».

Sin requerir consentimiento, me introdujo en la tarea. Sobre el escritorio desplegó tres fotografías y me incitó a descubrir lo que posiblemente él ya había observado.

—¿Qué ve en ellas?

Consideré que esperaba de mí una deducción fuera de lo corriente. Inclinado, examiné las fotos, que tenían, cada una, un cuerpo humano, tumbado y vestido. Dije:

—Veo que están muertos, los tres.

—No es una respuesta muy sagaz.

Acepté su mordacidad como una advertencia de que debía ver mejor, y pronto. Me molestó, pero transigí, más bien por el presentimiento de que comenzaba a descifrar. Indiqué:

—Una es mujer, dos son hombres.

Remarqué lentamente, como si costara enterarse. Proseguí, sin prisa:

—Ella y este otro conservan los ojos abiertos. El tercero no.

—¡Oh! —dijo el jefe, se arrancó del escritorio y caminó.

Entonces pensé que no soy un bromista y ya bastaba porque asimismo él podía decir basta. Dije:

—Los que tienen los ojos abiertos siguen mirando...

El jefe se detuvo, yo también.

Sentí que entendía y que me importaba lo que había entendido:

—Miran... como si miraran para adentro, pero con horror.

No necesitaba su aprobación —un sonido que me echó—, ni el silencio con que propició la impresión de que algo faltaba. Sí, en mi mente había una señal, confusa, hasta que pude afirmar:

—Están espantados, tienen el espanto en los ojos y sin embargo, en la boca se les ha formado una mueca de placer sombrío.

No dudé que había acertado, que le había ampliado la visión. Eso ya estaba. Lo que a continuación, con urgencia, precisaba saber, era lo que le pregunté:

—¿Los mataron?

—No, se mataron.

Era el embrión de una serie de notas. Un embrión informe.

Discutimos la serie: Historia de los dos casos de los ojos espantados. No conocemos la historia. Alguien, un profesional respetable, proporcionó las fotos; no puede ayudarnos ni decirnos quiénes son ni quién las tomó. Dos casos no dan para una serie. Pero su historia nos hace falta. Hay que averiguar, pesquisa propia. La policía no colaborará. Se puede probar. No colaborará, no informa sobre suicidios. La publicación provoca el contagio. Suicidios por imitación, epidemia de suicidios, peste de suicidios.

¿Por qué el horror introspectivo? ¿Por qué el placer sombrío? Por ahí puede darse la generalización, más material para más notas, la serie si confirmamos la generalización. Sí. No puede ser la historia de dos, o dos historias que dejaron de ser noticia. Precisamos casos frescos. Habrá que esperar. ¿Esperar qué? Que se produzcan, y ver. No, no se puede esperar, dispone de dos meses. Tenemos lista la circular para ofrecer la serie a los diarios. Podemos venderla a treinta vespertinos y tres revistas en color. ¿La quiere sensacionalista? No, sería. Nuestra agencia no es sensacionalista. Como usted dijo vespertinos... Dije no más. Para las revistas precisará diapositivas. ¿Por qué solo revistas color? Por la sangre, para que se aprecie el rojo; si no, hay que marcarla con una flecha y explicar en el epígrafe, y se pierde. Tiene razón. Trabaje con Marcela. ¿Por qué Marcela? Recuerde, el reportaje del avión caído en la cordillera. Sabe arriesgarse. En este asunto no habrá riesgos, trataremos con muertos. ¿No habrá? Así lo espero. Quién sabe.

Recurro: Mejor sería Pedro, preferiría trabajar con un hombre. Manda: No, Marcela.

Sin decirlo, pienso en Marcela como en un negocio particular. Es ascética, parece. Es casi nueva en la agencia y apenas la conozco. No nos gustamos. No me gusta, he soltado por ahí. Uno me preguntó por qué. Dije: «Tiene 30 o 32». Años, quise decir.

Salgo y me alivio. Me deslumbra el verano. Me deslumbra y rápidamente me pone pegajoso el cuerpo.

Viene por la vereda una blusa con interiores. Podría decirle algo. Otra, escotada. Nada le digo a ésta tampoco, es inútil para el vínculo, pasan; pero la miro, quién sabe cómo, porque una señora me mira. Es la censura y pretende arrinconarme.

Pienso en la serie. Tendré que ver gente que no me importa porque no es la que lo hizo; personas prevenidas, reacias (quizá Marcela me ayude a llegar a ellas; en su estilo es un cebo, tiene 30).

Pongo el pie en el cajón de lustrar. Y tendré que hablar, hablar de eso.

Pienso en papá. Yo era como este niño, el lustrador, así de pequeño. Supe que

había muerto, ignoraba cómo. Lloré hasta secarme, dormí, desperté, la ceremonia seguía, las visitas susurraban. Alguien, posiblemente mi madre, clamaba: «¡Muerte injusta!». Comprendí lo de injusta —nos dejaba sin él—, pero no pude entender cómo la Muerte se introdujo en la casa y se apoderó de papá. Porque en la mañana él estaba vivo, de pie y sano como cualquiera, y murió en la tarde mientras había sol, y yo tenía el convencimiento de que la Muerte era una figura siniestra que daba sus golpes en la oscuridad de la noche.

Pregunto, al niño que me lustra los zapatos, qué es la muerte.

Levanta sus ojos marrones y me considera, desde abajo, entre sorprendido e intimidado, si bien no cesa de cepillar.

Mi pregunta ha sido excesivamente abstracta. Me corrijo y sonrío, para atraerlo:

—¿Nunca murió alguien que conocías, un vecino, un tío?...

El chico se encorva sobre su trabajo, se concentra y dice:

—Sí, mi papá.

Callo.

Él me espía, con curiosidad: advierto que no me rechaza. Procuero establecer —¿he comenzado mi tarea?— qué conoce de los alcances de la muerte, dónde supone que está el que muere.

Contesta que el padre está en un nicho, pero la madre, al principio contaba que se fue de viaje, y ahora dice que está en el Cielo. Él no lo cree. ¿No cree en el Cielo? En el Cielo sí, pero el Cielo es para los buenos y el padre le pegaba a la madre.

Estoy pasando un día cargado de muerte. Es suficiente. Entro a un cine donde dan «Alphaville». Trabajaré mañana.

Sin embargo, en la noche, despegado de Julia, aunque junto a ella, repaso lo que dijo el lustrabotas y noto que, en definitiva, no llegué de vuelta al interrogante inicial: ¿Qué es, para un niño, la muerte?

Pido a Julia que lo averigüe entre sus alumnos, en la escuela. Se alarma, se defiende, se ofusca. Explico, apaciguo. La serie, mi trabajo...

Se niega, obstinadamente. Dice que no es normal.

«¿Que no soy normal?...», y la desconcierto.

Sé perfectamente que no dijo eso.

Desayuno con mamá. Habitualmente, es el único rato que pasamos reunidos.

Me cuenta que se ha encontrado con Mercedes, su amiga, y doña Mercedes le ha dicho: «No tengo familia, tengo televisor». Yo objeto: «Tiene hijos y nietos, y vive con ellos».

—Sí, pero la dejan sola: entran y salen; cenan con el televisor encendido.

No es un reproche para mí, aunque puedo deducir una moraleja.

El calor, que está tomando posesión del día, me altera.

Mamá lo nota. Baja persianas, me ofrece el ventilador.

Creo que mamá es la única persona que me quiere.

—Me gustaría vivir en un país con nieve —dice.

Siempre lo ha dicho. A mi vez, le he ofrecido unas vacaciones de invierno.

Anualmente renuevo el plan.

Repito: «Este año iremos».

—¿A dónde?

—A la nieve.

—Ah sí. Sí, hijo, iremos.

Algunas mañanas se opone y me dice que ahorre para el auto pequeño. «Lo necesitas, es por tu trabajo».

Me deprime, otros lo consiguen: auto y nieve. Mi hermano, que tiene un Fiat 1500, ofrece:

—¿Te llevo?

Mamá comprende que ha terminado su ración diaria de ese hijo y se entristece. Me doy cuenta pero mi vida está enredada con la calle.

Mi hermano besa a su hijo y a su hija y al segundo varón y al tercer varón. El tercero trae en las manos, bien destrozada, «Minotauro 7». La reconozco por los pedazos de tapa. Le doy un bofetón y se la quito. Mi cuñada, desde la puerta de la cocina, dice: «¡Mauricio!», nada más. Da la alarma al marido, le reclama, por ese hermano que el marido tiene.

Mi hermano se abstiene. Dice: «Calma», como un magistrado.

En camino, no habla.

Un imprudente se mete y se salva porque Mauricio clavó los frenos. Podía insultarlo, con todo derecho; no lo hace, yo lo hago.

Normalmente, no insulto a nadie, excepto los sábados.

A Marcela le corresponde el turno de la tarde. No podré verla hasta las 4. Sin duda, no está avisada de que la ponen conmigo.

Aceituno, el cronista de la agencia que actúa en el Departamento Central de Policía, no liga las fotos con sucesos que a él lo hayan ocupado. Las hace circular entre los colegas de la sala de periodistas y las imágenes vuelven a mi poder sin suscitar ningún recuerdo entre los especializados.

Aceituno me vincula con la policía científica. Me deja con el jefe.

Solicito colaboración informativa para la agencia. La agencia tendrá toda la colaboración que precise, a menos que se trate de causas pendientes de decisión judicial, delitos en investigación reservada, abusos morales contra menores y suicidios.

Yo no he mencionado, aún, las fotografías. Haré como que no entiendo que

encuadran en las excepciones que se me vedan.

¿Dispongo de tiempo para conocer el museo interno? Sí, dispongo. Lo que contará, al final, es el costado amistoso.

Tomamos café junto a la cabeza de un mafioso con la cara perforada por tres balas. Lleva treinta años en la vitrina. Existe una fórmula para conservar el color de la piel.

Nombra los «cadáveres judiciales» y le planteo el problema: Si yo poseo la foto de un cadáver judicial —es decir, con circunstancias que dan lugar a la intervención de la policía y la justicia—, pero desconozco nombre y toda otra referencia, ¿cómo puede ser identificado?

Menciona el archivo de personas desaparecidas, el protocolo de todo el que pasó la autopsia, la memoria visual de los técnicos, el criterio selectivo que cierra el campo de investigación determinando el sexo, la edad aproximada, la época en que murió (por la ropa), el escenario ambiente y mucho más.

—Entonces, ¿es posible?

—Absolutamente posible.

En consecuencia, extraigo las fotos y pido la identificación y la historia.

Las recibe, las observa, las aparta y dice:

—Aparentemente, son suicidas.

—Son suicidas.

Entonces dice:

—Absolutamente imposible.

Al salir pasamos por los gabinetes. Hay una muchacha de guardapolvo blanco y de piel muy blanca. Me nota. Es algo.

Ando por elegir restaurante con dos virtudes: pescado a la parrilla y gente que yo no conozca y que no me hable de lo que ya sé, sale en los diarios, nos formamos opinión en las mismas revistas.

Coincido ante el menú de la vidriera con un turista que me pregunta dónde se puede comer platos típicos, y cambia de idea, no sé si adivina qué buscaba yo para mi almuerzo: quiere que le informe cómo se llega al acuario. Por último me agradece y declara: «Tienen una ciudad muy bonita, ustedes», y a este cumplido respondo que él no puede decir «tienen», porque yo no tengo nada, la ciudad no es mía. Quizá no nos hemos entendido bien porque dice: «Ah, usted tampoco es de acá».

Es la época, y se ven muchos turistas, a las turistas «se les ve» mucho, ellas lo quieren así, lo cual resulta muy agradable.

Justamente, anoche he soñado de nuevo que andaba desnudo.

En la agencia paso las fotos a la jefa del archivo. Por hábito profesional de primera intención no toma mayormente en cuenta lo que representan, las da vuelta: busca el número de registro y la fecha de ingreso o publicación. El reverso no tiene inscripción alguna.

—No son nuestras —me aclara, innecesariamente.

—¿Las recuerda, por algún motivo? ¿Le dicen algo?

Ya las está disfrutando.

—¡Son fantásticas! —proclama y quiere saber más—: ¿Quiénes son? Qué le pasó a ésta, ¿la forzaron?

Después visito a Bibi. Está saqueando una revista polaca escrita en inglés. Es la traductora de la agencia, y por eso y por su memoria indeleble y ordenada la llamamos Fichero.

Pongo una silla frente a ella, que está detrás de su mesa. Trato de resultar simpático, a partir del rostro.

—¿Me ayudará?

Otros la tutean, no yo. Corrientemente, no «está» conmigo: no soy deportista, como ella; no vivo de chacota, como los demás.

—¿De qué se trata?

—Suicidio.

—¿De quién?

—Si yo lo supiera... No el mío, al menos.

—Ah, sí. —Fichero funciona—: El melanesio que se tira de las ramas de una palmera y el N° 350 que el 12 de marzo de 1967 pega el salto desde la torre Eiffel. Demóstenes y Marilyn Monroe, Stefan Zweig y señora, Werther y Kirilov, Ana Karenina, Safo y el mandugumor que aborda solo la isla enemiga para que la tribu se lo coma. Todo eso, ¿verdad?

—Todo eso.

—Y también: 1963, Vietnam, monjes budistas con túnicas amarillas, nafta y un fosforito; harakiri con espada de madera para el guerrero que se quedó sin trabajo, pobrecito no hay guerra; gas de la cocina para la señora que no le cree al médico, su dolor de estómago es por un cáncer, ¿no es cierto?

—Eso también, sí, y esto —exhibo las fotos.

Bibi se concentra en el examen, pero evidentemente no saca nada en limpio. Hago para ella un resumen de la situación, a fin de ubicarla, para que vea por dónde debo empezar: por resolver, al menos, esos dos casos. Lo de los melanesios vendrá después.

No obstante, ella se ocupa, quiere saber más sobre lo que se puede lograr de la policía científica. Insisto en que no hay colaboración. Bibi me avisa: «Tengo una amiga», y en ese momento entra, silenciosa, y espera, Marcela. Bibi me cita: «Mañana, en la noche, en el bowling».

Retiro las fotos, se las paso a Marcela y digo: «Vamos».

La conduzco abajo, al café. En el ascensor va estudiando a la mujer tumbada.

Nos sentamos. Desliza las fotos sobre la mesita, hacia mí. Atiende y aguarda, tan seria. Todavía no ha dicho una palabra ni ha saludado.

Le pregunto si sabe en qué estamos. Un gesto: más o menos.

Detenida ante uno, tan equilibrada y fresca (tal vez viene de darse una ducha), resulta más pasable y no incita mayormente a andar de litigio con ella.

Le pregunto si sería capaz de fotografiar un temblor. Dice que sí, por lo cual, para que se dé cuenta correctamente, aclaro: «Un temblor de tierra», y hago el crack.

Reitera la afirmación, sin conceder importancia a la tarea.

Insisto: «El temblor en sí mismo, no los efectos y consecuencias: ni gente que corre ni una pared agrietada ni la torre caída de una iglesia».

Como se ratifica le pregunto qué hizo con el temblor del lunes, ¿lo fotografió?

—Dormía y no me di cuenta. Me pareció que alguien movía la cama.

—¿Quién puede mover su cama? —averiguo con malicia.

—Un temblor —explica sin molestarse.

¿Pretende aplanarme porque traté de chocarla? De todos modos, le indico que el trabajo que tenemos —la serie— «es más posible que todo eso, se trata de gente quieta».

Asiente: «Sí».

Señala con el dedo la contradictoria fisonomía de la mujer y me interroga con los ojos.

Explico que ese es el pretexto, y como quiere saber si yo lo elegí, digo que no tengo muchas iniciativas y que si ella tiene.

Dice que no le dejan tiempo, siempre hay que hacer y la están mandando.

Le pregunto qué le gustaría andar fotografiando si le sobrara tiempo y película, y responde: «La pureza». Le hago notar que eso es tan abstracto y fugitivo como el temblor.

Me dice que también la parte de atrás de las personas, porque es la que menos se cuidan, la gente cree que le ven sólo lo que quiere que le vean —los ojos pintados, el bigote, la corbata de Italia, el gesto inteligente. Opino que la parte de la espalda y todo eso es lo menos expresivo, y lo admite, y que tanto daría entonces que tome a personas dormidas, aunque debe de ser menos fácil colarse en los dormitorios sobre todo si duermen de a dos, y si es por individuos que no se cuidan de que los estén

fotografiando, tendrá los de la serie. Con lo cual, digo, volvemos a lo que tal vez no le gusta mucho, si bien le aclaro que yo no la propuse para este trabajo. Añado, sin necesidad, que eso no basta para ser compañeros.

Como no responde a mi cortesía, le indico que tenemos que empezar por descubrir quiénes eran los dueños de ese par de rostros; de la policía podemos esperar cero y los colegas se declaran sin memoria.

Le encargo copias de las fotografías y le digo que se las vamos a mostrar «a todo el mundo: al mozo, a tres aviadores, a Jean-Louis Trintignant y Anouk Aimée, a mi tía Constanza, a Carlos Gardel y al novio de Marcela».

Suelta una mirada de prevención.

Creo que lo hice a propósito, lo de nombrarle novio, por probar si tiene con quién. Debo trabajar con ella dos meses: si resulta...

Media hora más tarde estoy viendo «La fogosa criatura del planeta Ultra».

Después busco a Julia.

Me recibe con un mazo de hojas de block escolar, que arroja bruscamente en mis brazos, como para separarse de su contacto.

Presiento de qué se trata, finjo ignorarlo (las ordeno, las retengo pero no las analizo) e intento una expresión cariñosa y reconciliadora. No sirve: bulle.

Entonces la dejo que disfrute su enojo y tomo la primera página: «Tema: La muerte». Hojeo las siguientes; son de distinta letra, el tema es constante.

Leo:

«La muerte de Bobby»: «Lloré mucho, mucho. Lo enterramos debajo de un árbol y yo le llevo comida y agua».

(No dice quién fue Bobby, tiene que haber sido su perro. Supone que vive o que algo de él vive).

Otra:

«Un camión tenía hundida la rueda en la acequia. El hombre con el hierro hacía fuerza para levantar el eje. Soltó la palanca, retrocedió, cayó como si se sentara y quedó con la espalda apoyada en la pared. Estaba muy pálido y a nosotros nos echaron de allí».

(No concibe la muerte: sólo sabe que vio a un muerto).

Otra:

«El padre cura dice que hay tres clases de muertos: los del Paraíso, los del Purgatorio y los del Infierno donde hace mucho calor, más que acá en verano y más que en África. Creo que el Paraíso me va a gustar: se parece al recreo. También sería lindo si se pareciera al África y tuviera pileta para nadar».

Otra:

«La muerte debe de ser una señora que vive cerca de mi casa. Tiene muchos gatos con sarna. Es vieja, es sucia y es mala. Por eso la dejan que viva sola. Nadie la quiere».

(La muerte es una persona).

Decepcionado, paro. Sin embargo, como me siento agradecido, comento:

—Te resolviste a ayudarme...

—¡Perderé el puesto! ¡Cuando el inspector vea lo que les hice escribir...!

Me molesto:

—¿Tiene que verlo?

Me inclino sobre los papeles. Leo:

«El hermano de Rosita, que iba al secundario y estaba enfermo, se murió. En la siesta la Rosita me llamó y me dijo ¿quierés verlo? Yo quería pero dije ¿y si nos ven? Ella dijo no hay nadie, hace calor. Subimos en una silla y lo miramos por el vidrio que tenía sobre la cara. Yo creo que estaba dormido. Éste es un secreto entre Rosita y yo».

(Asimila la muerte al sueño).

Julia suspira. Suspendo. Es una advertencia: si no me ocupo de ella llorará. Pero que no pretenda ser mi víctima. No la dejaré frotarme lo que ha hecho. Prefiero explicarle lo de anoche. Se puede y la conformaré.

—Los hombres —digo— quieren que la mujer obedezca, tienen jefes, tienen patronos que los mandan todo el día. Vuelven a casa y precisan descargarse: mandan ellos. Yo obedezco. Tengo jefes y tengo patrón. Sin embargo, no me interesa que alguien me obedezca. No espero eso. Cuando te pedí que me ayudaras, con tus chicos de la escuela, no quise mandarte... Pero no me contradigas. Otras veces sí; ésta no.

—¿Por qué ésta no? —y, a pesar de todo, solloza.

Cavilo, no consiento que su pena me perturbe, me tomo tiempo. Al cabo, digo:

—Porque este asunto, parece, me apasiona.

(Aunque, en general, yo nunca me apasiono).

Julia, que se advierte desplazada nuevamente, renuncia:

—Por hoy es bastante.

Parte. No me opongo.

Ha olvidado las hojas de block escolar. Leo:

«Mi hermanito, el Bebe, se suicidó. Yo lo quería mucho, pero no lo extraño, porque él no sabía hablar, ni caminaba, ni nada, aunque le faltaba poco para cumplir los seis meses. Él y mi otro hermano, el que vive, nacieron juntos, eran mellizos. Dice mi mamá que ella se acostumbró a darle el pecho primero a uno y después a otro, y que el primero era el que vive porque lo ponía a la izquierda. El otro, el Bebe, cuando le tocaba mamar no quería y dejó de tomar la leche y murió de hambre. Que fue porque no lo atendía primero, dice mi mamá, pero cuando ella se dio cuenta ya era tarde. El doctor dijo que el Bebe se suicidó y mi papá le contestó que era una gran desgracia, pero que él estaba acostumbrado porque en la familia ya otros se habían matado. Yo mismo lo oí y no me lo contaron».

En la cocina mi madre deja al resguardo, para mí, una cena fría.

Ceno. Todo está limpio, el silencio es una maravilla y me siento muy a gusto. Vivir es bueno, a ratos.

Voy al comedor, a buscar otra botella. Enciendo la luz y me encuentro con papá, en su retrato.

Ha quedado, en el retrato, para siempre, joven. Ya nunca será viejo.

Nadie podrá humillarlo.

Si no se vive no hay que aguantar que nos dejen vivir. Los demás nos dejan vivir, pero mandan cómo. ¿Seré viejo yo? ¿Estaré un día en la vereda en la cola de los jubilados?

¿Hay que esperar la muerte, como un jubilado, o hay que hacerlo, como hizo papá?

Descorcho la botella, e igual que a una criatura, se me personaliza la muerte. Que no es una vieja con gatos sarnosos. Es una dama parecida a Mae West —quiero significar, un poco anticuada—, gordita y sensual, de piernas cruzadas, que fuma trepada en el banco de un bar, junto al mostrador. Espera, es decir, nos está esperando.

Le sirvo un vaso de mi vino tinto.

Una mano, sobre mi mano, me despierta. Es la prudencia de mamá para llamar sin darme sobresaltos.

—Una señorita te busca, es de la agencia.

Bostezo.

—¿Una señorita?... ¿Como es?

—Tiene una cucaracha.

Marcela y su Citroën. Salto de la cama: algo ha conseguido.

—Hágala pasar.

—Ya lo hice. Está en el living, pero no quiere sentarse.

Dice que tiene apuro, que te diga que hay un caso.

Prescindo del desayuno, tomo un café negro, en la cocina, donde permanece con su vino tinto el vaso que le serví a Mae West.

Ha sido en las colinas, lo cual representa una hora de viaje y la perspectiva de llegar cuando todo haya sido barrido. Se han matado dos estudiantes, el uno al otro y luego él o cada uno por su cuenta, aunque juntos.

Marcela se enteró en una redacción. Andaba por los diarios, con las fotos, explotando las amistades. Ninguna memoria de los dos casos, entre los cronistas de policía.

Le cuento la historia de Bebe. La encuentra razonable:

—La madre lo había postergado.

Yo creo la historia y pienso, como el escolar, que fue un suicidio. Sin embargo, digo lo contrario, a fin de provocar a Marcela.

Marcela se muestra indiferente. Insisto:

—¿Un suicidio en la cuna?... ¡Es increíble!

No se deja enredar en una discusión; simplemente, me traslada su convencimiento:

—Nacemos con la muerte adentro.

Recurro a Mae West:

—La muerte nos espera afuera.

No me contesta ni yo persevero, porque parece que sólo hice un juego de palabras. Ella dijo «adentro», yo dije «afuera». Me disgusta la ineficacia de mi réplica, con la que he agotado mi argumentación, a pesar de que quise expresar algo con sentido, un sentido que se me escapa. Me analizo y reconozco que estoy vacío.

El sol se ha apoderado de las colinas sin árboles y golpea con su fuego y con sus resplandores. El camino asciende y desde una altura localizamos dónde se agrupan los vehículos.

Marcela baja con su equipo, pero el índice rígido de un oficial se mueve para decir «No hay fotos». Cuestionamos sin ganancia el impedimento. Como condición para permitimos avanzar hacen que Marcela mantenga la cámara en el auto.

Los cuerpos ya se hallan en las camillas, pero éstas permanecen en el suelo. Lienzos ásperos los cubren. Quiero ver el rostro. La policía me lo impide. Apelo:

«¿Dónde está el juez?».

Se adelanta un hombre maduro de esos que imponen respeto con sólo hacerse ver, no sé si a causa de su porte o, en esta ocasión, de su seriedad profunda. Pregunta si puede ser útil y declara: «Soy el padre».

Noto que casi no me mira, observa, fugaz pero penetrantemente, a Marcela.

El padre se dirige a otro señor, que es el secretario del juzgado —el juez no ha venido— y cumple la gestión.

Para nosotros dos descubren la cabeza de uno de los muertos. Los párpados han caído y me roban la expresión de los ojos. En la boca hay sangre y tierra, pero ninguna mueca. Supuse que tendría baleada la sien; no es así. Pregunto por dónde entró la bala.

—A este joven lo mató el otro.

El policía levanta la carpa. La camisa está rota; el pecho presenta desbordes rojos y quemaduras de pólvora.

Pasamos al segundo. Mató y se mató.

Tampoco se pueden ver sus ojos. Necesito preguntar, ¿a quién?

El padre está junto a nosotros, más bien junto a Marcela. Ella lo consulta, discretamente:

—¿Su hijo?

Asiente, con gravedad.

Tendría que preguntar cuánto hace que sucedió, que se enteraron, que el padre llegó allí (lo estoy viendo más interesado en la cercanía de Marcela que lastimado por el fin de su muchacho); pregunto:

—¿Es que lo hallaron con los ojos cerrados? ¿Estaba así como ahora?

—No, señor. Yo mismo... —y exhibe, tendida hacia mí, la mano con que los cerró.

—¿Puede decirme qué revelaba su mirada?

Pierde dominio, no sabe qué manifestar. Le ayudo:

—Algún sentimiento, señor, algún dolor. Pena, miedo, fiereza, dulzura, ¿qué?

—¿Miedo? No, señor. Mi hijo no tuvo miedo. Usted ve. Un hombre grande no hace lo que hizo él. ¿Miedo mi hijo? No, no señor. En sus ojos no había nada. Palabra de caballero, nada vi, nada.

Está violento. Se ha aferrado a una sola palabra: miedo. ¿Por qué?

Éste ya no me rinde, quizás el padre del otro, pero no descubro quién puede ser.

Además, están alzando las camillas y Marcela me conmina por lo bajo «Vamos con ellos», digo «Para qué» y me dice «Tiene que cubrirme». El padre del suicida revela buen oído y es más rápido que yo; le dice, con reserva, «Venga conmigo, desconfiarán menos».

Se adelantan y los dejo. Prefiero distraer al oficial y al secretario del juzgado, que

van a la par.

—¿Dónde está la familia del otro chico?

—Se mandó un mensaje. No sabemos si lo han recibido, pero no se puede esperar más: este calor, las moscas...

Realmente, las moscas. También sobre mí se precipitan.

Se hace una pausa y en el repentino silencio entra nítidamente la frase de un camillero al otro:

—Lindo día, ¿no?

Lo dice con convicción. Mientras camina y soporta el esfuerzo de la carga, mira como puede el firmamento, tan azul y diáfano, y tal vez percibe el olor de la hierba y piensa en los zorros y las perdices que podría cazar y en el asado y los mates del atardecer.

Lindo día, sí; no para los muchachos: se privaron de él.

—¿Por qué lo hicieron? ¿No funcionaban bien?

El oficial: «De qué».

—Usted me entiende.

El secretario del juzgado: «Pienso en un pacto. Es una corazonada mía».

—¿Un pacto?

—Un pacto: se ponen de acuerdo para matarse.

Por si les falta coraje o porque han descubierto que tienen los mismos motivos. Quién sabe.

Para el regreso formamos caravana, el camino es angosto. Nos toca circular al final y la tierra se pone cargosa.

Como Marcela no me informa, le pregunto si realizó un buen trabajo.

—Hasta que revele no lo sabré, no podía enfocar.

Me muestra una cámara miniatura y la tomo para examinarla. Se puede confundir con un juguete.

—El viejo cooperó —le digo.

—No es viejo.

—Creo que prefería estar con usted.

—Es natural. No había otra mujer y precisaba alguna solidaridad afectiva.

—¿Se lo dijo?

—No. Supongo.

—Me parece que a él le gustaría verla de nuevo, y a solas.

—Quiere ver las fotos. Me llamará.

Ella sabe por qué llamará, no por las fotos, y no se niega. ¿Está disponible Marcela? Saldría de lo corriente, no hay mujer sin hombre. Siempre ya tienen. Marcela puede estar en una pausa. En la época selectiva. ¿Y por qué el viejo y no yo?

...

Una leve excitación me provoca, pero entra polvo, el Citroën lo absorbe, y por la transpiración y el calor me siento como untado.

Mañana.

En el bowling Bibi está jugando con un tipo. Me hago notar. Ni la interrumpo ni se interrumpe.

Permanezco en la barra del bar. Barra del barr.

El bowling resuena hacia adentro, como encañonado.

El ruido de los palos, que las bolas abaten, no es chocante. Pienso en palillos de tambor, troncos secos y huecos, indios, carpintería, descarga de tablas, los 12 lápices de colores ruedan de la caja, el lápiz de la maestra contra el pupitre, batuta, Toscanini golpea dos batutas en el aire, leña que arde y se desmorona, carbón, un pelo negro en la nuca de un negro (Cassius Clay), knock out.

Entra ella. Tenía que ser.

Es la piel blanca de la policía científica y trata de ubicar a Bibi, está cerca.

Bibi le ofrece un par de zapatillas para el juego. Parecen de boxeo o de básquet. Piel Blanca se descalza y guarda los zapatos en la cartera, lo cual es una cosa bastante sucia. Toma el puesto del tipo. El tipo besa a Bibi en la mejilla, como una amiga. Se pierde de vista.

Sigo en el bar. Barr. Berr. Bier. Pido cerveza.

Piel Blanca se inclina para lanzar la bola. Su cuerpo se manifiesta. Me excita.

Cuarentisiete minutos más tarde estamos en una mesita redonda.

Después de todo Piel Blanca se llama, realmente, Blanca. Bibi le dice Blanquita.

Policía científica no colabora. ¿De qué se trata exactamente? De identificar a dos suicidas. ¿Con qué cuenta? Fotos. ¿Las tiene ahí? Son bastante demostrativas. ¿Qué más? No tengo otra cosa. Qué más precisa, ¿nada más? Sí, la historia. ¿Para publicarla? No sé. ¿Entonces?... Tengo que descubrir algo, ¿debo decirlo? Si quiere... Por qué esa cara, por qué esos ojos, por qué esa boca. Bueno, porque se mataron. ¿No es raro? Sí. ¿Por qué le parece raro a usted también? No lo descubro. Miedo y placer. ¿Lo ha visto en otros? No me he fijado, palabra. Pero tampoco me fijé en éstos; si usted no lo dice...

Piel Blanca colaborará.

Cuando la dejamos por ahí, donde tomará un micro, le pregunto a Bibi:

—¿Por qué se arriesga?

En realidad, quiero saber si es por dinero; pero esto no debe estar en el pensamiento de ninguna de las dos mujeres, porque Bibi se encrespa:

—¿No le dije que somos amigas? ¿O cree que es por usted?

Titubea, pero termina:

—Usted es bien antipático.

Contra lo que ella puede esperar, lo admito, y esto la confunde y la retrae.

Después de unos momentos de silencio en común, me dice:

—Tengo el 4 L a la vuelta. ¿Lo llevo a alguna parte?

Acepto. Veré a Julia.

Cuando desciendo Bibi me dice «Ah, un momento», escarba en su bolso y me pasa un papelito. Se disculpa, «Lo había olvidado», y arranca.

Una luz roja la contiene en la esquina, mientras percibo que tal vez lo que sea yo querré considerarlo de inmediato con ella. Aunque no lo esperaba, sospecho algo personal e íntimo. Imagino una complicidad sentimental, y mientras, para leer, me corro a la luz de mercurio, veo que para el 4 L se abre el ojo verde del semáforo.

Leo:

Un joven de 26 años se vuelve melancólico y se arroja desde el techo de su casa. El hermano, que lo cuidaba, se reprocha su muerte, varias veces intenta suicidarse, y muere un año después, a causa de una prolongada abstinencia de alimentos. Otro hermano de los anteriores, que dos años atrás manifestaba con horrible desesperación que no escaparía a su suerte, se mata. (Esquirol, citado como pude).

¿Qué es?...

—Mi hermano se suicidó a los 60 años. Nunca me había preocupado seriamente por eso, pero cuando llegué a los 50 el recuerdo adquirió vivacidad para mi espíritu, y ahora lo tengo presente de un modo constante. (Un paciente, a Brierre de Boismont).

¿Qué es esto...?

«Un joven de 26 años se vuelve melancólico...», «Esquirol, citado como pude».

Ah, ya: Fichero.

—Me arruinaste, esta vez me arruinaste. ¿Por qué te habré conocido?...

Julia dice por qué te habré conocido, yo pienso por qué habré venido.

Digo:

—Me voy.

Entonces se encoleriza, a raíz de lo cual se me ocurre que todavía no la he arruinado, que exagera para obtener algo. ¿Qué? Le pregunto buenamente qué es lo que quiere de mí, y esta iluminación la conmueve. Sin embargo, pretende encerrarse:

—Ya nada.

Le hago presente que si dice ya nada es que antes esperaba cualquier cosa que no he sabido darle.

Dice:

—Te he dado mi vida.

Me parece una exageración, pero acato:

—Sí.

Ahora exclama:

—Oh, si lo único que yo deseo es que me ames verdaderamente un poco.

—Si te amo...

—Lo sé, lo sé; pero un poquito más.

Digo bueno y la beso y se tranquiliza.

—¿Te he arruinado realmente? ¿Es que hoy ocurrió algo?

—Una niña, Clota Barbuján, contó en su casa que les hice escribir de la muerte. El padre fue a la escuela y habló con el director.

—¿Qué dice el director?

—Tiene miedo: dice que el doctor Barbuján es influyente.

—¿Qué harás?

—Defenderme. Pero el director quería ver los trabajos y yo no los tenía: te los llevaste.

—No los llevé. Me los diste, me los tiraste, los olvidaste, ¿cómo podía saber qué te proponías con ellos?

—Pudiste devolvérmelos, pudiste traerlos ahora. Dije que los tenía en casa para corregirlos, pero la excusa vale hasta mañana, no más.

Digo:

—Conozco a Barbuján. Le romperé la cabeza.

También exagero: tengo verdaderas ganas de hacerlo; pero no lo haré.

Julia lo toma al pie de la letra y se alarma:

—No, no. No hagas nada contra él. Ni se te ocurra pensar en el director. Me comprometerías más y más.

«Me comprometerías», perfecta egoísta. Aunque, por cierto, hace bien en serlo.

Tomo taxi, voy, vuelvo y le traigo sus hojas de block.

—Mañana, ¿te veré?

—No, es sábado.

¿Por qué pregunta? Ella lo sabe; los sábados, boxeo.

Emprendo con desgano mi cena de madrugada, pero no la omito: apenaría a mi madre encontrar intactos los platos que me ha preparado.

Releo los apuntes de Bibi-Fichero:

«Otro hermano... que dos años atrás manifestaba con horrible desesperación que

no escaparía a su suerte, se mata».

«Mi hermano se suicidó a los 60 años; nunca me había preocupado seriamente por eso, pero cuando llegué a los 50 el recuerdo adquirió vivacidad para mi espíritu, y ahora lo tengo presente de un modo constante».

Descubro que bastaría cambiar algunas palabras:

«Mi padre se suicidó a los 33 años; nunca me había preocupado seriamente por eso, pero cuando llegué cerca de esa edad el recuerdo adquirió vivacidad para mi espíritu...».

Hasta ahí, realmente, encuadra; no el final, «ahora lo tengo presente de un modo constante», no.

Percibo que estoy defendiéndome, alegando que no pienso en eso a cada momento, y al mismo tiempo en mi memoria se infiltran remotos cuadros en que predominan los aspectos visuales:

Primero estoy andando por un lugar especial —un sanatorio—, con mi padre. No lo veo a él, no recuerdo cómo era entonces. Distingo su mano de hombre y la mía, de niño, confiada a la suya.

Luego, su mano me ha dejado y yo me encuentro en el patio del sanatorio, que presenta los muros cubiertos de azulejos. Estoy en un raro banco circular, de mimbre, pintado de celeste, con una maceta en el centro.

Después, abandono el asiento de mimbre. (Me fatigué de esperar, papá no regresa, tengo un poco de miedo del lugar). Camino hacia la habitación donde lo vi entrar. Es verano y el cuarto está abierto. Llego al vano de la puerta y me detengo. Hay una cama y papá se halla al lado. En el lecho yace Paolo, con el rostro volcado sobre el alto respaldo de almohadas. Mantiene cerrados los ojos y respira con dificultad.

(Paolo es mi primo, mi primo grande. Se ha disparado un tiro de escopeta en el estómago).

Sueño con mi profesora de inglés. (No tengo profesora de inglés).

Durante el desayuno, requiero de mi madre que complete aquellas imágenes que, hasta ahora, permanecieron arrumbadas en el fondo de mi infancia.

Con ellas poseo otras que nunca nadie removi6 ante mí en las tertulias hogareñas, por lo cual me atrevo a dudar de su autenticidad o al menos de la fidelidad de mis recuerdos.

Son éstas, que me abstengo de revivir ante mi madre:

Mi abuelo paterno, con su figura campesina, su ropa gruesa, su barba con perita y su alto bast6n recto, no de apoyo sino de mando, de guerra. Su afici6n a llevarme de caminata por los cultivos, el gesto de hacer un alto, tomar una fruta de la planta y conversar. Y entonces su preocupaci6n por volcar en mi alma, con firmeza y amargura, su niñez infortunada y su vida de duros trabajos; también su vehemencia y

su pasión al pasar caóticamente a lejanos capítulos de la historia familiar, sus motivos de orgullo: el coraje, el arrojo de los antecesores —suyos y míos, puntualizaba— que fueron militares o suicidas. Y proclamaba en su dialecto italiano que yo comprendía bien. «Doce, doce suicidas hubo ya entre los nuestros».

¿Eran fantasías de gloria, revanchas de quien venía de una existencia de humillada adversidad? ¿Él lo soñaba o yo soñé que él lo soñaba?

Si no era sueño, con mi padre, que todavía no entraba en la cuenta de mi abuelo, los suicidas suman 13.

Y aun descartando las cifras enormes que exaltaba el abuelo, ¿acaso durante mi propia vida dos de mi sangre no se destruyeron a sí mismos?

Siquiera por uno de ellos, el primo grande que jadeaba en la almohada, puedo preguntar a mi madre, aunque el sobresalto es previsible. Ella procura postergar, quizá pensando que más adelante no insistiré:

—En seguida tendré tanto que hacer: las compras, la sopa de los niños.

Aún se defiende:

—Estamos tomando el desayuno... ¿Te parece, hijo, una hora justa para temas tan tristes?

Pura verdad, no es melancólica la hora del café y de la manteca, con el sol que se apropia de la cocina y pone en el aire colores dichosos.

No porfío, pero advierte mi ansiedad y, apesadumbrada, accede:

»Yo no había cumplido todavía los 20 años... El abuelo estaba de regreso de Italia. Fue a traer cepas más resistentes a las plagas. La historia es que trajo las cepas y a una viuda, muy joven. Sería útil, dijo él, para trabajar la tierra. Eran otros tiempos: la gente, desdichada, era barata, venía de Europa a comer.

»Tu primo Paolo se enamoró de la viuda. Ella, qué puedo decirte, lo adoró. Pero tenían que esconderse de todos, especialmente, como te imaginarás, del abuelo. Sabíamos que si se daba cuenta ocurriría algo terrible.

»Una noche en que yo me sentía muy sola, porque te habías quedado con tu padre en la ciudad, ocurrió lo que veníamos temiendo: el abuelo descubrió que la viuda no estaba en la cama, y ya era natural que comprendiera. Se dirigió a la pieza de Paolo, y la halló trancada. Quiso forzarla mientras empezaba a levantar la voz, esa voz que nos estremecía. Mandaba que le abrieran, blasfemaba, golpeaba con el bastón y con los pies. La puerta resonaba, la casa retumbaba. Ya estábamos despiertos todos, pero nadie se atrevió a salir.

»El viejo parecía al mismo tiempo un animal y un loco. A la viuda le gritaba una palabra muy sucia; al muchacho, que lo iba a matar.

»Pasó media hora, no menos, y le crecía la furia. Yo, hijo, estaba desesperada de terror...

»Oímos un tiro...

»El abuelo, por fin, enmudeció.

»Empezamos a aparecer sin vestirnos, descalzos... Después de tanto escándalo había venido un silencio tan pesado...

»Se pudo sentir cuando alguien, por dentro, sacaba la tranca. La puerta se abrió: la viuda alumbró con una lámpara para que viéramos y se hiciera algo. Paolo estaba en el suelo, encogido y sin conciencia, cubierto únicamente con la camisa. Entre las piernas tenía la escopeta de caza. En la camisa una mancha de sangre se iba haciendo cada vez más grande...».

Paso por la oficina de Bibi, hago que paso. Simulo indiferencia: ¿Quiso indicarme, con sus apuntes, que el suicidio es un mal hereditario?

«¡No!», se sorprende. «Ninguna conclusión: solamente son dos casos, viejísimos, pero típicos. Por si te servían. Quise ayudarte».

Ahora me tutea. Bueno...

¿Seguiremos con los estudiantes? Vacilo, pero hoy no tenemos otra cosa. Marcela me previene: es sábado, el juzgado no funciona. Le explico que tengo el teléfono particular del secretario. Me dice que llame. Llamo y está. Colaborará.

Me cuenta que ha revisado la pieza del muchacho que baleó al compañero y a continuación se mató.

Me ubica: «Familia de mucho dinero, eh», y concreta: «No ha dejado ninguna carta, ni para los padres. Pero encontré un cuaderno con un relato. Mi teoría se confirma: fue un pacto. El juez estará satisfecho, el lunes le entregaré el trabajo casi terminado».

—¿Puedo ver el cuaderno?

Dice que no, después tolera que vaya a dar una hojeada, si bien me fija estrictas condiciones de reserva.

Propongo a Marcela que vayamos. Dice: «Yo no». «¿Por qué?», por qué abandona. Ella hace un ademán de que no vale la pena.

Realmente, no es la cuestión principal y en la principal no adelanto.

Me digo que, de verdad, el asunto —la serie— no vale la pena. Puedo desligarme, aunque presiento que algo pasará con mi puesto.

Teléfono. Es Julia. Me dice: «Es horrible». Le informo: «No quiero saber nada horrible», y cuelgo.

Marcela ha escuchado mi réplica. Me observa con curiosidad. Fuma y tiene las piernas cruzadas. No es de 30, mucho menos.

El teléfono. No atiende. Suena, suena. Marcela se ocupa. Tapa con una mano y dice:

«Es para usted... una mujer».

Algo chisporrotea entre mis sesos. Hundo la cabeza, derrotado. Pero no me quejo.

Oigo que Marcela está explicando: «No, no sé a dónde se fue... ni si volverá».

Entra el jefe. Trato de reconstituirme. Suelta: «¿Qué, se han peleado?». Marcela niega tranquilamente con un movimiento. En estos casos basta el testimonio de la mujer. El jefe se olvida de nosotros como personas privadas.

—Ayer hubo un caso, dos estudiantes. A ustedes se les escapó.

—No. —Marcela toma mi responsabilidad—. Lo tenemos. Estuvimos allá.

—¿Dónde está el material entonces? Yo no lo he visto.

—Lo estamos cocinando —dice Marcela—, para la serie.

—Ah... Pero era noticia. Los otros la dieron.

—Entendimos que la noticia es, como siempre, trabajo de Aceituno

—Se enfermó de repente y no vino.

Intervengo:

—Esta tarde tendrá la historia completa. Exclusiva.

—Esta tarde será tarde —protesta y sale, sin decir abiertamente que no lo acepta, lo cual significa que a medias se ha dejado tentar por el relato exclusivo.

Declaro, a Marcela:

—Se ha vuelto necesario que vea el cuaderno.

Le digo: «A las 5». Sobrentendido que a esa hora debe esperarme con las fotos. Creo que en ella se apagó el interés de hace unos momentos. Le consulto: «¿Hago final?». «No vale la pena». «Qué no vale la pena». «Juzgar si está mal o está bien, y nada está mal si es necesario». Lo dice, yo pienso, para perdonarme.

Es un cuaderno de tapas blandas. Leo el principio:

«Estábamos en clase de química y el profesor desarrollaba la lección en la pizarra, pero yo me consideraba en otra parte. No copiaba las fórmulas.

»Corté una hoja y puse: “Me mataría”.

»Quedé un tiempo como si estuviera vacío. Advertí que había llegado a cierto punto para el cual me estaba preparando.

»Sentí un temblor e indagué en mi alma si era miedo y no supe contestarme, pero descubrí que también podía ser la irrupción de un vivo goce.

»En ese momento me acometió algo inesperado, una especie de fuerte ataque de vanidad: enrollé el papel en canutito y lo deslicé en el banco de Manuel, como lo hacemos para ayudarnos en los exámenes.

»Manuel se cercioró de que el profesor seguía de espaldas a nosotros. Lo desenvolvió, y recibí su mirada, hondamente interrogativa.

»Observé que, a su vez, él agregaba unas palabras en el mismo papel, y con igual procedimiento me lo hizo llegar.

»A continuación de mi frase “Me mataría”, él había puesto: “Yo también”.

»Me sentí ofendido: juzgué que Manuel rebajaba mi acto. No me creía y se burlaba. En tren de jactancia, tanto podía “suicidarse” él como yo.

»Era una provocación y me empecinó. Pretendí colocarlo en situación de comprometerse, a fin de asustarlo y de que se viera forzado a la retirada. Fue así que continuó el diálogo con el papel que iba y venía:

»—¿De qué depende?

»—De nada.

»—¿Cuándo?

»—No lo he pensado.

»—¿Cuando tengas 177 años y 7 meses?

»El papel tardaba en volver. Miré a Manuel, porque hasta entonces ambos fingíamos seguir la lección con la vista puesta en la tiza del profesor. Manuel tenía en el rostro una expresión de sincero desencanto.

»Sin embargo me propuse arrinconarlo. En otro papel anoté: “¿Lo harías ahora mismo, en el baño, con una soga?”. Al llegarle, lo extendió sobre su pupitre y comprendí que había pasado el momento de las respuestas vivaces. Manuel meditaba y yo me sentía seguro de mi superioridad.

»Transcurrieron unos minutos antes de que retomara la birome y cuando lo hizo fue para interpelarme: si yo, realmente, lo haría. Con energía, marqué: “Sí, lo haré”, y tracé una raya al pie de las palabras.

»—¿Por qué?» —quiso saber.

»¿Y por qué no? —repliqué».

El relato se detiene, hay un espacio en blanco. Se suspende oportunamente: la última frase es magnética, me ha retenido.

En efecto, la cuestión no es por qué me mataré, sino por qué no matarme.

El secretario del juzgado me ofrece café, estoy en su casa. Sin mirarlo, le digo: «En seguida», y subrayo con un ademán. Al instante percibo mi insolencia, es como si lo hubiera ahuyentado: «No me interrumpa, no moleste», y no resultaba necesario hacerlo.

Sigo leyendo.

Después hablaron, muchas veces, hasta que fijaron un día, que el cuaderno consigna. (Verifico: fueron puntuales).

Y desde entonces procuraron hacer lo que aún no habían probado: sudar un baño turco, robar en una tienda, incendiar un árbol, vender diarios en la madrugada, apostar en el hipódromo, decapitar un gallo y matar al padre.

Cada cual mató al suyo simbólicamente. El que escribía lo dibujó sin ropa, con

sus atributos; luego le borró el sexo y sobre el corazón le hizo un círculo como la boca de un agujero. El otro fue despojando al padre de sus cinturones, uno a uno, y los cortó en pedazos. A los cinturones los llamaba verdugos.

Cómo matarse lo decidieron al cabo de cavilaciones, discusiones, lecturas, tanteos. Eligieron el revólver por la rapidez. Lo hurtaron del padre verdugo. Días antes se lo llevaron por unas horas para probarlo, «para escucharlo» dice el cuaderno. Fueron, como al final, a la soledad de las colinas. Tiraría primero, contra sí mismo, el que sacara el palito más corto. El arma quedaría al segundo, quien la usaría en seguida. Aborrecían desfigurarse, prefirieron la bala en el pecho. (Comparo con los hechos: no cumplieron el procedimiento que se habían fijado. ¿Por qué? ¿Cuando llegó el momento Manuel se acobardó y por eso el compañero «tuvo» que matarlo?).

Se despedían de las cosas, apenas de las personas. El autor del cuaderno se mortificaba seleccionando las palabras para separarse de la madre sin que ella sospechara. «Querría besarla, pero hace tanto tiempo que no lo hago que puede pensar». Muchas veces, con ligeras variantes, anotó: «Dejaré la mesa antes que ellos. Diré “Hasta mañana” y los miraré desde la puerta». Y en una ocasión agregó: «Si se dieran cuenta...».

«Si se dieran cuenta...». La dulzura se tiende como la esperanza de ser salvado.

Mamá, al verme, se preocupa: «¿Ha ocurrido algo?». Sonrío: «Vine a almorzar».

Mamá respira, pero se inquieta:

«Si hubieras avisado... ¿Te gustará la comida que tenemos para nosotros? Nunca estás entre semana, sólo los domingos, algún domingo».

En la mesa, mi cuñada procura mostrar que no sigue ofendida porque castigué a su hijo. De modo de ser oída, como bromeando, con tono de protección y afecto, le dice al marido, mientras de reojo señala: «Parece una persona normal».

Hace buen efecto y sin necesidad de hablar enseño que todo está bien, porque, la verdad, me da lo mismo.

¿Soy un hombre normal? No hago ruido. Me gustan muchas cosas. Vivo. Me pregunto por qué estamos vivos. Pienso en la muerte, la resisto, prefiero vivir. Pero pienso. Muchos, no: dan por hecho que les sobra futuro.

En la mesa funcionan los cubiertos: también el mío.

Mamá está alerta, me vigila.

Me siento deprimido y hace mucho calor. Duermo siesta.

Cuando despierto faltan 20 para las 5. Creo que no llevaré la historia. Marcela esperará con las fotos. Se cansará, se irá. Aunque podría avisarle.

Prefiero el cine. No hay programa con películas de ciencia-ficción. Veo «Doctor Zhivago». El doctor Zhivago reparte entre dos mujeres sus sentimientos y su carne. Pareciera que está bien, porque lo aprueban las señoras: salen enamoradas de él y no

hacen ningún comentario en contra. Para mí, en igual situación, no habría clemencia: soy el hombre común.

Compro un diario. Busco los anticipos de la pelea. Pesaje: 63,300 y 62,400. Reviso Policiales. Suicidios, no. Intentos, no. Incendiario detenido. Resulta que es miembro del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Marcos Paz. Confiesa. Explica que ha puesto fuego a una cantidad de cosas «para permitir al cuerpo voluntario demostrar su eficiencia y su valor».

Un insatisfecho: hay bomberos pero no hay incendios. Los gobiernos deberían estar formados por insatisfechos auténticos. Que no los conformara nada, así exigirían que se mejorara todo.

Fuego sin bomberos puede ser, desde millones de años fue así. Pero un bombero sin fuego por apagar debe sentirse en una condición absurda. Si es un hombre normal tiene que angustiarse.

Como yo, me oprime lo que no hago. Pero no lo hago.

No voy, en el estadio, con los colegas. Soy uno de tantos, en la tribuna bramadora.

Vocifero e insulto, y cuando de una ceja abierta mana sangre exijo que le reviente el ojo, y para el que se retrajo y no pelea, la escupida sobre el cadáver. Clamo violencia y destrucción.

Es normal: mi belicosidad es colectiva, mis atrocidades concurren a mezclarse en el aire con las que sueltan los demás.

Me descargo. Una noche por semana. El resto de los días, fuera del estadio, no se puede incitar a matar al prójimo, ni siquiera desahogarse de todo lo que nos ofende y nos rebaja.

El domingo eludo a Julia pero el lunes no puedo eludir al jefe.

Apenas enterado de que ando por la redacción me manda decir con su secretaria que ya no se me ocurra entregarle la historia, es demasiado tarde.

Encima de mi escritorio hay dos sobres: uno, de papel madera, tiene que contener las fotos de Marcela; el otro lleva el nombre de la agencia, impreso, y el mío, a máquina. Éste encierra alguna incógnita y lo prefiero.

Son notas de Bibi y de inmediato, con las primeras líneas no más, me desazonan y me alteran de un modo penetrante.

Durkheim dice: «A menudo sucede que en las familias en que se observan hechos reiterados de suicidio, éstos se reproducen casi idénticamente unos a

otros. No sólo tienen lugar a la misma edad...».

Dice tienen lugar a la misma edad.

«...sino que además se ejecutan de la misma manera. En una parte se prefiere la horca, en otra la asfixia, o bien la caída desde un sitio elevado. En un caso frecuentemente citado, la semejanza va todavía más lejos; se trata de una misma arma que ha servido a toda una familia y esto a varios años de distancia».

El revólver de mi padre, con cachas de nácar, que mamá guarda en la cómoda.

Pero Durkheim alega que es influencia contagiosa sobre la mente de los familiares que sobreviven, que no se ha demostrado la herencia del suicidio, que si se mata un desgraciado en cuya familia se dieron locos y suicidas no es porque sus padres se hayan eliminado, sino porque estaban locos. Y lo dice Durkheim.

La opresión afloja.

Si lo dice Durkheim me alivia, aunque en realidad no sé quién es Durkheim. Una autoridad, quizás. El Pasteur, el Curie del suicidio. Quién sabe.

Leo:

Durkheim repite...

Aún Durkheim. Vacilo ante el riesgo de una enmienda que devuelva la sospecha de que puede ser hereditario. ¿Por qué Bibi escarba? ¿Sabe? ¿Mi alma se trasluce?

Durkheim repite lo que contó Falret: «Una joven de 9 años se entera de que se ha suicidado un tío paterno. La noticia la aflige mucho; ha oído decir que la locura es hereditaria...».

Locura, no suicidio.

«...Se halla en tan desdichada situación cuando su padre voluntariamente pone fin a su existencia».

Suicidio.

«A partir de entonces, ella se cree realmente destinada a una muerte violenta. No se ocupa más que de su próximo fin. Mil veces se repite: “¡Debo perecer como mi padre, como mi tío! Mi sangre está corrompida”. Intenta suicidarse...».

En fin, la herencia.

«Ahora bien, el hombre que ella creía su padre realmente no lo era. Para librarla de sus temores, la madre le confiesa la verdad y arregla una entrevista con el padre verdadero. El parecido físico es tan grande que en el mismo instante se disipan todas las dudas de la enferma. Desde entonces renuncia a toda idea de suicidio; progresivamente recobra la alegría, su salud se restablece».

Happy end.

¿Me gusta, no me gusta? La cuestión no consiste en que me caiga bien o si la vida se copia de las novelitas. El caso me asoma a las dudas, quiere perderme y torturarme, hasta que me devuelve con vida y salud. ¿Debo meditarlo?...

Acudo a donde Bibi traduce y le digo que para la nota sobre herencia ya es bastante, gracias, que yo investigaré localmente a fin de ilustrar con cifras y con algunos casos clínicos.

Me pregunta si yo tengo una teoría. Le digo que no, pero lo que consiga me servirá para confirmar o discutir: «¿Discutir a Durkheim?...», se asombra, si bien de inmediato reconoce: «Otros lo han hecho». No precisa decirme que los otros sabían más que yo y no percibe que de tal modo ha abierto, de nuevo, un camino a la duda, ya que si Durkheim no es el irrefutable Einstein del suicidio su teoría de la no herencia padece de relatividad. Pero lo soporto perfectamente.

Le pregunto por Piel Blanca y me hace notar que no sería prudente llamarla a su lugar de trabajo. Dice que la podemos esperar de noche en el bowling aunque no sabe si irá.

Marcela ve el sobre con las fotos.

—¿No sirven?

—No las miré; no hice la historia.

Se desinteresa. Fuma. Dice:

—Estamos empantanados.

Digo:

—Sí.

Propongo:

—Esta tarde...

Me corta:

—No puedo. Veré al padre.

Traduzco:

—Al viejo.

Me ha dado un poco de rabia.

Le pregunto por qué, por qué lo verá.

—Porque así quedamos.

—¿Y la lleva a su casa? Estará la mujer...

—No me lleva, me invita. No a su casa, al Galeote.

¿Otra pregunta, patrón?

Tenemos dos meses para el trabajo. ¿Cuántos casos podremos observar en ese tiempo?

Acudo al Departamento de Estadística.

La experta señora que me escucha, toma nota: «Ah, la serie del 970 al 979». Estoy por confirmar: «Exactamente», pero advierto que ignoro qué es la serie del 970 al 979. Se lo digo y dice: «La de suicidios. Sistema internacional de clasificación estadística de las causas de defunción. La serie de los homicidios va del 980 al 983». Comenta: «Hay muchos más 970-79 que 980-83».

Entendido. ¿Cuántos 970 (y su séquito) podemos esperar por períodos breves, una semana, un mes?

Se expide con precisión profesional: El índice tipo para ciudad occidental, industrializada, puede dar 2 suicidas por día en una de seis millones de habitantes y 1 cada seis días en otra que tenga medio millón.

No obstante, dice que los índices son muy inestables y variables; especialmente en América dependen de las condiciones sociales tan diversas de país en país y que sólo ha querido dar una idea aproximada.

Asimismo la distribución por estaciones presenta agrupamientos distintos, y como la gente se suicida más en primavera y verano la ciudad de medio millón puede tener durante algunos meses un caso cada dos o tres días, para declinar en la época fría.

Bibi me enseña en el bowling cuáles son los tres dedos que debo introducir en la bola, hasta dónde puedo avanzar en la pista, cuál es la apropiada inclinación del cuerpo. No es suficiente para voltear los palos. Mis proyectiles se bandean, muestran irresistible inclinación por la canaleta.

Preferiría que me reemplace Piel Blanca, pero no viene. Cenamos, con Bibi, un

plato. Antes, ella ha bebido gin puro.

Propone: «¿Rodamos?», y me toma la mano que apoyo sobre la mesa. Digo: «Sí», y digo también «Me gustaría». Ella comenta: «A quién no», a raíz de lo cual pienso que estoy en lo cierto, aunque no sé con exactitud qué es rodar. Me aventuro a plantear: «¿Dónde?». «Por ahí», dice despreocupadamente.

Me guía hasta el 4 L.

Conduce con la derecha. Agita el brazo izquierdo fuera del coche, lo refresca o lo hace volar. Canturrea. Yo espero.

Andamos por calles derivadas y agrestes.

Cuenta algo picante, lo festeja y, soltando un instante el volante, me aprieta la rodilla. Le acaricio el muslo. Me dice: «No», lo cual no es un impedimento. Insiste: «No», y detiene el coche.

Consulta:

—¿Aquí?

—¿Aquí qué?

Le digo:

—Una duda leve, ¿qué es rodar?

—Andar, andar sin rumbo.

No le creo. Intento besarla. Me contiene. Quedo a la expectativa, la evolución depende de ella.

Se disculpa.

—No es que no quiera. Resulta que estoy comprometida...

—¿Para casarte?

—No digo tanto. Tal vez, más adelante.

Da lo mismo. Lo que yo decía: todas tienen con quien.

Regresamos al centro, sin enojo.

Esa noche, Julia carece de agresividad, aparte de que, como de costumbre, se muestra dócil a mis deseos.

Después, si atiendo bien, me impresiona igual que una persona caída en el olvido y, a la vez, un tanto atemorizada. Pero no indago.

Ella, por sí misma, empieza a manifestar qué la está cavando: ha tenido un sueño.

Se veía en un hueco, bajo tierra, y un animal la acosaba. Ella pedía socorro llamando al padre. El animal tomaba la apariencia de su padre, que en realidad ya no existe. Julia se consideraba salvada, pero el padre se la comía.

Me pregunta qué me parece. Le digo que no me he formado una opinión.

Ella dice: «Es tan terrible», y porfía en averiguar si no representa un negro presagio.

Le digo que no y que conservo vagas nociones de Freud: el temor del niño a ser

devorado en la cuna, el canibalismo del padre como símbolo de autoridad y de poder, el tótem, creo, por algo que tiene que ver con el incesto; pero que en todo caso me parece más rigurosamente aplicable al varón que a la mujer.

De manera que Julia queda como si yo no le hubiera explicado nada. Me doy cuenta, pero aún comento:

—Si lo soñara yo, tendría con mayor seguridad este significado: temo que mi padre me devore, me castre o me mate.

—Tu papá murió —me recuerda.

Lo mismo puede llevarme a la muerte, puede matarme, si persiste en mi memoria y me atrae. Esto es lo que yo pienso.

Julia permanece meditabunda, mientras reflexiono que lo que acabo de decir no debe ser para mí un nuevo motivo de preocupaciones, ya que también puedo analizarlo como una conjetura a propósito de algo impersonal y que no me atañe.

Ahora Julia manifiesta inquietud. «Pero hay algo más», declara compungida.

El sueño continuó. El animal era otra vez animal, un puerco salvaje que embestía en silencio. Julia se defendía arrojándole el mismo barro que ambos pisaban. No cesaba la lucha y en todo momento Julia podía ser destrozada por los colmillos. No había tregua, salida ni posibilidad de que el sueño cesara.

Digo que parece un rincón del infierno.

Julia me mira y me abraza con desesperación. Repite que es horrible y aún más, se le figura que tiene que ser, para ella, una condenación y un castigo. Le pregunto por qué. Dice que el cerdo salvaje era yo.

Llevo conmigo a la cama «El mundo sumergido» —llegué a la página 40— y «El mundo subterráneo», sin abrir. ¿Con cuál borraré el día?

No se borra. Reviene el sueño de Julia. El cerdo. Papá —tótem que te come.

Seguimos soñando «a la antigua». Nuestras pesadillas se asemejan a «La Divina Comedia». Ugolino.

Cuando las nuevas generaciones alcancen la edad de sufrir y padezcan la persecución de los sueños, ¿en sus sueños tendrán brujas medievales o haploides de fantaciencia?

Aparto los libros, para dormir.

Si mi padre persiste y me atrae... Miro el almanaque, sobre la pared. ¡Ojalá consiga soñar un acuario!

Pero el sueño que tengo es que ando desnudo.

Bibi me avisa: Blanca tiene novedades; debemos verla mañana en la noche.

Julia se descompuso en clase y se retiró del colegio.

Supongo un embarazo; no lo menciono. Se queja —está al teléfono— de que yo no pregunte por qué la descompostura. Pido lo diga. Dice la impresión, el disgusto, el miedo: el director leyó los trabajos; un sumario, hoy lo ha iniciado.

En el café, Marcela plantea: «¿Y la serie?». Prometo que pasado mañana entraremos en acción. Sonríe con indulgencia.

Entonces le pregunto si el viejo intentó la seducción y ni se retrae ni se encrespa. Admite que sí, con resignación y un destello de entendimiento en los ojos.

Me complace haber acertado y me gustaría besarla. Cuenta.

Ese hombre necesita amar; no pide ser amado, sólo comprensión y cariño. Acaba de salir de un desengaño y de un doble enfrentamiento con la muerte.

Conoció a una mujer joven, sola con su pequeña hija. La ayudó con dinero. Un día se dio cuenta de que la amaba. Aunque había procedido desinteresadamente —le dijo él a Marcela— esperaba una mínima retribución de afecto. Tuvieron entrevistas, una tras otra, sin que ella accediera a la intimidad. Él amenazó matarse y le mostró un frasquito de veneno. La mujer repitió que lo quería, aunque de un modo especial, como a un padre. Se separaron manteniendo cada cual su posición.

El hombre cenó con la esposa y con el hijo. Estaba totalmente embebido en su propósito y no reparó en el muchacho más que dos veces: cuando volcó una copa y al retirarse, porque permaneció más de lo normal en la puerta, vuelto hacia ellos. Al quedar solo con la esposa, sintió que la compadecía, pero, se dijo, debo tener una vida con amor o nada.

Se encerró en la biblioteca y oró. Tenía conciencia de cometer un pecado. Estuvo largamente en oración. Aguardó hasta medianoche, pendiente del teléfono.

Después, agotada toda esperanza, turbado, lastimado porque la joven lo dejaba morir, se sentó al escritorio y destapó el frasquito. Sin embargo, se sintió culpable de excesivo egoísmo ante los suyos y se persuadió de que, al menos, debía mentirles un motivo diferente del verdadero, y despedirse.

Escribió a la esposa; escribía al hijo cuando sufrió un desmayo.

Al despertar, en el ventanal amanecía. Buscó el frasco, pero estaba caído y el líquido tóxico se había derramado.

—Lo cual representa —digo— que mientras el padre chantajeaba a la damita y se quedaba dormido, el hijo pasaba al otro mundo sin pedir autorización ni colgar avisos. Y eso tolerando la suposición de que no sea un miserable recurso novelado para que lo compadezcas y le concedas lo que él llamaría tu «intimidad».

Pero Marcela lo piensa sincero.

No lo es. El acto del hijo le sugirió, después, un capítulo para su propia biografía. En la misma fecha, sin ponerse de acuerdo, sin saber uno lo que hace el otro, *no pueden* suicidarse un padre y un hijo. No lo concibo, no lo entendería. Yo soy un hombre normal.

No porfío. Ya la previne sobre su intimidad. Verdaderamente, si me exalté fue por eso, porque la defiendo.

Estamos corriendo con el Citroën, Marcela y yo, hacia un muchacho encaramado en alguna parte.

Llegamos a donde el tránsito se ha endicado.

Lo veo, envuelve brazos y piernas en el hierro de sostén de un cartel monumental que sobresale de un monoblock de ocho pisos. No se mueve. Ni se suelta ni recula.

Pregunto a la gente. Me dicen que lleva allí media hora. ¿Qué espera? Que lo salven, dice un incrédulo.

Quizá no, sólo está postergando el lanzamiento. Pienso que acaba de entender algo muy importante: si se arroja su cuerpo sentirá el horrendo chupón del vacío a lo largo de 25 metros y se aplastará contra el pavimento. Se morirá, es cierto, pero después de eso. Seguramente cuando lo consideró desde abajo no parecía igual.

Los bomberos apuntan al octavo piso con la escalera mecánica y uno de ellos trepa.

Marcela procede por su cuenta, asoma con el teleobjetivo primero en una ventana y luego sobre un techo.

Distingo un providencial teléfono público, en el hueco de una puerta de farmacia. Llamo a la agencia y pido que me den con el jefe. Le digo que puedo reportar el suceso segundo a segundo, sin perderlo de vista. Pronuncia el OK y traslada la comunicación a la grabadora.

Ha descendido un silencio que la ciudad no tiene, sólo perforado, en la periferia de la concentración, por frenadas y motores. La multitud pretende oír. Pero el oficial de bomberos que ha llegado a la punta de la escalera se halla tan cerca del personaje que parlamentan sin levantar la voz.

Sin duda procura convencerlo de que desista y su acción tiene a los espectadores tan anudados como ignorantes. Hasta que el jovencito estalla:

«¡No me miren más! ¡Basta!», y el bombero parece calcular que si machaca se tirará.

El bombero desiste, pero apenas ha bajado él, sube un policía.

Decidido, bravo, llega a la cumbre de un tirón, saca un arma y encañona al suicida en potencia.

El gentío suelta una exclamación universal.

Me doy cuenta de que es una pistola de gases, aunque parezca de balas, pero no puedo imaginar qué se propone el policía.

Inmediatamente lo veo: el muchacho ha empezado a moverse, se desliza retrocediendo hacia la terraza. Se iba a matar, pero creyó que el otro estaba a punto de balearlo, sintió la muerte encima y ya no quiso morir.

Muchos espectadores se van, recobran el ritmo de sus trajines, no pocos permanecen al acecho de que algo falle y el adolescente caiga.

Termino de transmitir el informe a la agencia. Como yo, aquí a mi lado, otra persona estuvo pasando un mensaje, aunque el suyo iba más alto: es una señora, oraba.

* * *

Realmente, nada de esto ha sucedido, lo he soñado. Bibi me hipnotiza con su fichero y tengo pesadillas.

Creo que la historia es de un tipo que se arrojó al río y vino un aduanero con un fusil y al final el otro se volvió tranquilamente a su casa.

Todos los aduaneros si no tienen nombre se llaman Rousseau.

Bibi pide gin. Insinúo, con malicia, cómo terminará.

Con buen humor me asegura que, aunque se pase, esa noche no me invitará a rodar. Piel Blanca pregunta con cierto titubeo qué es rodar. «¿Ves? —la acuso—. Esa palabra tuya provoca el equívoco». «Supuse que es algo bueno —se defiende Piel Blanca—. Sólo quería que me explicaran». «Es algo malo —le digo—. No resulta». Piel Blanca se hunde en la callada de los prudentes y los tímidos.

En general, me gusta bastante y tengo ganas de tocarla. A continuación del primer trago, una vez que el mozo ha servido y se distrae en otras mesas, por mano de ella vuelven a aparecer las fotos.

Llevan abrochado un papel. Tomo el primero. Un nombre —Adriana Pizarro—, una fecha, un domicilio, un planito. El planito indica la ubicación del cuerpo, dónde cayó; los muebles, las puertas y la ventana, las manchas y el arma. Intercambio con Bibi y recibo la segunda foto de los ojos abiertos, con otro nombre —Juan Tiflis—, una fecha, un domicilio y un plano.

Piel Blanca nos ha dejado que miremos. Ahora relata. Adriana Pizarro era una soltera de 46 años, maestra, con ahorros y pequeñas inversiones. A los 42 hizo el viaje a Europa. Al volver dijo que tendría que irse otra vez. Insinúo una relación. Pero nunca —ha declarado la familia— recibió una carta, ni de España, ni de Francia, ni de Italia, como si no hubiera conocido a nadie. Solamente folletos de propaganda turística y prospectos con tarifas actualizadas de los hoteles. Tenía alucinaciones, certificaron algunos parientes. «Veía cosas», ha dicho uno, «y posiblemente se mató durante una crisis».

Piel Blanca señala en la foto el arma y comenta que viene a ser raro que eligiera

el revólver, porque las mujeres prefieren el gas, el cianuro, las pastillas para dormir, unas pocas se ahorcan. «Usó uno chiquito, calibre 22, como para no lastimarse demasiado. Le resultó porque apuntó bien a donde debía».

Juan Tiflis fue hombre de fortuna y de inclinaciones espirituales y altruistas: negociante de documentos, banquero de rifas de automóviles, coleccionista de arte y vendedor de las piezas que se valorizaban, protector de la Filarmónica y del Hogar de Huérfanos. Era una persona de maneras finas y, a su manera, un idealista, según conocidos y amigos llamados a declarar. Dejó escrita una línea que está de acuerdo con esa imagen: «Me interno en la sombra tranquila».

Estas orientaciones son positivas, ya sé a dónde ir, de qué tomarme, y sin embargo no hay una sola referencia de Blanca que aclare el porqué de la mirada de espanto y la sombría mueca de placer. «¿No reparó en tales cosas algún médico o algún psiquiatra? ¿No tiene, el expediente, una mención inteligente sobre ese punto?». No, no la tiene. «Intervino gente de la policía científica. Esa expresión del rostro, ¿no se salía de lo que ellos veían en la rutina?». Sí, se salía. «¿No la recuerdan?». No la notaron, únicamente al estudiar las fotos lo han pensado.

No creo haber contraído una deuda, pero calculo que Blanca espera un reconocimiento. Las invito a cenar. Salimos, Blanca se demora acomodándose alguna prenda interior. Consulto a Bibi qué puedo hacer por ella, por Blanca. Me dice que le gusta bailar. A mí no, pero puedo hacerlo.

Cenamos y tengo que bailar con las dos. No es entretenido. Pero Piel Blanca no rechaza la fricción. Le propongo otra noche. ¿El jueves? El jueves. Sobreentendido que sin nuestra amiga.

Nos separamos. Omito a Julia.

Me aparto de las calles de afluencia. El calor ha cedido. Estoy despejado, estoy bien.

Me sobra noche. Podría buscar una mujer. O llegar a donde lo hizo Adriana Pizarro. No es hora de entrar; sólo vería un bulto oscuro, el de la casa dormida. La exploración empezará mañana. ¡Mañana!... ¿Cuántos mañanas me quedan?...

Mañana podría cambiar de vida. Pero no puedo cambiar de oficio. Soy mi oficio. Si no cambio de oficio no puedo cambiar de vida.

Cambiar de Julia. Cambiar de mujer no cambia nada. Cambiar de recuerdos. El pasado no se cambia, a menudo nos gobierna. Hace 33 años me dieron este cuerpo al que posteriormente han sido agregados hábitos, ideas, una manera de comer... A los 17 me equivoqué. Vengo de atrás.

Tengo ayer, no sé si tendré mañana. No poseo más que una certidumbre, la de que, en algún momento, moriré.

Sueño con mi profesora de inglés.
Dice que estudie, que debo irme.
Parece que dice escapar.

INTERLUDIO CON ANIMALES

Bibi me inicia en el capítulo de los animales:

Suicidio de un caballo —Los criadores intentan que cubra a una yegua. Se rehúsa. Finalmente lo consiguen. El caballo, que sabe que ha nacido de esa yegua, se precipita intencionalmente desde lo alto de una roca. (Aristóteles).

—¿Ven este cuadro? Es una ténpera. ¿Qué representa?

—El mar. Una playa de arena que lo encierra, solitaria. Al fondo, un árbol.

—¿Y debajo del árbol, qué encuentran?

—Una pareja, sentada a la sombra.

—No, son dos mínimas rayas de color. Fíjense bien, si yo no las hubiera mencionado ustedes no las habrían tomado en cuenta. El cuadro fue siempre así, desde que lo pintaron. Adriana tardó en descubrir todos sus detalles hasta que, por el viaje, conoció el mar. Me mostró «la pareja», que para mí nada tenía de nuevo. Me dijo: «Los enamorados tienen que refugiarse en alguna parte». Después se preocupaba porque veía bañeros preparando sombrillas. Más adelante andaba consternada porque, decía, los turistas habían descubierto esa playa. Cuando con su imaginación llenó de gente la ténpera, se dedicó a poblar aquel óleo, que muestra un bosque. Durante el día encontraba hachadores; de noche, niños perdidos.

—¿No la revisó un psiquiatra?

—En lo demás, era absolutamente normal.

María Pizarro, viuda de Candé, es hermana de Adriana Pizarro. Se resiste a revivir todo lo que ocurrió con ella.

No admite que se tomen fotografías, ni siquiera del dormitorio. Le pedimos un retrato de Adriana. Nos permite verlo, no reproducirlo.

¿La vio muerta? Ella la encontró. ¿Los ojos, la boca? «Como si no hubiera muerto».

La hija —unos 17 años— nos acompaña hasta el Citroën. La madre, con su intolerancia, ha quedado en el hall, la puerta entreabierta.

La joven, hablando quedo, nos dice que nos llevará un retrato y las fotos de Europa.

Ya no hay casa de Juan Tiflis, ni entre los vecinos noticias de dónde está ahora su esposa. Sólo un dato es unánime: que ella, a pesar de todo, quedó pobre.

En el solar donde la casa estuvo crece hacia las alturas una estructura de hierro y cemento. La empresa constructora me da el nombre del futuro hotelero, éste del escribano que asentó la compraventa, el escribano del domicilio de la viuda de Tiflis, que es el mismo de la vivienda que se demolió. (Cuatro viajes).

En la Filarmónica apenas conocieron a la señora de Tiflis; ya no visita el Hogar de Huérfanos, en guía de teléfonos no figura, en el Registro Electoral los padrones son de años anteriores. (Cuatro y tres, siete viajes).

La señora de Tiflis no es una suicida, espero. Pido colaboración policial en la sección «Personas desaparecidas». (Ocho viajes).

Señorita Candé al teléfono. No podrá cumplir, lo hará otro día, lo antes que pueda. Entretanto, un número para llamar al tío Eduardo. Tío Eduardo «es especial».

Tío Eduardo, un hombre pulido, posa para Marcela.

Afirma que no teme a la opinión pública y menos a su hermana.

Se abre rápidamente a la información:

—Mi hermana muerta, Adriana, se temía a sí misma cuando estaba viva.

—...

—Padecía el terror de no ser una sola, de multiplicarse: ella era todos los demás. Si discutía con otra persona, ella era también la otra persona. Si iba al teatro, los actores y los espectadores eran ella, ella muchas veces. A esos otros seres en que se proyectaba los consideraba enemigos. En ciertas ocasiones desaparecía: no podía encontrarse, ni en el espejo, ni en la cama, ni dentro de su ropa. Entonces su pavor funcionaba al revés: no era ni una ni muchas, era menos que una, se había borrado.

Le hago presente que la versión es distinta de la que me dio su hermana María.

—¿Quién le sugirió que se comunicara conmigo? —averigua con intención.

—La hija.

—¿Se da cuenta? —y sonrío invitándome a entender.

Voy a preguntarle por el rostro y no alcanzo a hacerlo; incomprensiblemente, me intercepta: «Les ruego que, por esta noche, abandonemos el tema». Dice: «Mi casa está abierta para ustedes», pero nos despide.

Estoy convencido de que Bibi, si asume para mí su personalidad de Fichero, me ahorrará bibliotecas, entrevistas, encuestas, postergaciones, desinteligencias, cretinadas; doctor, preciso una información de su especialidad; doctor, ¿querría opinar?; doctor, ¿qué se sabe de esto, qué prevé, dónde podría averiguar?; ya estuve y no, hay egoísmo entre colegas; a usted no se le escapa, me dijo de un doctor, otro doctor.

Le digo, a Bibi, que gracias, pero que suspenda el capítulo de los caballos, porque de momento no tengo dificultades con ningún cuadrúpedo suicida pero sí con una loca suicida, y ése es justamente el caso que el jefe ha dispuesto que yo investigue.

Le cuento que los datos de Piel Blanca me han llevado a una maraña. Le cuento las versiones distintas e incompletas de hermana y hermano.

Me atiende, creo que excedida de interés, y toma la palabra:

—Ah, sí, una loca suicida... Porque tendrán que considerar que la gente se mata porque está sola, porque está enferma, porque está vieja, porque es demasiado pobre, porque es demasiado rica, porque le embromaron el standard o las ambiciones, porque papá y mamá se peleaban sobre su cabecita, por amor (los menos), por falta de amor, por vergüenza, por orgullo, por imitación, por misticismo, por la libertad, las ideas y otras cosas nobles; pero principalmente, porque está loca.

—Sí —digo.

—Pero no todo es locura. Algunas mujeres se matan porque están embarazadas, aunque sea de su marido; las aterroriza la idea de sufrimiento.

Le pregunto si ella está embarazada, me dice «No» y se desentiende. Sigue:

—El suicidio aumenta con el alcohol, que envalentona; con el calor y la vida en ciudad; con las depresiones que causa el otoño; con la industrialización y el aislamiento social; se acentúa, proporcionalmente, en las clases cultas y pudientes; se matan más los médicos, antes (siglo XIX) los militares.

«Estadística», dice. Abre un cuaderno de apuntes: «Italia, por cada 1 suicida civil, 5 suicidas militares; Estados Unidos: 8 y medio; Austria, 10».

—Austria, Viena: los valeses —digo.

—Se quitan la vida más los profesionales que los hombres de negocios y que los obreros no calificados, pero éstos más que los trabajadores calificados; entre los jóvenes, más los estudiantes.

Arriesgo la suposición de que son más «los» que «las». Bibi lo confirma, pero dice que las mujeres lo intentan en mayor número y que últimamente en algunos países se matan tantas mujeres como hombres, posiblemente por su creciente incorporación a las actividades generales.

«También —explica— se suicidan más viejos que jóvenes, pero más jóvenes que viejos intentan matarse y fallan».

—¿Más ustedes los casados?

Consulta el cuaderno:

—No, más nosotros los solteros.

Sigue:

—En Occidente se despojan de la vida más los blancos que los negros. En Oriente se arrojan al Ganges o a un precipicio o a la boca de un volcán, se prenden fuego o se hacen enterrar vivos para congraciarse con sus dioses.

En África huyen, con el suicidio, de las disputas familiares, de la castración, la impotencia y la lepra.

—Volvamos a casa, eh.

—Bueno. En la América del Sur es igual que entre los pueblos primitivos: también los disgustos de familia encabezan el ranking. Sin embargo, hasta que empezó la era espacial los latinoamericanos mantuvimos la tasa más alta de suicidios románticos: «Ellos no nos comprenden» (intransigencia de Montescos y Capuletos), «Se casó con otro», «Él cambió».

—Aunque los varoncitos —discurro— curan eso con unos tiros o el trago.

—Sí —replica Bibi—, pero la matan y se matan, y si se echan tinto después ven ratones en el aire: alcoholismo, desorden metal, suicidio. Estamos en lo mismo: los que más se suicidan...

—Ya sé, son los locos.

—Sí, los locos, que es una manera vulgar de llamarlos sin ninguna propiedad. En rigor, son enfermos mentales de distintas categorías, neuróticos y psicóticos, aparte de las personalidades anormales. Los que suelen tener la condena puesta son los de la melancolía, la enfermedad depresiva. No sólo se destruyen, son propagandistas, y es la clase de los que matan a los niños «para que no sufran». ¿Qué se puede hacer? ¡Psiquiatras para ellos!

«Pero —declara Bibi—, específicamente de todo eso no sé nada».

Dice que se ocupará, cuestión de tiempo, y que le haga conocer al tío Eduardo. Y que de todos modos no piensa abandonar los animales.

Espero a Blanca donde dijimos.

Cuando llega observo que se ha esmerado por lucir: peluquería y todo lo demás. Viene «vestida», es decir, exactamente lo contrario.

Mi traje y mi camisa van conmigo desde la mañana, lo cual posiblemente se nota, ya que Piel Blanca me aplica una mirada desfavorable. Pero lo que ella se ha puesto dejará de verse en seguida en el lugar adonde vamos, el Momotombo.

Nos arrinconan, en el Momotombo, en un mueble tapizado que compartimos con otras parejas cuyos rostros no podríamos distinguir.

Aguantamos mientras vienen las copas. Después entramos a la pequeña pista y demoramos en volver. Nos movemos en un pedacito, lo cual no es exactamente bailar, y cada vez que se interrumpe la música permanecemos allí hasta que se reanuda, para no perder nuestros 60 centímetros cuadrados. Claro que todo ese tiempo ella sigue en mis brazos.

La he besado dos o tres veces y ahora acepta mis manos, pero no participa.

Hablar no se puede, ya que hacerse oír requeriría un gran esfuerzo, a causa del ruido.

Me indica que le duelen los pies y le hago señas de que se saque los zapatos. Aunque bailar con los zapatos en una mano y apretándonos, es imposible, y si dejara los zapatos en algún sitio más tarde no lograría encontrarlos.

De modo que regresamos a la banqueta y el hielo del whisky se ha derretido.

Conversar aquí tampoco se puede, pero es más fácil entenderse.

De todas maneras, preferiría el entendimiento de los cuerpos.

Piel Blanca es generosa con mis intenciones, aunque pasiva, y a cierta altura de la situación opone algunas restricciones que desarman mi optimismo de una rápida consumación.

Como trato de recuperar terreno poniéndome exigente, Piel Blanca me pregunta si me casaría con ella. Simulo que no he oído bien y le digo qué quiere saber, ¿si después me casaría con ella?

Y me dice:

«No, antes».

Le digo que no tengo nada contra ella, pero que yo, en general, no me caso.

Desea saber el motivo y advierto que no estoy preparado para contestarle. Le digo que no me caso «por principios», pero que puedo amarla lo mismo.

No resulta.

Tendré que volver con Julia.

La chica Candé trae las fotos. Sólo me impresiona, por su melancolía: Venecia en invierno. Marcela revuelve la colección; creo que ya eligió, pero busca todavía una donde Adriana esté con el Signore X.

La sobrina pretende saber qué sabemos. No hay impedimento y el canje es equitativo: le paso la foto que ella no tiene y posiblemente no conocía, la de su tía muerta.

Queda sumida. Casi diría que ha descubierto lo que nos intriga. Es la persona de inteligencia más alerta con quien este caso me ha hecho topar. (Piel Blanca es medio sonsa).

Me devuelve la foto y prescindo de hacer comentarios.

Sin embargo, me ofrece otra pista: tía Alejandra.

Fichero:

Otro, quiénes lo hacen más:

No son los suecos (mala fama), son los alemanes de las dos Alemanias (estadística de la OMS, Organización Mundial de la Salud).

Luego de las dos Alemanias están Hungría, Austria, Checoslovaquia, Finlandia y Japón.

Tasa nacional más alta: Alemania Oriental, 28 suicidas, promedio, por

cada cien mil habitantes.

La más baja: 0,1 Egipto, en 1959.

Suecia, con una tasa de 17, inferior a la de 8 naciones de Europa, tuvo la publicidad adicional de ser el país encantado de los que no quieren quedarse un rato más. ¿Se la hicieron los suecos esa propaganda? No, vino de afuera: fue nada más que un factor dentro de una campaña de desprestigio hábilmente sutil contra esa nación.

Digo a Marcela: «Podemos llevar a Bibi, esta historia le gusta, y me ayuda». Me pregunta si Bibi me interesa. Le declaro que sí, pero que no resulta, tiene a alguien y me considera antipático. Me dice «Debe ser por lo último, porque ahora no tiene a nadie» y le digo «Todas tienen». Marcela no replica que ella no tiene, pero yo tampoco se lo he preguntado.

Bibi prefiere cuando repitamos con tío Eduardo, pero yo le hago notar que tía Alejandra puede ser la tercera versión. Nos sigue en el 4 L, llegamos y la sirvienta dice que se fue al centro y no hay nadie en la casa como si ella misma no fuera alguien, pero realmente de qué nos puede servir.

Propongo a Marcela que lleguemos al cementerio que está cerca y le participo a Bibi, que se ha quedado en el cordón de la vereda, que iremos. Desea saber para qué y le digo como quieras, se trata del otro asunto.

Nos sigue y en la administración del cementerio mientras una gordita recorre el registro para encontrar «Juan Tiflis» ella hace lo que yo debía hacer, ante una segunda empleada averigua si los suicidas están sepultados aparte.

La empleada jovencita, bastante ignorante y medrosa no responde, consulta, y la compañera, o jefa, más resuelta, acude con la pregunta «¿Que si hacemos qué, señora?», desdeñosa contesta que no, por favor, de dónde, y para Bibi es como una provocación y sin que se lo pida le hace saber «de dónde». De la Iglesia, para la cual el suicidio es una injuria contra Dios y el peor de los pecados porque no da tiempo para arrepentirse. ¿O después de 15 siglos no saben, por lo visto no, la distinción que hace la Iglesia respecto de los suicidas?... y no sólo los católicos. Antes y después de mil ochocientos y pico, han apartado al suicida de los otros muertos: nada más, para él, que un cruce de caminos. En Francia, juicio al cadáver; por todas partes, el cuerpo arrastrado boca abajo por las calles, quemado, ahorcado, una estaca clavada en la cara.

¿Entendido? Y bien, ¿dónde está Juan Tiflis?

No ha habido, para él, discriminación alguna, y la gordita dice pabellón tal, nivel tal, nicho número... como si revelara un sacrilegio que no cometió pero en el cual puede verse comprometida, sin advertir que ella está en un cementerio de administración civil, del Estado, y la pregunta de Bibi era por si en alguna medida

han gravitado en él esas disposiciones religiosas. Pienso que pude hacerla yo y también pienso que fue una pregunta tramposa.

Mientras caminamos hacia el pabellón, Marcela insinúa a Bibi una objeción: «¿Por qué 15 siglos y no 20, que tiene la era cristiana?».

—Porque la condena formal del suicidio es del 500 y del 600, cuando se organizó la Iglesia.

—Tendrías que saberlo —le reprocha y Marcela, a veces tan candorosa, visiblemente se turba.

Me río, socarronamente, de las dos.

—Estamos en un cementerio —me reprocha Bibi.

El nicho se halla en un sector modesto. Marcela suelta el destello del flash.

¿Quién cuida acá? Uno con plumero, balde, escalera. Pregunta cuál y si no trajimos flores. Digo limpie no más y le converso de la viuda. Suele verla, bastante, aunque no en días fijos.

Afirma que esa es la tumba más rezada, «porque a las almas que se fueron sin ser llamadas, hay que salvarlas». Añade: «Pobre, sus motivos tendría», por si somos parientes, o por la propina. Como ésta le cae mayor de lo que podía esperar, comprende que algo extra tendrá que hacer, y lo que tiene que hacer es muy simple y honesto, preguntarle a la viuda su casa y pasarme a la agencia el dato.

«Personas desaparecidas» no ha ubicado aún a la señora de Tiflis. Apelo a Blanca y me hace percatar de que, llamándola a su trabajo, la comprometo.

Sí, es lo que hice con Julia, la comprometí.

Bibi se pierde a la tía Alejandra, la tiene atareada un corresponsal italiano.

Tía Alejandra ratifica a sus hermanos: para Adriana los cuadros del living eran como pantallas de televisión con un decorado fijo, les ponía y sacaba actores; para Adriana su cara podía ser, por momentos, la de toda la humanidad; en otros «lo que se puede ver» se le extraviaba, como todo su cuerpo. Pero sus hermanos, María y Eduardo, olvidaron decirme que Adriana, «si se quitó la vida, no lo hizo porque en ciertos aspectos fuera tan extraña, sino por las voces».

—¿Qué voces?

—Las que la llamaban.

—¿Oía voces? ¿Alguien más pudo oírlas? ¿Usted?

—No, señor. Sólo Adriana. Le hablaban a ella.

—¿Usted lo cree?

—Desde luego que no.

—Y, disculpe, no sé cómo decirlo... ¿Nadie consiguió que se hiciera tratar?

—¿Tratar de qué?

—Bueno, de lo que un especialista considerase apropiado.

—¡Pero si Adriana no estaba enferma!...

—Caramba, ¿y todos esos síntomas?

—¡No eran verdad, los inventaba!...

La señora protesta por mi incompreensión.

Recurro a Marcela, que no me ayuda; pero ella está en lo suyo: con tía Alejandra, por fin, puede trabajar a su placer, sin pedir permiso, sin que pose, sin que se dé cuenta.

El café nos concilia y cuando la estimo suficientemente desprevenida la interrogo sobre el rostro.

Sí, muerta Adriana, la observó largamente, a fin de guardar su imagen. La aliento para una respuesta concreta. Dice: «¿Cómo era la expresión? Dulcísima, la de una persona que duerme con sueños felices».

Le muestro la foto. La considera, sin alterarse, y la reintegra a mis manos. Comenta: «Es una crueldad. Cosas como esta no debieran conservarse» y amablemente me ofrece otro pocillo de café.

Tío Eduardo se pone animoso y expansivo, lo cual, pienso, se debe a que Bibi es más estimulante que Marcela.

Quiere hacerse ver. Pregunta cuándo serán publicadas sus fotografías y, sin escuchar la respuesta imprecisa que trato de darle, afirma que ya los diarios se han ocupado de él, que goza de notoriedad. Aporta sus pruebas, recortes de publicaciones viejas: «Ganador torneo interno de ajedrez». «Rasgo de honestidad de un ciudadano» (devuelve dinero extraviado). Fotografía de él con otro y un pescado (corvina negra 30 kilos sacada del río).

Bibi sabe de pesca, aun más, de aguas adentro, y los dejo que fraternicen, hasta que lo considero a punto y entro con lo mío.

Quiero determinar si se enteró de que Adriana oía voces. Dice que sí, pero lo supo en forma indirecta, a través de las otras hermanas. ¿Por qué?

«Por pudor», confiesa, y a causa de esa razón él prefiere que yo no insista.

Pero a Bibi le importa e interviene con bastante desenfado: «¿Acaso las voces le hacían proposiciones deshonestas?», y a ella no se niega, aunque se ruboriza. Dice: «No, tanto no».

Bibi: «¿Qué, entonces?».

Vacila, «A usted se lo diría...», y habla para todos: «Tanto como hacerle proposiciones deshonestas no, pero cerca de eso sí: es que se le presentaban cuando estaba en ropa interior».

Bibi: «¿Y a ella... le daba gusto?».

Admite, avergonzado: «Puede ser».

Pregunto: «¿Qué decían esas voces?».

—Que la esperaban y era necesario que se reuniera con ellas.

—¿Usted diría que eran voces espirituales o todo lo contrario?

—Eran voces espirituales, ya que la impulsaron a abandonar la materia.

Bibi: «La impulsaron. Usted de acuerdo, ¿no? Entonces, voces había, ¿cierto?».

Quizá tío Eduardo se siente encerrado, arguye:

—Adriana estaba enferma.

Yo digo: «Pero sin control médico. Precisaba a un alienista».

—¿Usted cree? Adriana no era una enferma de esa clase.

Yo: «Perdón, pero es sorprendente».

—Su mal era físico. Ciertos órganos le funcionaban de una manera irregular.

Bibi: «¿Cuáles órganos, los femeninos?».

—Sí. Tal vez se habría sanado. Ella los vigilaba. Decía que podía reconstruirlos.

—¿Es que hay una manera?... —indaga Bibi, pasmada.

—Oh, por la concentración mental, usted puede suponerlo.

—En fin, señor Pizarro —me levanto, y digo—, a usted lo lastima nuestra incredulidad, que no podemos ocultar, ¿no es verdad?

—Ah, pero esa es una gran equivocación —el tío Eduardo se ha puesto radiante, como liberado—. ¿Ustedes no creen?... Pues entonces yo tampoco creo.

Me siento burlado, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que ese hombre es un desdichado, porque no puede ver claro. Marcela permanece inactiva e indiferente. Bibi mantiene su curiosidad y quiere verificar:

—¿Usted no cree en las voces, no cree que ella misma se podía reconstruir los órganos?

El tío Eduardo está negando, tranquilamente. También Bibi está tranquila y le reprocha el engaño.

—¡No los he engañado! Quise ser útil. Pensé que ustedes creyeron a Alejandra lo de las voces y no debía destruir el trabajo que ustedes están haciendo para los periódicos. Por mi cuenta agregué lo demás, convencido de que les resultaría más interesante.

En efecto, no le dije que, para Alejandra, las voces eran un invento de Adriana.

Hemos dejado a tío Eduardo hablando solo y oigo que dice:

—Por otra parte, es mi método.

A Bibi le atrae.

—Mi método —confiesa Pizarro— es decir siempre lo contrario de lo que pienso. De esa manera me llevo bien con todo el mundo.

Y si admito esto último tendré que deducir que, si nos ha dicho que no cree en las voces, es que cree en las voces.

Estoy por abandonar pero me acuerdo del rostro, propicio que se centre y me atienda, y lo interrogo.

Tío Eduardo se apaga, baja la mirada, se hace esperar y después dice: «Era diabólico», lo cual acredita que, a diferencia de todos los demás, está al tanto de algo extraño. Y describe:

—La boca estaba deformada por una contorsión de repugnancia y de miedo; en compensación, los ojos parecían gozar de la contemplación de un espectáculo sublime.

Refinado mentiroso: la sobrina, que vio la foto que yo poseo, le ha contado, y él quiere atribuirse el mérito de la observación. Pero recuerda mal y lo ha dicho al revés: en la foto el espanto está en los ojos y el placer en la mueca de la boca.

Bibi sostiene, más tarde, por lo que sabe de Adriana, por lo que ha oído de Eduardo, por lo que le conté de Alejandra y de María de Candé, que esos cuatro seres son de los indecisos entre la realidad y la irrealidad, y que eso no significa que sus aproximaciones a lo sobrenatural los hagan más felices, sino tal vez lo contrario, ya que convierten en innumerables sus terrores.

Marcela: «¿Creen o no creen en las cosas que no son reales?».

Bibi: «Creen, no en todas, en las tres o cuatro que se les han fijado. Suponen que tienen algunas bajo su control y que otras los controlan a ellos».

Atiendo el diálogo de las mujeres. No estoy en condiciones de juzgar si el fundamento de las desenvueltas afirmaciones de Bibi es suficientemente sólido; qué es lo que viene del saber universal que ella puede haber encontrado por ahí; qué, sino una rápida mente reflexiva, le permite hallar cada vez la explicación en apariencia convincente.

Sea como sea, me hace brotar pensamientos como chispas: la muerte, bajo cierto punto de vista, puede ser una irrealidad. Para mi cuerpo muerto, la muerte no es real. Para los demás, los que están vivos, mi muerte es una realidad y mi cuerpo muerto un residuo de mi muerte. Pueden probarlo: que atraviesen mi rostro con la estaca, mi cuerpo muerto no reaccionará.

Pasan, las ideas, igual que semillas de fuego en la noche, no las retengo para un análisis y meditación que me diga si son coherentes con mi actitud.

Bibi, ahora, está considerando que Alejandra y Eduardo y María de Candé pueden tentarse de imitar a Adriana y en cualquier momento escuchar su voz, que los llame.

Examino la predicción y me interrogo: ¿Y la chica, podría seguirlos?...

Desisto.

Pago y me despido. Creo que a ellas les da igual. Me voy al mundo sobrenatural del cine.

Como no sé qué decir, cuando vuelvo con Julia le digo «Hola» y ella me responde

lo mismo.

Quedamos en silencio, yo a la espera de un reproche, ella, supongo, de una definición.

Tal vez no he acertado con mi presunción, porque en vista de que no tomo iniciativa alguna, habla ella, y lo que me pregunta es si he estado enfermo. Aunque me sorprende, le digo que sí. ¿Ya estoy bien? Perfectamente. ¿Qué fue esta vez? Lo de siempre. Tendrías que hacer un tratamiento, dice. Lo reconozco.

(Lo de siempre es la enfermedad que no tengo).

No se ve alterada, ni torturada, y piensa tanto en mí, con aparente olvido de sí misma, que deduzco que ni me guarda rencor, por la ausencia de estos días, ni sus penurias escolares han pasado a mayores, por lo cual considero que no hay riesgo en preguntarle:

—¿Y tus dificultades?

Se pone seria y me dice: «No hablemos de eso».

Sospecho que me equivoqué, que algo aún se agita en el fondo, y en consecuencia acato su propuesta, porque, en realidad, no quiero problemas.

Me acerco, no lo he hecho hasta el momento, y le tomo la cara. Me deja hacer, con los ojos cargados de interrogantes. Le doy un beso flojón y me pregunta si todavía la quiero. Contesto: «Sí», porque sé que le agradará. Resulta que es justamente lo que me imputa: «A las mujeres nos gusta oírlo, sin que tengamos que preguntarlo».

Callo, porque estimo que su débil protesta no impide que esté complacida, y por otra parte no tengo duda de que es verdad, que yo me siento bien con ella y eso tiene que significar que la quiero.

Pasamos dos horas muy agradables y, en el momento que estoy por irme, a media voz, levemente apenada, me participa:

—Cinco madres han pedido mi cesantía.

Reacciono con alguna tardanza y digo:

—Es un mal golpe.

Dice que sí, que lo es, y le pregunto si el director es justo. Considera que es justo, pero el sumario, necesariamente, corre, hasta que intervenga el inspector, y la presentación de las madres tiene que constar, no se podría omitir. Lo admito y ofrezco declarar yo también, manifestar en el sumario que solicité su colaboración con fines periodísticos, lo cual, me parece, cabe que se interprete como un servicio público. Sonríe con indulgencia y me plantea: «¿Y mi responsabilidad?».

No porfío, es una mujercita responsable, piensa que ha faltado a su deber y no forzaré los recursos para impedir el castigo, y de ser así lo encuentro razonable.

Cuando estoy llegando, por la vereda de casa, descubro a mi hermano que guarda

el auto. Le ayudo a cerrar el garaje.

Viene de recibir su inyección mundana: su cena de camaradería del primer viernes de cada mes.

Primer viernes. Algo que ablanda me inunda: pienso en el fin de papá. Pero brevemente. Pasa.

Mauricio, inyectado, saca cerveza de la heladera, me retiene y me abraza, muy contento. Repite los cuentos de sordos, de ciegos, de entrepiernas, del andaluz, del roto chileno.

Alborota un poco y una luz se enciende en su dormitorio. Mauricio titubea. La luz se apaga. Sonríe con bondad y me dice: «Siempre me porto bien. ¿Te das cuenta?... Siempre».

Le hago notar que no es necesario que se justifique, ya que, en fin de cuentas, no ha pasado nada.

Un sobre inaugura la jornada. Bibi se desdobra en Fichero y me abastece:

Sitiada Xanthos por Bruto, la población, enfurecida, avivó con toda clase de combustibles el fuego que había entrado a la ciudad, padres y madres arrojaban sus hijos pequeños a las llamas, hombres y mujeres se lanzaban desde lo alto de las paredes o se mataban entre sí. «Nada se hace por escapar de la muerte que ellos no hicieran por huir de la vida». (Montaigne, *Ensayos*).

Vencidos los cimbrios en Vercella, al emprender la retirada se encontraron con sus propias mujeres, que les hundieron las lanzas en el pecho y la cabeza. Los que no habían huido se atravesaron con sus armas o se hicieron pisar por los bueyes. Las vengadoras aplastaron a sus hijos con los carros y se ahorcaron. (Año 100 antes de Cristo).

Las autoridades romanas deportaron jóvenes judías para entregarlas en Roma a una vida de oprobio. Ellas se suicidaron arrojándose al mar. («Gittin»).

Perseguidos los judíos durante la Edad Media, se reunían, mataban a sus hijos y se quitaban la vida.

Año 1772, ruinoso sector de un hospital de Francia. Hay un gancho. Uno tras otro, 15 inválidos se cuelgan de él.

Y el suicidio colectivo entre los animales:

«Más de 100 ballenas se suicidaron lanzándose una tras otra sobre la playa, el jueves pasado, en la isla de Cuyo, que está en el centro del Archipiélago Filipino. Efectuó el anuncio la Agencia Filipina de Prensa, y agrega que algunos cetáceos tenían hasta 6 metros de largo. Los habitantes de

la isla manifiestan que 40 años atrás se produjo un fenómeno similar: gran número de ballenas vino a tumbarse en la playa, para morir exactamente en el mismo sitio». (Es un despacho de France Presse de 1966, 10 de diciembre).

Bibi atiende el teléfono y me indica: «Del cementerio».

Olvidado, me extraño: «¿Del cementerio? ¿Quién?...». «Las voces, te llaman», se burla Bibi.

Ya consiguió la dirección, el cuidador de nichos. La señora no quería dársela, tiene miedo de que sean los mismos. ¿Quiénes son «los mismos»? Los de la exhumación. Cuando exhumaron el cadáver del señor. ¿Cuál señor? El señor Tiflis. ¿Por qué lo exhumaron? La banda, la Justicia...

Aletean sus datos, y se escapan. Le digo «Hablaemos de eso» y recojo a Marcela del gabinete de fotografía y salimos. Bibi está abajo, en su 4 L con el motor en marcha; pero llega el italiano y debe quedarse.

Según el cuidador, era «una banda de señores» y existía un cargo de «profanación de cadáver». Él ayudó a sacar y destapar el cajón, que había sido violado. Lo demás lo hicieron el médico y el juez, y la viuda que tuvo que decir sí, que ese era el señor Tiflis, a pesar de cómo estaba el cuerpo, y le faltaba la mano derecha. Los «señores de la banda», cada uno con un policía al lado, negaron: no la habían cortado.

Pregunto cuándo fue. Este invierno. Mi memoria profesional niega que yo haya visto publicación alguna. ¿Marcela? Tampoco. Le resulta nuevo. Comento que es por la falta de colaboración. Marcela parece estar de acuerdo, pero no lo expresa. Y yo la miro y siento que amo a la gente triste y silenciosa.

La viuda de Tiflis tiene su propio nicho: habita un departamento de un solo ambiente. Dentro del departamento, un cuadro y un perro. La viuda del coleccionista no posee más que un cuadro.

Fue hermosa. Quienquiera que hoy la vea lo sabrá. Nos dice, desolada, que el caso está cerrado y ella no puede repetir acusaciones porque sin nuevos elementos de prueba no sería atendida y, además, teme perderlo todo. Que si tanto nos importa, así como se pudo exhumar un cadáver se podrá exhumar un expediente, que lo pidamos. Pero nos asegura que nada lograremos esclarecer, es una organización cerrada y con individuos peligrosos.

La ventana se sacude: el perrazo se ha abalanzado sobre ella y todavía está parado con las patas delanteras contra el vidrio.

La señora ampara a Marcela: «No se sobresalte, señorita». Marcela, a quien nunca vi bajo una emoción intensa, se disculpa: «Fue tan brusco».

El episodio parece enlazarlas en una súbita simpatía recíproca, que la señora

afirma, pues le dice: «Si quiere ser mi amiga y visitarme tendrá que acostumbrarse, hay días que King lo hace a cada instante. Cuando las palomas alzan el vuelo, pretende cazarlas. Es su única distracción, esperar que pasen ante la ventana. Ya rompió un vidrio y se lastimó la pata. He puesto uno doble y no puedo bajarlo, porque King se arrojaría al espacio».

Vierte en unas copitas un licor amistoso, pero su animal ha desbaratado algo. Estamos hacinados con el perro y los muebles, sin aire que circule, y la bestia nos perturba con su inquieto acecho de las palomas. Por momentos, suelta un quejido de impaciencia.

Marcela se ahoga, la señora depone su egoísmo, se levanta y ordena: «Venga, King». King no va. Ella lo toma del collar, tironea y lo mete al baño.

Sin una palabra, Marcela se ha puesto de pie y ocupa el puesto del perro junto a la ventana. Está complicando la situación, porque la señora observa que casi no ha servido de nada el sacrificio, castigo o lo que sea que ha aplicado a su perrazo querido; pero, naturalmente, Marcela tiene derecho de proceder de esa manera. La veo tan desconectada, lacia y suave, tan abandonada a sí misma, que siento que podría amarla.

Niega, la señora, que sea una banda. No es el nombre que le conviene —aunque quién sabe— sino el de sociedad secreta, una sociedad secreta de seres místicos que no desprecian el dinero y saben muy bien cómo apoderarse de él. Son siniestros, aunque haga mal en decirlo, ya que su marido estaba entre ellos, pero era un hombre superior. Ella no puede hacer más de lo que hizo y recela de que, si no cesa ejercerán venganza. Yo podré, tal vez, ver el expediente de la causa, tomar la pista, y si descubro algo que realmente los comprometa, obtendré su gratitud, porque en fin de cuentas y aunque decirlo es denigrante, también quiere vengarse.

Al principio me interesó, ahora me cansa. Si continúa hablando tendré que decírselo, porque me duele la cabeza. Su sociedad secreta tiene que ser otro delirio como el de Adriana y sus hermanos, aunque al muerto le faltaba una mano, dice el cuidador. Hasta si es cierto resulta demasiado difícil para mí y no creo que el jefe pretenda que siga este asunto y si lo quiere que busque a un periodista más joven ansioso de hacer carrera.

Tal vez como defensa, me distraigo. El desnudo, mujer de espaldas, tiene forma de pera: desde el cuello fino al cuerpo se ensancha hacia las nalgas abultadas, donde se asienta. El perfil del rostro de la viuda, de otra época pero es.

Siento ganas de salir de aquí y estar con Marcela. Tomo la mano de Marcela y ella interpreta que puede despedirse y mudamente me lo agradece.

No obstante cuando en su Citroën mueve la llave de contacto y me consulta qué haremos, le digo que no sé qué hará ella, pero que, yo, me voy al cine.

En la noche, yo y muchos insultamos hacia el ring. Un pluma, quién lo ve, insulta al público, pero tiene barra —«¡No insulten! ¡No sean...!»— y de ese lado nos tiran, algo, botellas de coca-cola y unos cascotes, lo cual lógicamente no se puede aceptar.

Me dan unos cuatro golpes —el que más aturde, en la oreja—, reparto algunos y aunque, arregladas las cosas, cada cual en su asiento, casi no puedo seguir las alternativas del semifondo, comprendo que no tengo que mortificarme porque no fue una cuestión personal y debo conformarme con los que devolví.

El domingo paso otro rato agradable con Julia y me acuerdo de Marcela.

Pero con Marcela, supongo, habría que empezar todo desde el principio, quiero decir, el asedio, alguna simulación, alguna formalidad, una especie de noviazgo, y no es cómodo.

El lunes ha desaparecido el dolor de los golpes.

Bibi está con su italiano y no ayuda; la señorita Candé avisó que vendrá; el jefe pregunta por la serie y sin Marcela, que no ha llegado, busco a la viuda, le pido número de expediente, juzgado, quién fue su abogado.

El abogado dice que es una fantasía obsesiva de la señora Tiflis y la única realidad consiste en que al difunto le cortaron la mano, aunque lo atribuye a rateros de sepulcros que roban anillos.

Le hago notar que para apoderarse de un anillo basta cortar un dedo y lo admite, tras lo cual concede que la historia, para «cierto» periodismo, puede servir. Replico que yo no hago «cierto» periodismo y me dice: «Disculpe, no lo quise decir por usted, puesto que no lo conozco», y en eso estamos de acuerdo.

Por lo tanto, le manifiesto que mis procedimientos son objetivos y pienso partir del expediente si él puede hacer que yo lo vea.

Dice que con mucho gusto coopera con el periodismo serio, no por favorecer a la viuda, sinceramente no lo merece, veinte años menor que Tiflis pero con una linda historia ella también. «¿Vio el cuadro? Un desnudo monumental. Es ella, fue modelo. Él, usted sabrá, señor mío, era coleccionista de arte. Seguramente la encontró en desuso en el estudio de un artista y ella se habrá dejado comprar como una pintura. Señor mío, yo creo que Tiflis, secretamente, la despreció siempre, no hay constancias de que la haya hecho participar de su vida para nada, ni al pegarse el tiro le dejó bienes ni una carta o un hijo, sólo el perro, ¿lo vio?, un perro prisionero y maniático, como la dueña. Las bestias se parecen a sus amos. Un axioma».

Dice que leerá las actuaciones, como se lo he pedido, él me lo promete, pero además tengo que introducirme en otras cosas, si efectivamente estoy decidido, y él me ayudará aunque es escéptico. Porque con Tiflis cuando menos se piensa uno ha entrado en otra jurisdicción, el asunto de la cofradía y los ritos de la muerte me lo van a demostrar, a su turno, será la próxima vez; primero tengo que ver el expediente; él

me avisará, puedo irme confiado.

En portería Marcela consignó, de manera no específica para mí: «Volveré a las 4». Por el pasillo circula el jefe, que no reclama la serie ni me concede atención. En mi mesa hay un sobre con una inscripción a mano: «Saludos, Blanquita». Pero nada, adentro, de Piel Blanca, sino los apuntes de Bibi:

El perro se echa sobre la tumba de su amo y se deja morir.

El escorpión se clava su propia ponzoña y perece. Con el privilegio de fecundar a la abeja reina, el zángano entrega la vida.

Mientras están apareados, araña hembra y araña macho de una determinada especie, aquélla se come a éste, y éste no cede en la cópula hasta que muere.

En el curso de las migraciones río arriba de ciertas clases de peces, los que no consiguen saltar las gradas naturales de piedra se golpean contra ellas hasta morir.

Algunos insectos se devoran a sí mismos si se les ayuda arqueándoles el cuerpo.

Sin embargo, dos o tres que saben han escrito que los irracionales no se suicidan: su comportamiento o sus reacciones —tristeza y abandono, automatismo ofensivo, irritación, instinto sexual, miedo— pueden provocarles una muerte súbita o lenta, pero ellos ignoran que van a morir y menos podrían conocer cómo matarse.

A las 4 encargo a Marcela que fotografíe a la señora de Tiflis con el cuadro y con el perro, los pondremos en la historia, y que pregunte por la mano a ver si ella le saca algo; el abogado me envolvió y no soltó una palabra de eso. «¿Qué abogado?». «Después lo sabrás, ahora espero a la chica Candé».

A las 5 la chica Candé no ha llegado y yo dormito en el sofá de tela.

Se presenta a las 6 con su delantal de estudiante y sus libros.

Quiere recuperar el retrato y las fotos de Europa, dice. Como las conserva Marcela, tendrá que aguardar su regreso y estoy por indicarle que debió entenderse con ella y no hacerme perder la tarde cuando medito que la chica Candé sabía quién se ocupa de fotografía, que no soy yo, y está propiciando un diálogo porque se trae algo para decirme.

Exploro, mediante un repaso de lo que hablé con la tía, de lo que hablé con el tío.

A ella, como a ellos, le pregunto si sólo Adriana oía las voces, si realmente Adriana oía voces o simulaba oírlas.

A esa altura suspende su actitud de oyente y corrige:

—No eran voces...

Me detengo. No eran voces, conforme. Una nueva versión. ¿Y qué es o qué eran?

...

—Cartas.

—¿Cartas?...

—Cartas.

—¿La llamaban por escrito hacia alguna parte?

—No la llamaban. Le decían que debía matarse.

—¿Le ordenaban matarse?

—No, le decían que tenía que hacerlo, sin imponérselo.

—¿Por qué?

—Porque vivir no vale la pena.

Entonces me revuelvo y la enfrento:

—¿Quién piensa eso, usted?

Su fría lucidez cede un instante, en seguida se recobra:

—No, lo decían las cartas.

—¿Usted escribía las cartas?

—¿Me acusa?

—No. Sin embargo —le comunico con cierto desánimo— a esta altura será imposible convencerme de que su tía Adriana hizo y padeció todo lo que dicen el hermano y las dos hermanas. Ellos no hacen más que distraer de la verdad, para que nadie investigue y, si alguna persona investiga, que no llegue a saber. Ellos encubren a alguien, a usted.

—Se equivoca, y mi madre y mis tíos han dicho la verdad... a medias.

—¿Cuál es la otra mitad, las cartas?

—Sí.

—Y si es la verdad y no se había conseguido descubrirla, ¿era necesario que alguien la supiera?

—Sí, era necesario.

—¿Para ver qué pasa?

—Para ver qué pasa.

—¿Por qué me eligió?

—Porque usted se ha propuesto saber y cuando alguien pone pasión en sus cosas, si uno está cerca lo acompaña, aun contra su voluntad.

—No declame —la paro con un ademán y la domino.

No consigo creerle.

Pienso activamente en la noticia, pasada ya mismo, será exclusiva, pero antes tengo que terminar con la muchacha; el diálogo conviene para la serie, debí grabar; se habría intimidado, no se intimida fácilmente. Ahí está, no se va, espera, espera qué, me ha embrollado, no escribió posiblemente ni hubo carta alguna.

—¿Quién escribió las cartas?

—Nunca se supo.

—¿Quién las firmaba?

—No tenían firma.

—¿Dónde están ahora, con el sumario?

—Desaparecieron antes que la policía registrara.

—No tienen que ser muchos los que podían poner las manos allí.

—Desde luego, sólo mamá y yo estábamos en casa.

Me desafía. Ahora me pregunto qué quiere, ¿la aventura?, ¿qué clase de aventura, conmigo?... Pero retrocedo a tiempo: lo que pretende es que sospeche de la madre.

—¿Su mamá sacó las cartas?

—Sí.

—¿Ella las había escrito?

—No, pero sabía quién lo hizo.

—Supongo que la policía no sabe una palabra.

—...

—¿Me dirá, por fin, quién fue? ¿O qué pretende, tenderme más trampas? ¿Qué es lo que desea, revolcar a su madre, tanto la odia?

Deja que me apague, y después dice:

—Mamá me salvó.

—¿Usted era la autora de esas cartas?

—No.

—¿Recomenzamos?...

—¡Mi tía se escribía las cartas, ella misma! Las echaba al correo y al leerlas palidecía y quedaba consternada por horas y días...

Esta es la verdad, ahora no dudo. La chica lo ha declarado con cálido sentimiento, ya sin provocarme, apretando los párpados, apretando los puños sobre las rodillas.

Pasa un rato y, al cabo, las manos ordenan los libros, ordenan los largos cabellos...

La ayudo a ordenarse, con mi voz de amigo:

—No sé aún su nombre, sólo su apellido...

Lo dice y la nombro, Emilia, y se reconforta. Entonces le pido que piense, de mí, más o menos como lo hizo hasta ahora. Me pregunta cómo y le digo que sólo pretendo ver claro. Lo entiende, ella lo advirtió, y me avisa que ver claro es muy difícil. Le digo que yo pruebo y preciso, de ella, que me ayude a dar un paso más.

Accede y le pido que explique lo que ha dicho antes: «Mamá me salvó».

Asiente, y me cuenta que su tía Adriana se escribía a sí misma las cartas, pero copiaba la letra de ella, de Emilia.

Después que parte, permanezco pensando en Adriana. Ya no hay duda, quería caer envolviendo a la chica. Pero durante mucho tiempo —cuando simulaba oír voces, o cuando las oía y se lo confiaba a su hermana, cuando se escribía cartas y al recibirlas del cartero propiciaba que se notara que alguien la incitaba a matarse— estuvo emitiendo señales. Era como si avisase: «Ayúdenme», «Ámenme», «No me dejen sola», «No me dejen morir».

A mi vez, dejo a Adriana. Me entrego a esta quietud tan semejante al descanso del viajero. Ya conozco la historia de Adriana, o lo que puede saberse de ella, su porción de realidad, su parte de ficción y de extravío.

La seductora convivencia con la locura termina.

Emilia la ha clausurado.

Sólo queda, en el fondo del vaso, una borra: por qué se unió el espanto al placer sombrío (lo que nadie sabe responder).

Por mi parte, provisionalmente, seguiré viviendo.

Marcela me llama del laboratorio para que aprecie los negativos revelados.

Los expone al trasluz y distingo el «espectro» de la señora y su desnudo, pero no el de King.

Pregunta si incluirlo era importante. Le digo que no lo es, aunque, de un modo incidental, se podría considerar significativo.

Acerca de la mano, dice que la señora solamente pronunció una frase cavilosa: «Quién sabe a qué rito la habrán consagrado los profanadores...».

Marcela se excusa, por lo del perro:

—No fue posible, lo tenía encerrado.

—¿Y no podía soltarlo?...

—Lo hacía cumplir un castigo, dijo que si lo perdonaba antes de tiempo tomaría malas costumbres.

Comento que podrá hacer esas fotos una vez que el perro haya cumplido la condena.

Marcela me cuenta que cuando la señora sale del departamento, sea una hora sean muchas, lo encierra en el baño, para que no ensucie todo.

Absorta en lo suyo, bajo el restringido resplandor de la bombilla roja, Marcela se inclina sobre las cubetas, mientras yo quedo en la zona de sombra.

Se me representa la terrible prisión del perro enorme: entre cuatro muros de azulejos blancos, donde la luz olvidada se expande con su monotonía implacable.

El perro se atiene a la espera (ni siquiera la esperanza, sólo la espera).

No sabe que eso podría concluir con la muerte, ni sabría matarse.

Porque destruirse a sí mismo es privilegio de la absurda condición humana.

Suena un teléfono perdido en la penumbra, Marcela tiene que saber en qué rincón.

Ella sale del resplandor de la lámpara roja y se me extravía.

En seguida, sus palabras vienen de alguna parte: dice que es para mí, una mujer. Le pido, bajando el tono, que me salve de ella.

Puedo oír que lo intenta, y otra vez se me pierde. Reaparece ante mí, es que ha venido a hablarme de cerca. Murmura que la mujer insiste y que es mi cuñada, y cuando lo está diciendo su cuerpo me roza.

La tomo en mis brazos, la atraigo y hundo la cabeza.

No la beso, no la aprieto, algo grave comienza entre los dos.

«Te espera...», susurra, y me guía a donde, por un aparato, una voz que conozco me dice: «A Mauricio, esta tarde, le ha dado un ataque».

SEGUNDA PARTE

LAS ORDALÍAS Y EL PACTO

Susana, la esposa, brota como de un tirón de la salita donde está mi hermano, se adosa a la pared y pone los ojos en blanco con la mirada en alto.

Me produce un reflejo nervioso, pero lo supero y en definitiva no abandono el asiento. En la última hora, la mujer ha hecho tres veces esas salidas espectaculares, que en realidad no indican ningún cambio en la situación de Mauricio. Susana sale a respirar, sólo que aguanta hasta que no da más de sufrimiento.

Después se repone y reingresa al cuarto.

Entreabro la puerta y me asomo. Mauricio está adormecido y bajo vigilancia de la enfermera, ni yo soy necesario adentro ni Susana debiera quedarse, lo ha dicho el médico.

No puedo hacer gran cosa, únicamente confortar a mamá, que en casa guarda a los nietos y se ha trastornado un poco, como tenía que suceder.

Regresa el médico, me reconoce y cabecea sin abrir la boca; emerge Susana, seguramente contra su voluntad; la puerta se cierra y ella queda afuera. Lógicamente no puedo ayudarla y creo que no debo meterme.

Pasa un doctor corpulento. Lo sigue, moviendo asiduamente sus zapatillas de goma, una enfermera que me recuerda algo, no sé bien si a una persona. Desaparecen en un pasillo.

Una monja, sin detenerse, me dice: «Buenas noches, ¿cómo está la enferma?», y aparte de la confusión, puesto que se trata de enfermo —mi hermano es hombre, obviamente—, me parece que no la he visto antes. Pero reconozco su amabilidad.

Una mujercita empuja un pesado carro: arriba, platos de comida, cubiertos; abajo, gasas, vendas, pinzas, tijeras, desinfectantes. Todo ha sido usado, va de vuelta. Como avanza muy despacio, puedo observarlo cuidadosamente.

El interior del sanatorio, con sus luces amarillas, entra en una suave somnolencia. También la calle se reposa de sus autos, cada vez son menos los sonidos.

Pienso en Mauricio. Cuando medita frunce el ceño, quizá porque se esfuerza para concentrarse. Creo que a mí no se me nota nada por fuera y pensar no me forma arrugas. En esto somos diferentes. También respecto de los gorriones: me gustaba tirarles, a él no. Mis dulces se los comía él, no me interesaban realmente. Es más fornido, se alimenta mejor y ha hecho atletismo. Él no quería morir, supongo, nunca hemos hablado de eso. Si él muriera Susana se vería en dificultades; tienen cuatro hijos.

Pobre mamá, si a Mauricio le pasara algo.

Mi muerte, creo, le resultaría más soportable. Terminaría por acostumbrarse.

El doctor no sale, lo estará revisando, o dándole una inyección, o algo. Susana está hipnotizada por la puerta, pobre también ella. Lo quiere y, aparte de eso, lo

necesita.

El doctor demora.

¡Si mi hermano muriera!...

Es la hora temprana de la mañana. Mauricio jadea y tiene enturbiado el conocimiento. Susana, con un sedante, ha dormido en la segunda cama, yo en un sofá, entre los dos. Me he lavado, la enfermera me dio un diario y leí las noticias de títulos más grandes.

Por la ventana veo a la gente y prefiero observar a los niños.

Mauricio me protegía de los mayores.

En el sótano de casa teníamos latas vacías, de aceite.

Una siesta las golpeamos con varillas de hierro y los vecinos se asomaron rabiosos por encima de la pared. Nos divertimos. Aunque quizá Mauricio lo hizo por mí, Papá había muerto y él no quería dejarme solo, que no estuviera triste, me daba sus cosas.

Además, pero de esto me di cuenta cuando era mayor, comprendía mejor que yo los temores de mamá, el riesgo del desamparo y la pobreza.

Pobre Mauricio.

Me ocupo tan poco de él, de sus hijos. Posiblemente, si volviera a casa, yo tendría otra oportunidad. Lo llevaría a alguna parte y lo presentaría «Es mi hermano mayor», de una manera que resaltara ante él mi orgullo de que siempre haya sido tan bueno con mamá y conmigo.

Lo miro. Puede morir.

Si no fuera por eso yo no me habría apercebido, tal vez, de que lo quiero.

Más tarde llega mamá y despierto a Susana.

En seguida entra el doctor con una enfermera y nos despide. Lo examina y está por irse, pero mi madre, con la punta de las lágrimas floreciendo, le pide la esperanza.

Antes de contestar la considera un instante y percibo su duda. Elige la verdad, que es como decir la crueldad: «Se ha hecho lo que se ha podido, señora», y se escapa del dolor ajeno.

«No», dice mamá, «no se ha hecho todo lo que se puede», y se echa de rodillas al suelo a hacer lo que falta, rezar.

Susana se hinca a su lado, desesperada de fe, y yo me siento lleno de compasión.

Pienso que si alguien aceptara el cambio yo podría decir: «Mi vida por la de Mauricio», lo cual, visto razonablemente, no es posible que suceda. Sin embargo, haría por él cualquier cosa.

En la tarde desde el sanatorio llamo por teléfono a la agencia y el jefe me dice que no tengo que justificarme, que en esos trances lo primero es la familia, y que cuándo volveré a trabajar.

A Marcela le pregunto si se han producido novedades y me dice que ya tiene las fotos del perro. «¿No ha vuelto Emilia?», «¿Quién?», «La chica Candé». No ha vuelto.

Nada de mi parte, nada en la voz de Marcela que haga recordar que estuvo en mis brazos.

Más adelante en Mauricio se da el vuelco a favor. Entonces ya obligo a Susana a que descansa en casa y atienda una hora a sus hijos. Esto place a mi hermano y durante la noche —él no puede dormir con regularidad— conversamos.

Extrañamente, nuestro reencuentro se produce de un modo total en la memoria de la infancia: el río embravecido, mi malla azul que me la robaron, él y yo boy-scouts, el auto de carreras del tío Fernando, papá...

Lo recordamos de los días dichosos.

Cerca de mediodía regresa Susana y me envía —ahora es ella quien se impone— a darme un baño, cambiar de traje, almorzar con mi madre.

Mauricio se recobra doblemente: de la salud y de una vieja dolencia de amor fraternal.

En casa, mientras mamá cocina me dejo entretener por los chicos. Marianita ha cazado un gorrión y lo tiene en jaula.

Le digo:

—Se morirá.

Dice:

—No se morirá.

Le advierto: «Tengo experiencia», lo cual para ella no significa mucho, ya que posee la propia: «Le puse comida», que es como enrostrarme que quien tiene qué comer vive. Y ahí falla.

Pocos días han bastado para borrar el brote infausto.

El médico autoriza a Mauricio para levantarse, sin salir de la habitación. Si se cuida —y él lo hará— de la repentina dolencia no quedará huella temible.

Para Mauricio, devoto de la lealtad al trabajo, mi deserción de la agencia, aunque sea tan breve, le pesa como una culpa y mientras trata de convencerme de que ya no me precisa no se me escapa cómo le duele privarse de mi cercanía perseverante.

Presiente, tal vez, lo que yo estoy advirtiendo: que nuestros sentimientos son firmes y tan puros como antaño, pero tenemos adjudicado el tiempo de diverso modo, y esto equivale a desencuentro, apenas cese de sonar la sirena de alarma y salgamos del refugio.

Pero cuál es —me interrogo, y esto ya vale sólo para mí— el tiempo del que pensé «lo tenemos adjudicado», ¿el de las horas del día o el de los días de nuestra vida? Otro suceso minúsculo y su derivación, acuden como una respuesta para

descifrar.

Doy a Mauricio las seguridades de que a partir de esta tarde no descuidaré el trabajo, ni a él.

En el mediodía observo sin pájaro la jaula de Mariana, y la incito a que cuente. Simplemente le pregunto si ha volado; me grita «¡Malvado!», huye y se niega a almorzar.

Por mejorar la situación procuro hacerle entender que se porta como el ave, es decir, se entrompa y no come, y cometo la torpeza de amenazarla: «Ya verás lo que te pasa, por no comer».

Entonces llora y se desespera. Escapa a lo alto de la escalera que lleva a los dormitorios y no nos permite subir, ni a la abuela ni a mí, bajo amenaza de tirar al suelo el espejo grande de la madre si pretendemos ponerle la mano encima.

Se hace fuerte hasta que la rescata Susana. La chica me fulmina con sus acusaciones. Quise pegarle, quise matarla de miedo, dije que moriría igual que el pájaro.

La madre, que tal vez no ha olvidado el bofetón al hijo de ella que rompió «Minotauro» y se acongoja porque son las 3 de la tarde y la niña no probó bocado, se deja saturar de inquina y denuncias. Adivino que, a su hora, trasladará a Mauricio todas las deformaciones que deterioren mi imagen.

No importa, puedo retirarme.

Era, tal vez, un poco forzado. Solía verme, estos días, como colgado del afecto familiar, igual que tomado de un gancho con un solo dedo; abajo, el vacío.

Beso en la frente a mamá, sonrío para que su desconcierto se aquiete, ya que no ha pasado nada, y tomo la vereda, tranquilo, pensando... Total, cuando pienso, no se me nota por fuera, y si los demás no lo notan no me causan daño.

Recuerdo a papá, me gustaría tenerlo con nosotros, con mamá y Mauricio.

Luego pienso en la muerte del pájaro, porque es cierto que quien come vive, pero igualmente es cierto que quien no come no vive, y el gorrión prisionero no come, lo cual lo lleva a no vivir. Y esa fue la falla de la criatura: creyó que todos quieren vivir, que basta con que se les ponga la comida delante.

Al pasar la calle doblaba la esquina un hombre que se apoya en la pared, con la mano derecha se ayuda a correr la pierna de ese lado, cuando la afirma desliza el pie izquierdo, porque el miembro correspondiente parece estar en buenas condiciones, y recomienza. Tiene colgado de un hombro, cruzándole el torso, una especie de saco de lona, mal cerrado, del que emergen provisiones: un pan grueso y dorado, un manojito de verduras y un paquete de fideos. Arrastra la pierna y vive, lo mandan de compras y, a su manera, se siente útil. Me vuelvo a buscarlo con la mirada, todavía anda por el comienzo de la cuadra. La vida es tenaz.

Julia esconde algo, disimula, pero se pone muy cariñosa, más de lo normal, diría yo.

Escarba sobre mi ausencia de estos días, pero concretamente no pregunta el motivo y aprovecho para callar al respecto. Supongo que ya se está habituando a que la deje un tiempo abandonada y vuelva cuando es necesario, y me parece que así es más agradable y llevadero porque el excesivo trato entre las personas produce roces y fastidios. Si uno se ve mucho con el otro tiene mayores ocasiones de descubrir sus partes malas.

Le digo todo esto a Julia y parece que concuerda, sin embargo me pregunta qué es ella para mí, y yo sin pensarlo detenidamente le doy la contestación más simple que se me ocurre: «Todo», lo cual es verdad porque no tengo a nadie más, a pesar de que lo he intentado. Por cierto, omito mencionar a mamá y a Mauricio, ya que en ese sentido no cuentan.

Parece que la he dejado sin posible réplica, pero no satisfecha, ya que se abstrae y puede creerse que algo delibera.

Por último me dice que si no me he preguntado qué soy yo para ella, y aunque en realidad no lo he hecho, le digo que sí y que me interesa su propia versión, cosa que no es verdad si bien comprendo que la conformará. Entonces medita un momento más y luego dice: «Todo», con lo que, verdaderamente, no agrega nada a la cuestión. Pero en seguida, mirándome de un modo severo y un tanto extraño, manifiesta: «Todo, pero todo... todo».

Se retira y desaparece un rato.

Regresa y toma una barra de chocolate. Lo muele lentamente en la boca y está un poco ausente.

Ha mudado de bata, la que lleva es más vistosa y fina, y se ha puesto perfume. No veo el objeto, pero ella tendrá sus motivos y luce mejor de esa manera.

De pronto me interpela: ¿Es que no me importa saber qué le ocurre? Le digo que sí y que en algún momento se lo iba a preguntar.

Declara entonces que no puede soportar más la vergüenza y pienso que puede tener relación con nosotros: sin embargo, manifiesta que el inspector la ha suspendido y que ese es el episodio más bochornoso de su existencia.

Solloza más de lo habitual y como no sé qué hacer le paso otra barra de chocolate, que ella rechaza con delicadeza diciéndome que no podría comerlo.

Me digo que, después de todo, es un drama, y lo comprendo.

En la mañana el jefe me pregunta si he vuelto. Como contestarle que sí sería redundancia espero que diga algo más.

Me dice que no tome la serie a la tremenda, y creo que sobre ese punto tampoco debo responder.

Que es una mala época para el periodismo, ya que no hay clientes decididos, y que antes no era así, los diarios devoraban los servicios.

Por mi parte, le digo, pienso de otra manera. De qué otra manera, dice él, y yo opino que el tema de la muerte es un tema prohibido, por alguna falla cultural, y que en el fondo se trata del miedo a la muerte.

Dice que no, que los diarios están llenos de muerte, y yo no persisto, a pesar de que podría exponer el reciente episodio escolar de Julia, tan demostrativo, a mi juicio, de cierto aspecto del asunto; el celo que se pone, en la vida familiar, para no hablar a los chicos de la muerte, «que ellos no sepan...»; en fin, una transferencia, a los niños, del temor de los adultos.

No insisto y le indico que, si he entendido bien, tenemos que suspender. Responde malhumorado que todavía no, que marcha a los diarios una segunda circular y él tiene fe, dice. Pero se trata de una frase profesional.

Llamo al sanatorio y Mauricio se pasea por el jardín.

Normalidad completa.

Pregunto a la telefonista por la señorita Candé, si habló. No habló la señorita Candé.

Bibi está con el italiano. ¿Qué hacen estos dos? Marcela en el laboratorio. Hago que venga y trae las fotos del desnudo y del perro. Parece que nunca la tuve en mis brazos.

Me comunico con el abogado, tiene el expediente no puede atenderme hoy el lunes será no deje de venir.

Julia dice por teléfono que está bien y si podemos encontrarnos a mediodía; le digo no podrá ser, por el trabajo; dice conforme nada más. Pienso mientras esté suspendida le sobraré tiempo, qué hará. El trabajo es bueno, no permite pensar demasiado en uno mismo; la tregua —el día libre— es mortal. Mejor si Julia hiciera natación o cualquier cosa física como ésa.

King, en la foto, me recuerda que él causó una interrupción y quedé sin saber, sobre el rostro de Tiflis, la versión de la señora, si es que tiene una. Digo a Marcela vayamos, está desganada, no indispuesta conmigo —responde— sino que para qué. Supongo que lo dice porque se halla al tanto de que no hay clientes y en consecuencia no conviene tomar la serie a la tremenda, pero alega que ignoraba lo que pasa, y le digo que no sé el motivo, tal vez faltó como carnada un folleto alucinante de alto costo, y ella opina que puede ser.

Le pregunto entonces por qué dijo para qué y contesta que por ninguna razón especial, que ella ha dicho para qué, no más. Sobre lo cual yo le digo que dicho así puede ser un para qué universal y que suena bastante triste y Marcela acepta que puede ser un para qué universal pero que de ningún modo debe considerarse triste,

aunque tampoco alegre, lo reconoce, y que, en todo caso, es su actitud, y llegamos a la casa de la señora Tiflis.

Conoce la fotografía, la señora Tiflis; no la espanta, ella vio al marido en esa posición y peor, cuando fue exhumado. Alguien se la mandó en un sobre con estampilla como una carta, no sabe quién, un enemigo de los otros, que debe de estar muy adentro porque también la puso sobre aviso de la mutilación del cuerpo, si no, ¿cómo se habría enterado? Tienen que haberlo descubierto, porque ella siempre esperó otros datos que los comprometieran y fue en vano.

No, hasta ahora que se lo decimos no reparó en ese gesto ni en esa mirada, aunque le recuerda la expresión feroz de un pintor que no nombra.

La interrogo acerca de la mano y ella se repite: «¿A qué rito la habrán consagrado los profanadores?», y me pregunta si ya vi al abogado, de lo cual deduzco que él sabe.

Me acuerdo de King y pregunto. Con el mentón, descuidadamente, señala la puerta cerrada del baño.

Marcela, que por sus vinculaciones detecta los casos, me avisa.

Ha sucedido en una villa miseria. A lo largo de las calles fogosas y polvorientas quedan los espectadores convocados por sirenas policiales y de la ambulancia cuando fue y de la ambulancia cuando volvió, porque llegamos tarde.

La pieza de adobe tiene un agente de consigna que nos deja ver la cama de hierro y los frascos de medicamentos en la mesa de noche. Nada, excepto que éste, como tantos suicidas, acudió al lecho para matarse. ¿Qué representa para ellos la cama? ¿Es una imagen de su soledad? ¿Qué les sugiere: la más profunda intimidad, el amor, el reposo, el país del sueño, el retorno al seno materno?

No ha muerto. Se llenó la boca de tabletas para dormir, tragó todas las que pudo. Pero entró la hija, sin motivo, por cualquier cosa. Buscó sal y un vaso, preparó un concentrado y aunque el viejo se retorció, gemía y pateaba, se lo hizo beber. De esa manera, vomitó. La hija, de soltera, fue mucama en un hospital, y aprendió muchas cosas.

En el corredor, una mujer reclinada en una mesa está llorando bajito. Creo que es ella. Los niños permanecen quietos y solemnes y las vecinas, a distancia, acechan.

En el hospital, el médico me autoriza, el viejo ha reaccionado favorablemente, y el oficial de policía no se opone, es un caso sin trascendencia.

El viejo cuenta que estaba cansado de ser una carga para la familia. Vive con la hija, con el yerno y los hijos del matrimonio. Esta mañana lo visitó una sobrina. Cuando se retiraba oyó que la hija le iba diciendo: «Se nos va todo en remedios».

Le pregunto que si lamenta haber fallado, lo cual puede ser un poco despiadado de mi parte, pero tengo que saberlo.

Con una alegría trémula contesta que no. «Me puse en las manos de Jesucristo — explica—; si Él había dispuesto que muriera, yo tenía que morir; pero si en ese momento hizo entrar a mi hija para salvarme, es que quiere que viva».

Pienso que en la serie esta historia se puede llamar «El juicio de Dios».

El episodio me lleva, sin ningún interrogante concreto, a una butaca ante Bibi. Le cuento.

A Bibi le sugiere fichas sobre el suicidio y las creencias religiosas: posición de los católicos, posición de los judíos, posición de los islamitas. Cree que pueden ser significativas en la serie si doy el viraje, aunque sea en una sola página, hacia el lado profiláctico.

Le digo: «Bueno, pero también el pensamiento laico, quiero decir si algún pensador, sin preocupaciones religiosas especiales, se puso en la cuestión».

—La teoría para los otros —ironiza Bibi—: «El suicidio es...», «No hay que matarse porque...».

—Los dos partidos —pido yo—: «No hay que matarse porque...» y «Hay que matarse porque..., o sin porqué».

Sacrifico a los púgiles, hay que complacer a Julia, pero se me vuelve en contra. Dice que ellos siempre estuvieron primero y no ve motivo para cambiar las cosas. Admito que lo he sostenido; sin embargo, puedo estar equivocado y tal vez no sea el mejor método para descargarme.

Continúa defendiendo a los boxeadores, por lo cual le digo que podemos ir los dos a la pelea. Replica que a pesar de todo ella sigue siendo una maestra, y creo que tiene razón y no debí invitarla a eso.

Entonces porfía para que vaya solo, si tanto interés tengo, y bueno, le doy el gusto.

Alcanzo a ver la de fondo pero no hay ambiente o yo, por llegar tarde, no tomo la temperatura.

Después entro a la trasnoche, pero a cualquiera porque no hay ciencia-ficción.

Cuando despierto ya Mauricio ha regresado y mamá dice que suba a verlo, que no bajará todavía.

Luce bien, un poco ojeroso o será que está pálido, los días de encierro. No puedo decir que está conmigo igual que en el sanatorio, pero lo comprendo porque ha venido algo nervioso y como distraído; parece que tuviera vergüenza de haber dado preocupaciones o como si ésta no fuera su casa.

En seguida bajo y busco los diarios. Reviso los suplementos, paso a las noticias.

«Ayer, en Oberá, Misiones, se amotinaron los presos, casi todos procesados por homicidio o robo, en un evidente intento de evasión.

Agredido un inspector de policía, un agente, para protegerlo, azuzó a su perro guardián. En ese momento un celador cerró el pasillo y el animal, enfurecido, se volvió contra el agente y lo mordió en los brazos.

Con la intervención del juez se superó la revuelta y los sublevados entregaron palos y otros objetos contundentes.

Trascendió que habrían solicitado por medio del juez que les provean colchones y les permitan practicar su respectivo culto o religión, recibir algunas revistas y la visita de parientes».

Analizo la situación, lo que piden, lo que han tenido que hacer para pedirlo... El absurdo me empuja hacia el fondo.

A la hora del almuerzo Mauricio se queda en el dormitorio y la mujer acarrea los platos.

Supongo que elude encontrarse en la mesa entre los dos bandos, porque Susana y la hija procuran no hablarme y yo no tengo iniciativa, por lo cual admito que para él sería algo incómodo. Tampoco mamá está tranquila, pero qué le voy a hacer.

Duermo toda la tarde; tal vez me pasé porque teníamos un menú especial para festejar el regreso de Mauricio.

En la noche veo a Julia.

Se mantiene desabrida y hostil y si yo no hablo nos quedamos mudos.

Ya que en realidad me aburro un poco le pregunto si pasa algo y creo que me mira con agresividad. Dice «¡Que si pasa algo!», y hace ver que se contiene.

Entonces me abstengo de averiguar, porque me parece más prudente. Pero ella tampoco lo acepta; me pregunta por qué ni siquiera le dirijo la palabra. Habitualmente suele ser más cuerda.

Pasamos otro momento de esa manera y me dice «Hombre», pero como un insulto. La tolero, ha tenido sus cosas.

Después deja de lado la actitud rencorosa y me habla con formalidad. Dice que ella todavía es joven y no hay ninguna razón para que malogre su porvenir. Lo admito, y me echa en cara que hay muchos hombres. Entiendo y le digo que estamos a tiempo, pero que no tomemos decisiones sólo por amor propio. Ella alega que nunca, la conozco bien o ya sería tiempo de que la conociera, toma resoluciones precipitadas y que lo tiene debidamente estudiado.

Entonces me callo otro rato y ella sigue impaciente aunque haciéndome notar que está todo dicho.

Como me distraigo y me pongo a pensar en otras cosas, ajenas a Julia y a este asunto, le digo «Bueno, me voy», y ella me dice «Buenas noches», que también suele ser el saludo de dos enemigos que conservan las maneras correctas, pero tirantes.

Y considerando todo esto, y que no se arrepiente ni se conmueve, en efecto me voy.

El lunes mamá me despierta con café negro y pregunta si no tengo algo que hacer y me he quedado dormido. Noto que me duele bastante la cabeza, pregunto la hora y son las 11, ahí está el despertador, no lo he oído, pero ahora molesta con el tictac tan sonoro.

Le digo que voy a seguir durmiendo y que no, hambre no tengo, comeré algo una vez que me levante.

Cuando cierra la puerta me quedo de espaldas, con la almohada en alto y mirando el techo, donde da el resplandor. Me doy cuenta de que no tengo en qué pensar y advierto otra vez el dolor de cabeza, debe ser por las pesadillas. Estuve soñando que andaba desnudo.

En seguida me duermo y parece que reposo bien, porque me levanto pasadas las 2 y siento apetito y ganas de bañarme.

De repente me acuerdo de la cita, para la tarde, con el abogado.

Paso por la agencia. No encuentro a Marcela, no encuentro a Bibi, pero de ésta un sobre, que comienza a nutrirme de la información prometida:

Principio católico fundamental: Únicamente Dios da y quita.

Viejo Testamento y Nuevo Testamento: No condenan expresamente el suicidio. / Conjetura generalizada (y errónea): No hacía falta, en los tiempos bíblicos casi nadie se suicidaba. / Casos en las Escrituras: Sansón, Saúl y poquísimos más.

Mandamiento sustancialmente invocado: «No matarás». Se considera que incluye el suicidio. / San Agustín: No matarás a otro ni a ti mismo.

Otro argumento de San Agustín: Puesto que ninguna ley permite a nadie matar por su propia autoridad, el suicida es un homicida.

Posición de la Iglesia — Concilio de Aries, año 452: El suicidio es un crimen; sólo puede ser consecuencia del furor diabólico. Concilio de Praga, año 563: Los suicidas no serán honrados en misa con ninguna conmemoración, el canto de los salmos no acompañará los cuerpos a su tumba.

Santo Tomás, interpretado por Sciacca: «No se ama ordenadamente a sí mismo el que se da voluntariamente la muerte, por cuanto se considera dueño de la vida que Dios le ha dado, se rebela a la voluntad de su Señor y Padre,

comete pecado mortal y se priva de la salvación eterna.

Alcanzo al abogado cuando anochece, mejor ya no hay litigantes. Me deja un rato con los documentos de las actuaciones, que asimilo y me habilitan considerablemente, pero que él repite a su modo cuando llegamos a la parte hablada.

De acuerdo con la denuncia de la señora Tiflis, el marido se afilió a una institución secreta de tipo espiritualista. Sostenían cultos antiguos y una colonia de bienestar junto a un perdido lago.

«Todo muy caro, según la señora —dice el abogado—, sin que le costara a los jefes del clan, sino a los adeptos ingenuos, como su marido, que se fundió sosteniendo excursiones de caza mayor y otras exquisiteces que, en el fondo, alimentaban los ritos contra la muerte y consistían esencialmente en matar a alguien, bichos, en este caso. Menos mal».

La colonia existe, consta; hay un plano de ubicación en el expediente. Fue allanada.

«La allanamos —se encima—. Aunque despojada del caso Tiflis no es más que una estancia de veranada con un casco suntuoso, especie de club exclusivo para millonarios. Ninguna mujer, ninguna degeneración; pero, señor mío, armada como una ciudadela. Yo pensé en agarrarlos por la tenencia de armas, que prepararía el cargo de asociación ilícita; no obstante, lo tenían previsto y exhibieron la licencia».

¿Los dueños? «Una sociedad, gente sin figuración social (tal vez, en parte, por eso no trascendió a los diarios), comerciantes mayoristas, importadores, en su mayoría con apellidos que hacen acordar del mar Caspio, de Omar Khayyam y «Las mil y una noches». El administrador se llama Jorasán y la viuda dice que es el principal, pero en realidad el tal Jorasán no es dueño de nada. Muy hábil, en todo caso. No hay un detalle que no esté en regla. Todo legal».

—¿Y la mano?

—Señor mío, la versión de la viuda encaja perfectamente.

Si apareciera un solo elemento probatorio de lo que ella dice, habría que sepultarla en la cárcel por encubrimiento. Saldría a la luz que durante años apañó al marido y no soltó el lamento hasta que, seco el otro, descubrió que prácticamente se había quedado en la calle.

Quizá la mujer hizo perder, al abogado, tiempo y reputación profesional, de modo que me parece natural que manifieste rencor hacia ella, mayormente si no puede oírlo. Y como eso no me importa, lo traigo de nuevo a la cuestión:

—Comprendo. Pero ¿y la mano?

—Sí, a eso voy. Le decía que, si no son las patrañas de una anormal, ella sabe mucho. Para miembro de una sociedad secreta, este Juan Tiflis era un formidable indiscreto. Parece que le contaba todo.

—Le contaba todo lo que él añadía de fantástico a las trivialidades —se me ocurre opinar, y el abogado atiende—. Cargar la escopeta sería una ceremonia; tirar contra un ciervo, un exorcismo.

—Puede ser —razona—. La tesis me interesa. Según lo que cuenta la viuda, no se trataría de simples lucubraciones; pero, señor mío, ¿qué diferencia existe para un soñador?, y este Juan Tiflis lo era, con mayor tranquilidad si para el momento de despertar tenía un remedio, dispararse un tiro, y es lo que hizo.

Apruebo la reflexión y el abogado, alentado, prosigue:

—El fundamento, en cualquier caso, concuerda: la lucha contra la muerte. Son individuos de edad avanzada. No admiten, propiamente, que estén por morir, dice la viuda; pero se reconocen en los umbrales de la vejez y saben que la vejez se «castiga» con la muerte. Fíjese en el concepto, se castiga.

Digo que no es disparatado y el abogado se distrae: «¿Usted también piensa así?», me reprocha, y me hace ver que ellos, por lo menos, estaban poseídos por atavismos:

—En las sociedades primitivas del mundo antiguo —trogloditas, tracios, hérulos, celtas— los viejos eran un estorbo y lo comprendían, o con astutas promesas y presiones los más jóvenes se lo hacían comprender. Los visigodos usaban el Despeñadero de los Abuelos y los ceos tomaban cicuta durante una fiesta que se hacía en su honor. Señor mío, he tenido que ilustrarme para entender a la viuda y llevar adelante los cargos.

Le digo, apoyando su información, que en la novela «País de las sombras largas» un esquimal y su mujer abandonan a la madre de ésta en un paraje helado donde se la comerá el oso, y que la anciana no hace oposición. Opino que es una costumbre muy bárbara y, si le creemos al novelista, se ha mantenido hasta nuestra época.

El abogado considera lo mismo y puedo apreciar que nos toleramos muy bien.

Dice que, justamente, los cofrades de Tiflis pretenden salvarse de que se los coma el oso y «aunque esto sea una metáfora, también ocurre en las sociedades más morales y adelantadas, aunque con formas civilizadas».

—Fíjese —argumenta—, lo que universalmente se hace es jubilarlos, es decir, sacarlos de su puesto. Tienen el cuerpo y el alma acostumbrados al trabajo y sin el ejercicio de la costumbre se mueren. Es como engañarlos con un festín: la promesa de no trabajar más.

Yo lo interrumpo para decirle que en parte se trabaja para llegar a no trabajar, que no trabajar también es bueno y a cierta edad ya no se puede.

—¿Ve? —me asalta—, «ya no se puede»: la vejez es no se puede. Pero usted sostendrá —toma nuevo impulso— que un industrial, un empresario, un poderoso de la tierra no tiene por qué jubilarse ni retirarse, si no lo desea, y yo le contestaré, amigo mío, que hay otras formas sutiles de excluirlo y él tiene buena conciencia de ello: en la empresa lo van corriendo a los cargos honorarios, cesa de ser un ejecutivo;

en la casa, los hijos o la esposa más joven toman su lugar y muy cariñosamente se le priva de autoridad.

No puedo decir que el abogado sea un charlatán, pero sí que habla demasiado y que a esta altura ya me causa cierto cansancio, a raíz de lo cual le pregunto otra vez por la mano.

«Sí, a eso voy», me promete de nuevo. No obstante, resulta evidente que divagaba, porque precisa unos segundos de concentración para reencauzarse:

—La cofradía de Tiflis —insiste en esta denominación— si no lo tiene podría tener un lema. Y siempre, hago la salvedad, de que nos pongamos de parte de la señora. El lema sería: «No acceder a la muerte». ¿Comprende?

—Sí.

—Más diría yo: No acceder a la muerte a ningún precio, bajo ningún concepto, en circunstancia alguna. ¿Entendido? ¿Vamos bien?

—Sí.

—Por consecuencia, si la divisa es «No acceder a la muerte», ¿qué ha hecho el cofrade que se quita la vida?... Violar los principios de la divisa, caer en la infamia y convertirse en reo.

Me mira con ojos expectantes que brillan reclamando mi admiración. «Lo cual queríamos demostrar», pienso por él.

Y continúa, victorioso:

—Todavía más diré. ¿Y cuál puede ser la punición para el réprobo? El oprobio para su cadáver. ¿Qué tipo de oprobio? La mutilación. ¿De qué? De una mano. ¿Cuál de las manos? Aquella con que levantó el arma para destruir lo sagrado, la vida, y entregarse a la enemiga, la muerte.

Considero coherente su razonamiento, y en la parte final aceptablemente ágil, pero asimismo me hubiera cansado sin el tono vibrante de su estilo oratorio, muy fuera de lugar, por cierto, ya que estamos solos en su despacho y podríamos entendernos incluso hablando en voz baja y de manera más sencilla.

Parece que considera terminado su alegato y aunque recelo de inflamarlo otra vez, no creo desatinado hacerle observar que, en definitiva, su argumentación respalda las acusaciones que ha hecho la señora de Tiflis.

Él me contempla muy conmovido y asiéndome paternalmente de las manos condesciende a explicar:

—Señor mío, este es el magnífico edificio que, aun sobre la base deleznable de las obsesiones de una enajenada, puede levantar un gran abogado. Lo invito a comer.

Invita en un arranque y sin transición, como una conclusión necesaria.

Durante la cena reincide en su actitud rencorosa contra la señora:

—Yo pienso que, con ser la esposa, no era más que su animal de placer —recuerde, una ex modelo— y que su otra vida, más pura, estaba en la colonia, junto al

lago, y no se la iba a entregar a ella mediante expansiones de sobremesa ni confianzas de almohada. Si en la vida de Tiflis había una parte secreta era la que no le daba a ella. Se mató. Era un tipo, ¿no?

Y con los ojos trata de arrancarme la confirmación: «Era un tipo, sí, porque se mató».

No le contesto.

La tarde fluye lentamente hacia el ocaso.

He andado, ocioso, horas, con la historia de anoche, la del abogado, en la cabeza.

Convencido de tener ya mi propio derrotero y de que éste pasa por la agencia misma, he venido, pero he entrado derechamente a mi oficina. El próximo paso está resuelto; no obstante, me doy tregua, y para alternar un poco los pensamientos me ha venido bien el segundo informe de Bibi sobre las actitudes morales y religiosas de los distintos credos:

Posición del judaísmo: adversa al suicidio. Fundamento bíblico que aducen los rabinos: «Por tu sangre y tu vida exigiré un reconocimiento; lo exigiré de cada bestia y de cada hombre».

Fundamento que invoca el karaita Kirksani: «No matarás». (Reconoce que hay objeciones, según las cuales ese mandamiento únicamente prohíbe matar a otra persona).

Base de la actitud judía, sintetizada por Reines:

«Se condena el suicidio por la dignidad del hombre y la convicción de que la vida siempre vale la pena de ser vivida».

Paralelismo. Kant escribió: «El suicidio es contrario al principio fundamental de moralidad, ya que aniquila al sujeto moral, y constituye una ofensa contra la dignidad de la persona por el deseo egoísta de escapar a una vida desagradable».

La actitud de otras religiones.

Brahmanismo y budismo. Lo toleran, en ocasiones lo alaban.

Las creencias en la reencarnación lo hacen más aceptable para el adepto.

Siglo XIX, auge en la India budista del «suttee», suicidio de las viudas, a menudo bajo la coacción indirecta de la sociedad.

Islamismo. Lo condena.

Mahoma: «El hombre no muere sino por la voluntad de Dios, según el libro que fija el término de su vida». («Corán»).

Marcela viene, indolente, y se queda en el sofá.

Le participo que he meditado sobre la orientación del caso Tiflis y creo que ya tengo al testigo principal, estoy por abordarlo, él aún ignora su posición en el asunto y será una sorpresa, también para ella, para Marcela.

Marcela no me hace caso, parece que anda errando a través de la ventana.

Le miro las piernas y seriamente, con absoluta sinceridad, digo:

—Me gustaría estar en el laboratorio.

Creo que no ha prestado atención; sin embargo, con tono negligente me cuestiona:

—¿No se te ocurre que estás un poco descarado?

Le digo que sí, que me noté un poco descarado, pero es lo que me gustaría, estar con ella.

No me contesta ni hace nada.

Después de unos momentos le digo que el día ha terminado y que la invito a tomar una copa. Ella no tiene inconveniente.

En el bar prefiere un sándwich y bebida sin alcohol y en seguida le digo que yo tenía una relación, pero que, eso, ha terminado. También le cuento, sin necesidad (el ambiente es fresco y sosegado, y no tenemos nada que hacer) que fue anoche y ahora me extraña un poco que se esté haciendo la hora y yo no tenga que ir.

Me pregunta si tuvimos hijos y le digo que ella no podía, lo cual no es toda la verdad.

Se calla otro rato y yo me pongo a pensar en nada, pero con Marcela no me aburro.

Cuando termina el sándwich bebe un trago, se limpia con la servilleta y abre el bolso. Saca un sobre de papel madera y entre mi vaso y el suyo vuelca una cantidad de fotos; las deja ahí.

Revuelvo. En todas estoy yo. Yo ridículo, yo meditabundo, dormido en el sofá, mi brazo izquierdo apoyado en el codo hace una V, yo un pedacito un perfil y lo demás toda Bibi, mi nuca, un contraluz, un truco con mi nariz, el perro y el desnudo, yo en el invierno, yo preserie, yo preserie.

Me divierte, ella me sonrío con buena voluntad.

Le digo «¿Qué haremos?» y me dice «Y qué se puede hacer», lo cual no interpreto si es una negativa o una resignación.

Le declaro que me gustaría ser como ella y manifiesta alguna curiosidad: «¿Cómo soy? No, ¿cómo me ves?».

Le digo:

—Impasible y desinteresada.

No tiene vanidad, creo, y mi respuesta no la desencanta. Más bien, me explica:

—Es que voy a morir.

Lo dice de una manera bastante sencilla y no me sorprende, porque recuerdo que otras mujeres, cuando empezábamos, me dijeron lo mismo.

Pregunto qué le pasa y seguramente sospecha que la imagino con una dolencia incurable —puede ser, también a la gente joven le da cáncer y a las mujeres en su aparato— porque me aclara:

—No, no es que esté enferma.

Lo ha dicho de una manera sensible que en ella no es habitual, como si se compadeciera de mí y quisiera convencerme de que no es afligente.

Es lo mismo que yo he considerado y por lo tanto le pregunto si irá conmigo a alguna parte.

Dice que le gustaría, pero no lo cree posible. Le digo si no lo ha hecho nunca.

Contesta que estuvo casada.

Se me ocurre preguntarle si los hombres no le interesan.

Pone un dedo en las fotografías acumuladas sobre la mesa, en todas las cuales estoy yo, y me dice que si creo que estuvo fotografiando un jazmín.

Argumento que entonces por qué no y responde que por lo que me contó antes.

—¿Qué?...

—Eso.

—¿Que te vas a morir?... Me figuro que todos se van a morir.

—No es «como todos». Me voy a ayudar un poco.

Digo «Ah...». ¡Y siento el aletazo!, pero no por ella, por mí.

Se me pasa, pienso en Marcela y la encuentro abandonada a sí misma, hasta que me repite que le gustaría, y yo porfío por qué no entonces y ella no hace caso, me pregunta si tengo muchas razones para vivir.

Le digo que no, pero que ella puede ser una, lo cual visiblemente le molesta y me indica que no hace falta que la halague.

Advierdo que he estado en pose de conquistador, cuando en realidad con Marcela solo será posible si hay un entendimiento inteligente, me parece conocerla hasta ese punto y es el tipo de relación que me interesa.

Se lo digo tratando de ser claro.

Me dice que así es en efecto lo que ella también desea y por lo tanto prefiere que antes de nada le conteste si yo me quitaría la vida con ella.

Está muy serena y evidentemente me concede tiempo para que no le dé cualquier respuesta.

Noto que me ha preguntado si me mataría *con* ella y no si me mataría *por* ella, y pienso que se debe a que Marcela es diferente de otras mujeres.

Me sorprende hallarme enfrentado, aquí, ahora, con la cuestión que me asedia; tiene que ser porque viene por boca de otro. Siento que comienza a renacer mi

ansiedad y quiero ver claro:

—¿Y por qué lo haríamos, Marcela?...

—Sin un motivo particular... ¿Hace falta? La vida no tiene sentido.

Entiendo o creo entender, aún oscuramente, que no serían ésas mis razones.

—Marcela, hasta sin sentido la vida tiene una cantidad de cosas que me gustan.

—También a mí, pero, en el fondo, no vale la pena.

Y propone que no hablemos más de eso.

Acato, aunque me interesaría que sepa que me siento acorralado.

Se ha producido cierto desajuste y cuando el mozo se insinúa —hemos permanecido tanto tiempo con el poco gasto de un par de vasos—, Marcela opina que podemos partir.

Creo que nadie puede discutir seriamente su muerte con otro.

En la mañana hay un caso y Marcela ya está como siempre.

Nos dejan entrar, aunque sin cámara, y el individuo se halla aún donde lo hizo. Se vistió lo mejor que pudo y huelo el aroma de la colonia.

Usó la cama matrimonial y al lado hay otra, ancha también; puede ser de los chicos, que no estaban cuando tomó el tóxico.

El juez tiene discretas amabilidades.

Me sugiere que observe: el hombre puso los retratos, del nene y de la nena, sobre la almohada, seguramente para mirarlos o que lo acompañaran hasta el final. Pero, dice, lo que debió hacer es pedirles perdón por la idea y desistir.

Como el juez nos da facilidades, seguimos el procedimiento.

En la morgue, sobre la puerta funciona un reloj. Lo circunda una inscripción: «Todas las horas pasan, menos la última». No me produce resonancias, más bien me recuerda el reloj de los restaurantes que no cierran nunca: «Todas las horas son buenas para comer». Se lo digo a Marcela y le hace gracia, pero este no es lugar para reír.

Después nos autorizan para entrar. El médico trabaja sobre el suicida. El cuerpo está abierto y bastante profundizado por el bisturí. Marcela me susurra que el hombre no tiene que haber pensado en la autopsia, de lo contrario no se habría puesto perfume ni el traje azul.

En la sala se repiten hasta el fondo las losas con bultos inmóviles. Me pregunto si Marcela les presta atención.

Se hacen las 2 y Marcela me acerca a un restaurante, pero sigue porque prefiere darse una ducha antes de comer.

Hace mucho calor y duermo siesta en casa, todos reposan.

Me baño, elijo el traje más liviano y vuelvo a la agencia.

Marcela me llama al laboratorio, está ampliando lo que sacó esta mañana con la miniatura.

Hay otros fotógrafos, de modo que casi no puedo hacer nada, pero en la oscuridad la acaricio dos o tres veces.

Cenamos juntos y Marcela se ha puesto otro vestido, muy ligero, creo que es de gasa.

Después voy con ella y encarnamos.

Marcela se levanta temprano; tiene otras costumbres, y me corta el sueño.

Vamos en el Citroën a la agencia y ella sigue camino a su laboratorio; cargará las cámaras, por cualquier cosa.

Gestiono del jefe 60 minutos sin coparticipación, esto es, a puertas cerradas.

Averigua «¿Es urgente?». Le digo «Sí y no». Puntualiza: «Si es sí, será ahora, ya mismo, en este instante; si no, en la tarde». Tan brioso, concreto y eficaz, me empequeñece y de pronto me penetra la impresión de que el asunto que le llevo no sirve para nada. Le respondo: «En la tarde, u otro día, da lo mismo». Sigue de largo.

Del abandono me recoge Bibi. «Das trabajo», dice, entre quejosa y complacida, y pone en mis manos la tercera parte del informe.

(En realidad, ya me viene cayendo sospechoso este fervor con que Bibi ha tomado el tema).

Lo rechazaron

Pitágoras, Platón, Aristóteles, Dante, Lutero, Calvino, Shakespeare, Spinoza, Napoleón...

Albert Camus: «Saco así del absurdo tres consecuencias, que son: mi rebelión, mi libertad y mi pasión. Mediante el único juego de mi conciencia, transformo en regla de vida lo que era invitación a la muerte —y rechazo el suicidio».

Kant: «El suicidio no es abominable porque Dios lo prohíbe. Dios lo prohíbe porque es abominable».

Balmes: «La razón fundamental de la inmortalidad del suicidio está en que el hombre perturba el orden moral destruyendo una cosa sobre la cual no tiene dominio. Somos usufructuarios de la vida, no propietarios; se nos ha concedido comer de los frutos del árbol, y con el suicidio nos tomamos la libertad de cortarlo».

Lo admitieron

Confucio, Buda, Diógenes, Séneca, Montaigne, Voltaire, Rousseau, Hegel, Nietzsche...

Hegesías de Cirene, en su escuela filosófica de Alejandría estimulaba el suicidio de sus discípulos. Lo conseguía.

Los estoicos aducían la libertad del hombre y ordenaban el suicidio contra cualquier mal.

Schopenhauer: «Nada hay en el mundo a lo que se tenga mayor derecho que a disponer de la propia vida y persona».

Nietzsche: «Se debe vivir de modo que se tenga, en el momento oportuno, la voluntad de morir...». «El suicidio como medio usual de morir: nuevo orgullo del hombre, que fija su fin e inventa una fiesta, el morir...». «El pensamiento del suicidio es un consuelo poderoso...». «Nada de arrepentimientos: el suicidio es más breve».

Descargos

Por las libertades (Kant), por el honor (los Padres de la Iglesia), muchos por las ideas, la nación, la religión, etc. John Donne, deán de St. Paul, negó que el suicidio sea pecaminoso en todos los casos, pidió caridad y comprensión. («Biothanatos», año 1644.)

Contrapuntos

a

David Hume: No es contrario a la ley de Dios, ya que de acuerdo con las creencias religiosas todo está previsto por Él y nada sucede contra su voluntad. (Exégesis de «On Suicide», por Reines).

Los tosafistas, antes de Hume: Si bien todo está dispuesto por el Cielo, no está dicho que alguien deba terminar con su vida por el agua o por el fuego.

b

El suicidio es contrario a la ley natural, ya que nada en la naturaleza se destruye a sí mismo. (Josefo, en la «Historia de la guerra de los judíos contra los romanos»).

El suicidio no es contrario a la naturaleza, ya que ésta deja librado a la perspicacia del individuo cómo disponer de su vida. (Hume en su ensayo sobre el suicidio).

Reunión con el jefe. Ordena café y agua mineral.

Ordena que no nos molesten.

Parece suponer que le hablaré de cualquier asunto nuevo, porque dice: «Antes voy a aprovechar, ya que lo veo, para advertirle que no se debe tomar la serie a la tremenda». Le recuerdo que ya me lo dijo y se disculpa: «Ah, sí. ¡Es que tengo tantas cosas!...», y es verdad, yo en su lugar haría menos y me embarullaría más. Pero somos diferentes.

Hasta ahora no me ha reclamado un informe completo, aunque es su sistema: cierto día me dirá que hay que empezar a despachar y yo entenderé que se acabó el vuelo libre y debo encerrarme a pagar mi vagabundeo escribiendo íntegramente la serie con el tope máximo de una semana.

Esta vez, por mi iniciativa y porque quiero llegar a algo específico, le cuento todo: los estudiantes, «Me mataría, —Yo también»; papá suicida de amor que se quedó dormido; la policía no colabora, Piel Blanca sí, quiere casarse, ¿qué le parece?; tío Eduardo, las voces, y Emilia... el desnudo, el perro, el abogado, la mano.

Un lindo caos narrativo, ya que dispongo en total de una hora. Mira el reloj, pero le interesa. Al final me dice: «Puede andar», y creo que esa es una aprobación de primera. Sin embargo, se lamenta: «No servirá de nada, no hay compradores, hasta ahora sólo una revista de Caracas, color, paga en dólares, naturalmente. Precisamos dos más y entre quince y veinte diarios, como base».

Le pregunto si la serie está cancelada. Me dice todavía no. Le digo entonces sigamos. Mira el reloj y le advierto: «Ya termino. Sólo falta el testigo principal, es usted».

No lo toma como un chiste, no lo es, y más bien parece que le molesta. Pero, le digo, él también tiene que colaborar.

Las fotos, de Tiflis y de Adriana Pizarro, ¿las tomó él? No, desde luego. Entonces, ¿quién? Él dijo, cuando puso en mis manos el asunto, que venían de un profesional respetable. Pues bien, ese respetable profesional supo de la mutilación del cadáver antes que la viuda y la policía. Él provocó la investigación, le avisó a la mujer; previamente, para crear a la vez ansiedad y confianza, para obsesionarla, le mandó la foto. ¿Qué pretendía? ¿Destruir la organización secreta, si es que existe? ¿Era un traidor del clan? Puede ser y puede no ser. Él no responsabilizó a los cofrades de Tiflis, fue la mujer. Por qué lo hace, no se me ocurre. Pero hay un mutilador de cadáveres, él lo conoce o sospecha quién es, quiere liquidarlo, y no da la cara, instiga a la viuda y ella hace lo que él esperaba: se va corriendo a la policía. «Si usted me dice quién es —digo al jefe— la historia tiene un final».

—Antes de escribir el final —requiere el jefe, nada deslumbrado por mi tesis—, explíqueme una contradicción. Mientras se exhuma un cadáver con un pedazo menos

y se allana un club de millonarios, ningún diario se entera...

—O si se entera no lo publica.

—Puede ser. Aquí, al menos, no lo supimos. Pero voy a otro aspecto. Atienda: Tres, cuatro o cinco meses después de cerrado el caso, alguien pone a disposición de una agencia internacional de noticias tres fotos, una de ellas la de Juan Tiflis, cuya muerte puede enredar a muchos. ¿Por qué, digamos, ese promotor que no da la cara no agitó a tiempo a la prensa y por qué lo hace ahora?

Frente a lo que me parece mediocre penetración del jefe, me siento astuto:

—Le dio cuerda a la viuda para conseguir una pesquisa, ¿no?

—Da esa impresión, puede ser.

—Es. La investigación se hizo, pero fracasó. Y ahora, ¿qué hace? Le da cuerda a otros muñequitos: usted y yo.

Ha perdido, mas no se resigna:

—Lo que yo creo es que hay que volver al punto de partida. No es el caso de Juan Tiflis y su mutilación, esa no es más que una historia policial que podemos aprovechar; lo que yo le he pedido es otra cosa: el misterio de los que se matan. Tenemos de dónde arrancar, de esas dos caras.

¡El misterio de los que se matan!... Es tanto como pedirme que le resuelva el misterio de la muerte en diez notas de 600 palabras, con cinco fotos en colores cada una, para una revista de Haití y otra del Senegal o de Noruega.

Me defiendo:

—Usted me ha dado dos rostros. Debo descifrarlos, ¿no? ¿Y cómo, sin las historias? No hay más que dos personas que podrían ayudarme, y no van a regresar para contarme lo que vieron o sintieron en aquellos momentos. Son los dueños de esas caras, usted sabe.

Transige y toda su fisonomía adquiere una expresión reverencial:

—Es tan cierto..., no se vuelve.

Se ha detenido en lo más obvio. Pero lo comprendo: cualquiera, en cualquier momento, puede acordarse de que morirá y medir la importancia de lo que va a perder, la vida, porque «no se vuelve», no se vuelve a vivir.

No obstante, como a casi todos, el miedo a la muerte le viene y se va. Dice:

—Le entregué tres fotos...

Ignoro qué se propone agregar, pero me permito interrumpirlo:

—Perdón, alguno le entregó tres fotos, pero con el objeto de disimular el verdadero propósito: sólo una servía, la de Juan Tiflis. La casualidad hizo que se reunieran dos, Tiflis y la mujer Pizarro, con los ojos abiertos, lo que no es común entre suicidas, y ese aspecto nos sacó de la cuestión, ¿o no?

Reflexiona en silencio. Luego dice:

—También eso puede ser. Pero creo que usted se equivoca en algo de

importancia.

—...

—Alguno impulsó a la viuda, de acuerdo, y logró una investigación. Después me provocó a mí, para que se reabriera el caso, a ver si el periodismo lograba lo que no consiguió la justicia. ¿Es lo que usted piensa?

—Sí.

—¿Qué pretende, esa persona que se dirigió a la viuda y se dirigió a mí?

—El castigo de alguien.

—Exacto. ¿Y quién es ese alguien? Él mismo.

Resplandece, como si hubiera ganado un partido de ajedrez moviendo solamente una pieza. Aún no ha ganado. Ataco una posición que creo débil:

—Si la primera pesquisa estuvo desenfocada, ya que la señora no acusó al autor de las cartas, sino a la cofradía; o bien, si la intuición de la señora fue correcta, y el responsable estaba entre los miembros del clan, pero la investigación era torpe, ¿por qué el promotor no la orientó con otros elementos? ¿Por qué, actualmente, no nos ayuda con una carta por semana?

—Porque el culpable es él y si la pesquisa policial triunfaba o nuestra investigación triunfa, quedará en descubierto y será castigado.

—¿Y no es lo que él quiere?

—Cuando lo quiere manda las fotos y manda la carta sobre la mano. Cuando no lo quiere guarda silencio. ¿Se da cuenta? Quiere y no quiere. Procura que se castigue al culpable porque padece la culpa, y se denuncia porque cede al mandato de su conciencia, pero luego advierte que lo que se castigará es su cuerpo, y su cuerpo y su mente desisten del riesgo.

Ahora soy yo quien dice «Puede ser», y asimismo yo quien arguye: «Pero eso lo sabrá usted, porque está en buena cotización como testigo, únicamente usted conoce a quien entregó las fotografías».

Niega, con una sonrisa y un movimiento de cabeza que significan «Desengañese, amigo».

Hago valer:

—Usted me dijo «un profesional respetable».

—Dije... —se desentiende con los hombros—. Pero llegaron por correo.

Me callo.

Asunto concluido. Pregunto:

—¿Qué hago?

—Mientras yo no le mande el stop, la serie sigue.

Tengo a Marcela sin que nunca la haya cortejado. Se lo hago notar, porque pienso que es bueno ver claro, y le pido que, a su vez, sea clara conmigo.

Opina que no era necesario cortejarla, que yo soy así y me entiende.

Me parece que tampoco le he dicho una palabra de cariño. Marcela confirma que no, que hasta ahora ninguna.

Le explico que si no lo hago es porque no me sentiría cómodo. Puede darse cuenta y me disculpa.

No obstante, para que todo esté claro, debe saber que en otro tiempo las dije, le digo que amé.

Yo era estudiante y ella poseía un encanto despejado y puro. Teníamos 17 años, que es la edad de querer bien, y nos queríamos con nobleza.

Repentinamente, sin embargo, me aparté de ella. Me proponía volver, sólo que omití decírselo.

Estuve lejos, permanecí en silencio. Pero regresé, a su encuentro. Se había casado con otro.

Aún más me retraje. La defendí del remordimiento: que, borrándome, nunca llegara a descubrir que no tuvo fe en mí.

Digo que no puedo saber si con ella habría resultado, porque, al menos ahora, considero que uno se casa con cierta persona y después esa persona cambia, y por lo común esa otra ya no le interesa, o no le interesa de igual manera. O entiende casarse con alguien, pero únicamente se casa con la juventud de ese alguien, y la juventud no dura.

Marcela está de acuerdo y le declaro que aquella persona sigue siendo para mí aquella persona porque nunca más la he visto y la recuerdo de 17 años.

Marcela dice que todavía la amo. Admito que puede ser, pero sostengo que me inquietaría que ella, a su vez, todavía me ame, porque soy otra persona y no mejor, ni por fuera ni por dentro, que cuando tenía 17 años.

Pero que en todo caso se trata de una conversación inadecuada porque es melancólica, aunque le hará ver, a Marcela, que en general todo lo que uno considera fundamentalmente bueno para sí mismo, no es posible, y que esto también reza para mi relación con ella, que es fundamentalmente buena y no obstante tiene un plazo, no sé cuál es, aunque con seguridad ella lo ha establecido.

Marcela calla y como estamos en la oscuridad y muy cerca nos anudamos con pasión y después le digo que lo que ella desee hacer conmigo yo lo haré pero asimismo no me contesta, lo cual me humilla.

Es viernes, el tercer viernes del mes, pero no importa, ni fijo la atención en ello.

Sólo que necesariamente me perturbo porque no encuentro a quien debía esperarme, corta mi trayecto y me atrapa un insistidor, huyo de otro notorio adhesivo, tropiezo con gente cubierta de púas, trepo a un ómnibus que me aleje y es una mortífera caldera o cámara de gas, busco el aire de la plaza y luego el agua fresca de

la fuente, pero ahí, desde un banco, me asedian los despojos lamentables de una mujer.

Me enderezo, busco la belleza. Hay, está, circula. Casi abunda. Los cuerpos esbeltos, las cabezas en alto de la juventud, un rostro, unos ojos, los colores que descienden del aire a las personas, una frente adulta, una fina mano en vuelo... surgen, pasan... se pierden en el torrente de la fealdad humana.

Hay días así.

El atardecer se ha posado en el barrio.

Un hombre, en su hamaca, en la vereda, seguramente madrugó y ha trabajado todo el día, bosteza. Hace un ruido como de león o de lobo solitario, no sé. Su perro lo mira, pero está acostumbrado. Yo no, me detengo. Esas señoras lo observan de reojo, se aprietan entre ellas —van del brazo—, y apuran el paso.

También, como es sabido, existimos los hombres simios, los hombres equinos, los hombres batracios y los hombres con oreja de lóbulo colgante.

Todos los cuales, llegados a cierta edad, tenemos derecho a la jubilación.

Si en una película, o en una novela, el protagonista se mata, termina el relato.

Si se mata al principio es porque se irá atrás, la historia será contada luego de un salto al pasado.

* * *

Si me mato, me mato a mí, y mato mi inclinación a la muerte.

Querría matar a otros, a nadie en particular. A muchos porque son puercos y crueles y afean el mundo, y a King, que sufre.

¿Mi inclinación a la muerte es también inclinación a matar a los otros?

No puedo matarlos, por lo menos no a todos. Pero *puedo* suprimir a todos: si yo me suprimo, ya, para mí, no existirán.

En la mañana vuelvo a casa y mamá no pregunta, si bien, naturalmente, está compungida y celosa porque se da cuenta.

Quiere saber si almorzaré con ellos y digo no podré, el trabajo. Que si tomé el desayuno y digo que no, con lo cual falto a la verdad pero es por complacerla. Me lo sirve en la cocina y pregunto por Mauricio y trabaja y se alimenta y está lo más bien el susto pasó.

En seguida me encierro en mi cuarto.

Busco la carta. La puse en un sobre que la preserve de todo, es de ella.

La encuentro. Su hermosa letra. Leo, fluyen su ternura, su delicadeza —hasta en la prudente queja, en la sofocada alarma— dentro de la confusión en que la puse cuando me aparté de ella sin justificarme.

Después le doy fuego en el cenicero, pero antes la he acariciado con la punta de los dedos.

También está el cortapapeles de madera, que vino por correo sin decir de quién. Lo he guardado, todo este tiempo tan largo, por si era suyo. Nunca lo usé. Pienso que debí emplearlo, como ella puede haber querido, para abrir un camino a mis lecturas. Tiene que ser, al menos, ahora. Elijo un libro cerrado que se llama «La veneración» y creo que el título es adecuado.

El reloj de papá, con sus gastadas tapas de plata...

Cómo, igual que antes, son suaves al tacto.

La Parker de oro, que ha de quedar para Mauricio. Percibo el ruidito compañero del despertador, que se hace notar desde la mesa de noche; sin duda, como yo falto, es mamá quien lo alimenta de cuerda.

Abro un cajón y mi piel reconoce la perilla torneada, por el hábito de tirar de ella desde la niñez. Todos los muebles conservan la huella de mi trato, se han amoldado a mis costumbres, mis ojos a verlos donde están.

Un recuerdo me lleva a un ángulo del patio. Cuando yo era niño, papá ató a la pared, con piolín, en un clavo, un manojo de globos, para mi diversión. En pocos días unos globos se reventaron y otros perdieron aire hasta volverse arrugados y pequeños. Alguien eliminó los restos, pero la piola quedó mucho tiempo, pude verla años después, porque estaba bajo un alero y no la dañaban ni el sol ni la lluvia.

Pienso que jamás desde entonces la he recordado y considero que es imposible que siga allí; no obstante, quiero comprobarlo.

Ubico fácilmente el sector de la pared y ciertamente el viejo hilo ha desaparecido, pero el clavo, bajo innumerables capas de cal, permanece. Tal vez lo puso mi padre, con sus propias manos.

Saludo a mamá, suspira y, seguramente con referencia a la mujer que no conoce, me dice: «Que sea para bien, hijo».

Al encontrarme con Marcela pregunta dónde estuve.

Le digo: «Me despedía de las cosas», y ella comprende.

Una noche le cuento, a Marcela, de la muchacha en la ventana.

Demolieron la antigua escuela, que tenía grandes patios y estaba detrás de mi casa. Al fondo del terreno se alzó una vivienda de departamentos horizontales. Poco a poco se fueron habitando.

En una ventana, eran tantas, una joven se apoyaba y permanecía contemplando la

tarde.

Se me ocurrió agitar el brazo, y ella respondió de la misma manera.

Nos encontrábamos todos los atardeceres, ella en la ventana del monoblock y yo en la terraza de mi casa.

No nos hacíamos otras señas. Pensé que en alguna ocasión saldría a buscarla.

Entre los dos edificios había quedado un baldío y levantaron una construcción, que tapó la ventana y no la vi más.

Marcela me pregunta qué otra cosa pasó con la muchacha y yo le digo que ninguna otra cosa.

Lectura de la mañana:

«En un hotel fue encontrada muerta una pareja. El encargado escuchó dos disparos de arma de fuego que provenían de un piso alto.

...acompañado de una comisión policial... habitación 501, 5° piso... 22 años, soltera; 41, casado...

Los occisos presentaban sendas heridas de bala en la sien derecha. Los expertos consideran que el hombre disparó sobre su acompañante y luego se quitó la vida.

Junto a los cadáveres fueron halladas dos cartas. No se ha revelado el contenido pero se presume un pacto suicida entre ella y él».

En la noche estamos abrazados y solos, en la penumbra. Le pregunto: «¿Cuándo?». (Nuestro pacto no tiene fecha).

Ella no responde.

No insisto, quedo a la espera. Es lunes.

Bibi nos invita a su hogar. La madre comparte la mesa y la comida casera posee un sabor de agasajo.

Presumo un sobreentendido de nuestra situación, ignoro si Marcela hace confidencias a Bibi.

De todas maneras, no hay preguntas ni insinuaciones, tampoco un brindis que, sin llegar a pronunciarse, queda sugerido cuando se distribuye en copas especiales una botella final de espumante.

Lo cual hace las cosas más fáciles porque libra de averiguaciones sobre el futuro.

La madre dice «Ustedes los jóvenes pueden quedarse hasta más tarde, yo no, soy vieja» y entonces su discreción afloja: nos sonrío con bondad, nos toma las manos, a Marcela y a mí a un tiempo, exclama enternecida «Hijos míos» y de ahí no pasa, se contiene y se retira.

No nos buscamos los ojos, por unos minutos, los que hemos quedado, y con el café estamos ya en otro momento.

Ponemos un disco, dos discos, tres discos, nos miramos y hay un poco de vacío qué hacemos.

Bibi lamenta que no seamos periodistas en Italia: los play-boys y las play-girls de familias aristocráticas nos llevarían en autos furiosos al castillo del abuelo con altas escaleras bordeadas de esculturas, y cenaríamos con velas y trajes de noche.

—Y terminaríamos repartiéndonos por parejas en los salones y los parques.

—O podríamos jugar un juego siniestro y fatal.

—O haríamos todo eso bajo la cámara de Fellini o del director No-Sé-Quién y la intimidad en la alcoba carmesí podría repetirse, para la mirada de dos mil ojos, cientos de noches en cientos de cines, y así hasta la eternidad.

Bibi declara que de todos modos le gustaría y nos propone una representación. Creo que lo hace para ser cortés con sus huéspedes, aunque realmente no hace falta.

Explica que ha pensado para mí —para que yo lo escriba— un espectáculo, del cual ya tiene los apuntes, que se podría llamar «De la vida cotidiana en...».

—¿...en dónde?

—En muchas partes, en muchas épocas.

Se exalta rápidamente, nos tironea a su cuarto, nos tira sobre su cama y propone que estudiemos los papeles, que reparte.

Leo. Marcela lee. Bibi espera.

Parecen invenciones de Bibi, que ha ironizado caracteres de la ley común, y fragmentos de literatura histórica y teatral, Shakespeare incluido, recortados con intención.

Ceso de leer, también Marcela. Bibi nos ha observado y comprende. Dice: «Ya sé, no resultará».

—Sin embargo —la alienta Marcela—, podemos probar.

—No —reconoce Bibi—, no hemos tomado lo suficiente, y esta casa no tiene ni sugestión ni atmósfera. Mi cuarto es mi cuarto.

—Pero yo —Marcela se pone resueltamente de pie y en su esfuerzo por colaborar se transfigura en una anciana susurrante y veneradora— estoy en Atenas y comento a mi vecina: «Hombre temerario era Patroclides, se quitó la vida sin siquiera pedir permiso al Senado...».

A mi vez, avanzo desde la Roma antigua y reclamo con energía: «Que las leyes prohíban con mayor rigor que se cometa suicidio. Perversa costumbre: hasta los esclavos se ahorcan y, a este paso, ¿quién cultivará mis tierras?».

Marcela, esposa del príncipe en la Lorena medieval, aplaude al señor romano: «Prudente y necesaria medicina. Oh, cielos, cuánto nos perjudica esa pretensión de los siervos de disponer de sus vidas. ¿Cómo admitirla, cómo tolerarla?...».

Regreso en el tiempo: soy Zenón, el estoico. Caigo, me golpeo una mano y me fracturo el pulgar. Contemplo el suelo, indignado, y le reclamo: «¡Ya voy, tierra! ¿Por qué me llamas?». Y alzo los dedos al cuello para estrangularme.

Encantada, Bibi asume la actitud dramática, toma una serpiente y se la lleva al pecho:

CLEOPATRA. —¡Ven, hechicera de la muerte! ¡Desata con tu lengua puntiaguda el nudo de mi vida! ¡Sé colérico, pobre animal venenoso, y acaba!

Entra Marcela:

CARMIANA. —¡Oh, estrella de Oriente!

CLEOPATRA. —¡Silencio, silencio Carmiana! (*Con los ojos indica el áspid*). ¿No ves a mi hijo en el seno? Está mamando de su nodriza dormida... (*Muere*).

Se ha hecho una larga pausa. Bibi, con prudencia, ciega las luces, menos la de un velador, que alumbraba un costado de mi rostro. Vengo del silencio, soy Beethoven que confiesa a un amigo: «Me habría suicidado hace tiempo si no hubiera leído en algún lugar que es pecado irse de la vida mientras se pueda hacer algo bueno. La vida es muy hermosa, pero a mí se me ha envenenado para siempre».

Un momento muy quedo y, en seguida, surge

HAMLET. —¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo, bajo el peso de una vida molesta, si no fuese porque el temor de que exista alguna cosa más allá de la muerte (país escondido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males, que nos cercan, antes de ir a buscar otros que no conocemos? Esta previsión nos hace a todos cobardes.

Desde las sombras, dice

UNA VOZ CORRIENTE. —¡Matarse es cobardía!

Y digo yo,

KIERKEGAARD. —De acuerdo, es una cobardía; pero una cobardía que exige mucho valor.

Bibi enciende las luces, como lo pide la sonrisa que cada uno encuentra en el rostro de los demás. Festejamos el agudo juicio del filósofo y la prudente manera de decirlo.

Inmediatamente nos reencontramos con Marcela en un cafetín de arrabal, por el año 30. Bibi pasa bailando con un tipo económicamente superior al ambiente. Marcela la crucifica: «¡Ésa!... por la plata y por el lujo haría cualquier cosa, hasta sangrarse con una gillette».

Sin embargo, Bibi prefiere la Roma de Adriano, y proclama a los ejércitos un decreto del emperador: «El soldado que intente suicidarse será castigado». ¿Con qué? «Con la muerte».

Por mi parte, debo morir en el siglo anterior. Soy Nerón, mis enemigos vienen a sacrificarme, mis amigos me rodean y demando: «¡Mátese alguno, ahora, en mi presencia, para darme valor!». No me ayudan, no. Tendré que hacerlo. «¡Qué muerte para artista tan grande!...». Me clavo el puñal en la garganta. Epafrodito suma sus fuerzas a las mías para hundirlo.

Muerto —dice el apunte de Suetonio que me ha pasado Bibi— con los ojos desmesuradamente abiertos, y causo a los demás espanto y horror. Recuerdo las fotografías de Juan Tiflis y la mujer Pizarro, y prescindo de interpretar esa parte.

De todos modos, Bibi, que ha cooperado para que me atravesase la garganta con el puñal, está satisfecha y aplaude.

En fin, sobrellevamos la noche.

Ha terminado un día más y vivo con Marcela la pausa nocturna.

Marcela me pregunta si no tuve otra historia de amor y yo le ruego que no se burle.

Demuestra seriamente que no se burla y entonces le hablo de la muchacha del tranvía, no sé por qué le cuento a ella, nunca a nadie, ni a mi hermano, estas historias quedaron siempre para mí.

Fue antes, claro, ya no hay tranvías. Yo regresaba de alguna parte con un fotógrafo. Noté que una joven nos miraba y simpatizamos, posiblemente le llamó la atención la máquina de mi compañero.

Le hablé, estaba sola y tenía sobre el vestido un cuello blanco calado.

Creo que nos gustamos bastante y quedamos en encontramos la próxima tarde a tal hora en tal lugar, era una esquina. No le dije mi nombre, no me dio el suyo, para qué si desde el día siguiente andaríamos juntos quizá para siempre.

Yo bajé con el fotógrafo, teníamos el trabajo, y la muchacha siguió.

En la tarde que debía verla, llovió. La lluvia no nos iba a contener, pero se produjo la inundación y no se podía llegar a ninguna parte.

Marcela pregunta si no fui otro día a la misma esquina y le digo que no porque no

hicimos cita para ninguna otra ocasión.

Estos ratos de conversación durante nuestras noches son agradables porque Marcela me escucha y no es celosa.

Pienso en mamá.

Tiene a Mauricio, tiene a los niños.

Quizá yo le devolví a Mauricio. Dije, cuando estaba enfermo: «Mi vida por la de él». Él ha vuelto a vivir, yo debo pagar. Sería fortificante poder persuadirse de que es así.

No ceso de discurrir sobre ese trueque. ¿Quién lo aceptaría? ¿Quién podría cobrármelo? ¿Sería Marcela su agente, su emisaria?

Sonrío por respuesta.

Pienso en mamá.

El dolor no mata. Quién sabe.

Debo elegir, entre mamá, la pobre, y yo.

O alguien debe elegir por mí, pero no Marcela, no puedo pedirle eso.

Tal vez no alguien, sino algo.

Algo sobrenatural, como puede serlo un dado, un dado que da tumbos hasta que se detiene y deja hacia arriba la cara con el número que nadie podría predecir.

El dado no es sobrenatural. ¿Es sobrenatural el juego? ¿Lo es el azar?

Me pregunto si lo sobrenatural tiene leyes. Propongo a Marcela que juguemos «un juego sobrenatural» y le pregunto si cree en lo sobrenatural.

Considera que no vale la pena hablar de sus creencias porque ella cree lo mismo que todo el mundo.

Le digo que yo opino que ella es diferente. Responde que no lo es.

El juego sobrenatural consiste en soñar. Si dos personas que se han puesto de acuerdo para apostar sueñan lo mismo, en la misma noche, el juego se ha dado y posee un significado, si no sueñan lo mismo el significado es otro.

Naturalmente, como es tan difícil la coincidencia, resulta necesario propiciarla, lo cual se hace estando los dos reunidos durante las horas previas, participando de la misma comida, observando y manejando cosas comunes a ambos o a las que uno y otro puedan prestar atención por igual. Es mejor, termino de explicarle, si los jugadores son un hombre y una mujer y duermen juntos.

Pregunta si lo he jugado antes. Como no lo he hecho le explico que en realidad acabo de inventarlo y estoy tratando de fijar las reglas.

Verdaderamente en nuestro caso la parte propiciatoria se cumple sin ninguna deliberación y el resto, a la hora de acostarse, es normal.

Cuando nuestras cabezas están en la almohada, Marcela me pregunta qué apostaremos, yo le digo que cada cual lo que le parezca, ya que no se trata de ganarle

el uno al otro, sino de *apostar contra sí mismo*. Le parece atractivo y concordamos en otra norma recién creada, según la cual no es necesario comunicarse qué se juega cada uno.

Razono que si apuesto que mi sueño no será el de Marcela, acertar resultará muy fácil, y de tal modo privaré al juego de valor y contenido. Lo improbable es que soñemos lo mismo. Y si todo en mí se dirige a matarme, sólo puedo tener curiosidad por un signo que me diga no te ejecutes.

Entonces, apuesto que si Marcela sueña algo que se parezca a lo que yo sueño, será no. Y *no significaría no hacerlo*.

Al despertar, Marcela cuenta el sueño:

Unos hombres fuertes y voraces comían un guiso. Ella y yo permanecíamos en un rincón. Era el interior de una cabaña de piedra en la montaña.

Después yo no estaba y querían abusar de ella; esto no llegaba a suceder.

Nos habían echado a la nieve y teníamos que avanzar. Si nos deteníamos, tiraban con sus máuseres.

Descubríamos una bajada al camino, pero reaparecían los máuseres.

Nevaba y nos guarecíamos en una mina abandonada. Nos aterraban, metros más adentro, en las tinieblas, los ojos amarillos de una fiera.

No podíamos escapar: la nieve bloqueaba la boca de la cueva.

La bestia se movía, estaba en lo alto de un montón de leña, y los palos caían con estrépito golpeándose unos con otros.

La tormenta había cesado y caminábamos por la nieve, que era infinita.

Debíamos adelantarnos, porque nos seguía la fiera hambrienta; sin embargo caíamos, y nos vencía la somnolencia. Nos despertaba la lengua del animal, que nos lamía, y no era una fiera, sino un perro humilde y doméstico que estuvo asustado y buscaba nuestra compañía.

Aparecía un sol frío, que no era amarillo, pero bastaba para licuar un poco la nieve y se formaba un charquito azul.

Continuábamos caminando, ya estábamos reconfortados.

* * *

Marcela no recuerda más, y yo he perdido, en el juego sobrenatural.

Le digo que no importa que no se acuerde del resto, porque es un sueño muy completo.

Pregunta qué me parece y opino que, si quiere interpretar una significación, está muy clara: la salvación y la esperanza.

Se interroga: ¿La salvación y la esperanza de qué?... Considero que también

resulta claro: la salvación del miedo.

Le digo que es raro que ella soñara con nieve y no yo. Averigua por qué y le explico que yo prometí a mamá llevarla a la nieve.

Me pregunta que si hemos soñado lo mismo y le digo que no, que yo soñé que andaba desnudo.

Hoy es viernes y cumplo años, treinta y tres. Descubro que Marcela me estudia, un par de veces, y retira la mirada. Luego pregunta si me pasa algo.

Le digo que no, pero que es un día especial.

No siento disposición para explicarle por qué es un día especial y tampoco ella muestra interés en saberlo.

Subo a un ómnibus que me deja en el cementerio, es la mejor hora, más tarde agobiará el sol.

El nicho de papá luce cuidado, seguramente mamá lo preparó ayer y hoy vendrán ella y todos.

«Tu esposo y tus hijos no te olvidarán», promete la inscripción de la placa.

Desde el pequeño retrato, papá, con una mirada penetrante y alerta, observa.

¿Ante el fotógrafo pudo imaginar que, con esa mirada despierta que dirigía a la cámara, nos miraría para siempre de atrás del vidrio?

El vidrio me refleja y se me ocurre que se ha salido del cuerpo mi imagen interior, que es igual a la exterior, y ha querido escurrirse adentro del nicho. Pero no está más allá del vidrio, se ha quedado en la superficie y ésa es una zona intermedia, entre adentro y afuera.

Percibo que la contemplación de la tumba me ha absorbido.

Reacciono y me pregunto qué pasará y además recuerdo a Marcela.

Creo que me iré y debo decirle algo, siempre le he hablado, cuando era chico le hacía pedidos. No se me ocurre qué puede ser, esta vez, y lo tranquilizo: «En seguida llegará mamá, con Mauricio. Traerán flores frescas», y antes de volverme hacia la salida nos miramos, papá y yo, a través del vidrio.

Al subir al colectivo atropello a una señora de edad y la pongo en riesgo de caerse. Algunas personas la auxilian exagerando la actitud protectora y escucho murmullos de reprobación y hostilidad. Podría disculparme, pero no hay por qué, lo hice sin intención, como debiera suponerse.

Cuando la señora termina de instalarse —le han ofrecido más de un asiento—, se vuelve hacia mí con una frase penosa.

La miro fijamente, pero no con rigor sino con tristeza, y abandona la cuestión.

Zumban y me rozan las moscas, poseídas por el demonio del verano, y el mundo es duro y violento.

La casa está callada, igual que de noche, pero las almas familiares faltan.

Monto la escalera y me detengo ante la puerta abierta del dormitorio de mamá, primoroso como el cuarto de una adolescente. El sol se amansa en las cortinas rosadas y la rama verde de un árbol ampara por fuera la ventana.

Paso a mi habitación, que carece de dones, pero guarda el fin de todas mis jornadas y propiciatoriamente acoge mis pausas.

El trino del canario me sustrae de la vida quieta de los objetos y convoca al patio, donde la mano de mi madre concede lozanía a las plantas de maceta, cuyo nombre ella sabe y cuyos achaques previene y cura.

Me detengo un momento ante el clavo y sigo, retorno a la sombra placentera de la casa donde los indicios confirman la certeza de mamá de que hoy el almuerzo la reunirá con sus dos hijos.

Más tarde regresa y están todos ellos, también tía Constanza, y aprecio que para la visita al cementerio se han vestido con esmero, tal vez fueron a la iglesia.

Mamá me besa en la frente y tía Constanza en las mejillas, y las dos desean que mi cumpleaños sea feliz, así lo dicen y ellas son sinceras.

Mi hermano se ha quedado atrás y parece que está acalorado, se libera del saco y la corbata, y es lógico con el sol y lo demás, y creo que espera para conversar conmigo.

Mamá se dirige a la escalera y yo a Mauricio y averiguo de su salud y dice «Bien, bien» aunque lo noto pendiente de alguna cosa. En un momento más, cuando nos quedamos realmente solos en el living, me dice sucesivamente, con excesivo ardor, que olvidé que hoy hace 25 años y que para mí los sentimientos no cuentan, mamá sufre, he perdido la noción del honor y del respeto y...

Quiero defenderme y levanto una mano para contenerlo, que pare de hablar, pero lo interpreta mal y con un chirlo elimina mi ademán del aire. Sin tregua me tira la izquierda a la cara, la saco y eso lo enardece.

Se me viene encima, él tiene más peso, yo podría esquivarlo pero no me muevo porque es Mauricio.

Me da en la cabeza, un-dos, repite en el plexo, yo caigo y él espera en guardia. Duele atrocemente y estoy aturdido, aunque alcanzo a entender que mi hermano mayor me castiga por algo.

Y mamá está clamando que los dos somos hijos, pero resulta ineficaz, y hay mucha claridad y arriba, los chicos, lo están viendo todo.

Como preciso aislarme, me pierdo entre la muchedumbre de las veredas del

centro.

Pero me rechazan el fragor de las pisadas y el reverbero del sol en el pavimento; el dolor, la turbación y la fatiga exigen que repose. Pienso en un café, una plaza, un parque; más bien, entro al City Bank y gano una banqueta de cuero en un lugar cualquiera, nadie se ocupa de mí, cobran, pagan, el dólar, el giro, la transferencia.

Después de un rato me distraigo y me pongo a observar a las damas que adquieren talonarios de traveler-checks. Elijo a una, delicada y joven, y me voy con ella de Estocolmo a Roma, dos días en un tren que no lleva otros pasajeros, porque todo viaje es una mitología.

Consigo un teléfono y disco el número de la agencia. La telefonista, que me reconoce, me dice «Le doy con el jefe, lo andaba buscando», pero digo «No, no» y la paralizo.

Interroga entonces: «Con quién», con quién quiero hablar, y yo le pregunto si tuve un llamado, de una señorita, Emilia Candé. Me informa que no, consulta a su compañera de cabina y tampoco. Deseo saber si acaso llamó ayer, o el día anterior, o el otro, alguna vez. Pero la telefonista responde que nunca.

Vuelvo a la calle y ahí anda el mundo de todos los días, un poco peor, está soplando un viento caliente.

Tengo hambre, compro bombón helado, entro a la refrigeración del cine y veo dos veces «Fahrenheit 451», se estrena.

Salgo de noche, es lo que procuraba.

Sigue el viento, hace uuuh, se encañona entre los edificios, en la montaña se encañona en los cañones.

Tomo una cerveza y un carlitos, me hacía falta. Pienso en Mauricio, estará desesperado, a él le dan remordimientos. Podría llamarlo por teléfono y decirle que lo olvide, por mi parte está olvidado, mañana te veré ya no me duele. (¿Mañana?...).

Pienso en la carta de ella, que le puse fuego en el cenicero.

No hay otra, nunca más me escribió; puedo entenderlo, yo no le contestaba. Quisiera tener su retrato de entonces. Quisiera verla... como era.

* * *

Las 9 y 20, Y no ha pasado nada.

Fascina el tren que estremece estos altos hierros, parece que lanza este puente como un balcón al espacio, que absorbe el aire y me succiona hacia abajo.

Toma la curva y todo mi ser vira con él y voy a caerme fatalmente de costado, ¡peligro, señal roja!

...Alguien agita un farol, allá en el suelo, entre los rieles. El tren está lejos, los hierros quietos.

* * *

Bajo este puente pasan y pasan los trenes. Algunos seres caen de acá, de este puente.

* * *

Si uno es religioso le tiene que resultar más difícil que si no es religioso, piensa: «No se acabará con hacer eso; después está el infierno».

Marcela dice: «Has vuelto». Digo. «Ha sido un día especial».

Ella cree adivinar, por algo que debe haber quedado en mi cara: «Tenías que pegarte con alguien».

Lo medito: y digo: «No».

—¿Has comido?

Digo que no, pero que antes prefiero una ducha. Se sienta frente a mí, no come, ya cenó, y me mira comer, lo cual me molesta aunque no lo diga.

Dice:

—Quería que volvieras.

Es razonable y no lo comento.

Después le pregunto, si tiene discos. Responde que no, para qué.

Julia tenía.

Recuerdo que no me he despedido de Julia, y si fuera a ocurrir esta noche...

Marcela desea saber si me cansa. Le digo que no me cansa lo más mínimo, nunca me ha sucedido con ella.

Es la verdad y le complace oírlo, y en seguida sugiere que nos retiremos.

Pienso que es extraño, pero ha pasado el día.

El viento caliente nos tiene sitiados. Pretendió descolgar las ventanas, hubo que cerrarlas.

La atmósfera está viciada y el cansancio me va moliendo finamente.

Digo que dormiré sin ropa. Marcela no tiene inconveniente, lo hice otras veces.

Me ducho de nuevo. Regreso más fresco y me tiendo a su lado. Quiere que la mire, yo miraba el techo. La miro y le digo: «No te has desvestido, ¿cómo lo soportas?». Según ella, puede.

Marcela me acaricia un brazo y en seguida nos estamos besando.

Después se queda en su universo, sin que su presencia se note, y estoy ya un tanto adormecido pero me llama y pregunta si hay algo que no conseguí hacer aunque lo deseara mucho.

Pregunto cuándo, y dice: «En cualquier momento de tu vida».

Digo:

Dirigir películas, como las de Bergman.

—¿Te gustaría ser Ingmar Bergman?...

Le digo: «Bueno».

Ya no habla y yo declino levemente, sin embargo aún se me ocurre preguntarle qué hubiera querido ser ella.

Creo que contesta, de un modo muy suave: «La pasajera de un avión que no descendiera nunca», y me viene la onda del sueño.

Retorno del letargo de la noche y me encuentro en medio de la luz del día.

La serenidad es perfecta y el sol aún está inofensivo. Marcela ha abierto la ventana y me ha dejado que sea un pagano que duerme sin pudores.

Siento mi cuerpo abandonado a la molicie y la modorra, nada perturba su ritmo interior, la callada corriente de la sangre.

No hay tensión, tal vez sea que dormí bien. Dormir es bueno y me durmió Mauricio, que es mi hermano.

O tal vez sean más cosas, que me han descargado. Las trompadas duelen un poco todavía, si lo pienso.

Pobre Mauricio, no puedo descuidarlo. Le diré: «Con mamá, somos los tres de siempre. ¿Estás satisfecho, ahora?», y él aprobará.

Son pasadas las 8, ayer el jefe me buscaba.

Marcela no viene, seguramente prepara el café, y las tostadas, que nos gustan.

Echo los pies en las chinelas y me envuelvo en una sábana. Le diré: «Soy un griego, muy de antes», y la veré sonreír.

La encuentro en el living, está acostada en el sofá y ya está muerta.

Lo compruebo y necesito regresar al dormitorio. Permanezco sentado en el borde de la cama. Al cabo de un tiempo me levanto y bajo la persiana, es mejor esta penumbra.

Vuelvo a donde ha quedado Marcela.

La cabeza está volcada, entreabiertos los párpados.

Puedo verle los ojos, pero ha perdido la mirada.

Ningún placer sombrío altera la forma de la boca; sólo parece que hubiera deseado agua, y que aún conservara la sed.

Hago memoria de su sueño de la montaña, del juego sobrenatural, y lo que dije: que significaba, claramente, la salvación del miedo.

Me siento ante ella, inclino la cabeza y lloro. Después percibo que la opresión ya se ha extinguido. De abajo, del patio interior, sube la voz de una niña. Ella canta un canto inocente y yo la atiendo, cautivado. Termina su cantar y la seducción se disuelve lentamente.

Releo el papel que Marcela sujetó con el frasco de las tabletas y que he tenido apretado en el puño. «No lo hagas, te pido».

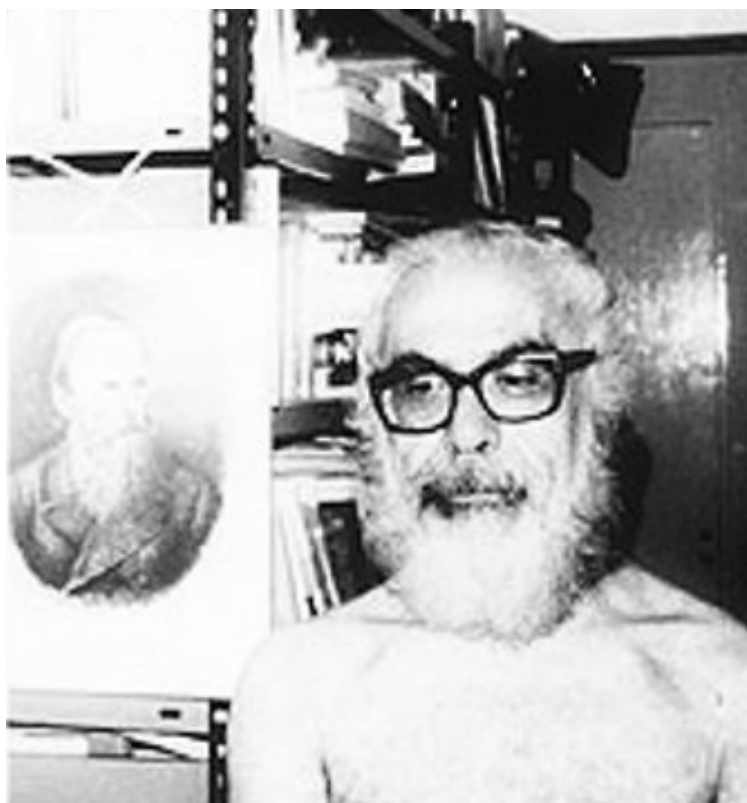
Lo leo de nuevo. Y aún otra vez y otra vez.

Luego necesito algo para calmar mi estómago, y preparo un jarro de café.

Son las 11.

Tendré que avisar, lo cual será engorroso. Debo vestirme porque estoy desnudo. Completamente desnudo.

Así se nace.



ANTONIO DI BENEDETTO nació en Mendoza el 2 de noviembre de 1922. Luego de cursar algunos años de abogacía, se dedicó al periodismo. El gobierno de Francia lo becó para realizar estudios superiores en esa especialidad. Como periodista fue subdirector del diario «Los Andes», y corresponsal del diario «La Prensa».

En 1953 publicó su primer libro, *Mundo animal*, con el que inició su brillante carrera de escritor cuya cima fue la novela *Zama*, acaso una de las más grandes novelas de la literatura argentina. Antonio Di Benedetto recibió numerosos premios y distinciones por su labor: el gobierno italiano lo condecoró como caballero de la Orden de mérito en 1969; en 1971 la medalla de oro de Alliance Française; en 1973 fue designado miembro fundador del Club de los XIII, y un año después recibió la Beca Guggenheim.

Di Benedetto ocupa un destacado lugar en la narrativa contemporánea argentina. Para ello lo acreditan su personalísimo estilo, su capacidad de crear personajes vivos, su facultad inventiva, su aguda captación sensorial y su activa intencionalidad poética de remodelador del mundo.

En *Zama*, alcanzó su culminación el realismo profundo de Di Benedetto; fuerte, cruel, incisivo, supera las apariencias de las cosas y acoge en su seno los productos de la más pura fantasía creadora.

En 1976, pocas horas después del golpe militar del 24 de marzo, Di Benedetto fue secuestrado por el ejército. «Creo nunca estaré seguro que fui encarcelado por algo que publiqué. Mi sufrimiento hubiese sido menor si alguna vez me hubieran dicho

qué exactamente. Pero no lo supe. Esta incertidumbre es la más horrorosas de las torturas», diría años más tarde. Humillado, golpeado y destrozado anímicamente, fue excarcelado el 4 de septiembre de 1977 y se exilió en Estados Unidos, Francia y España. Regresó definitivamente a la Argentina en 1985. Murió víctima de un derrame cerebral el 10 de octubre de 1986 en Buenos Aires.

Fuente:

<http://www.literatura.org/DiBenedetto/DiBenedetto.html>